



LA PASIÓN DE DYLAN

Dina Reed

LA PASIÓN DE DYLAN

DINA REED

©Dina Reed, junio, 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[EPILOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

SINOPSIS

Dylan Hayes es un exitoso hombre de negocios, implacable y duro, que cree tenerlo todo bajo control hasta que conoce a una chica misteriosa en la fiesta en la que le entregan el Premio al Empresario del Año.

Después de un encuentro de alto voltaje con ella, la joven desaparece de su vida hasta que unos meses después, descubre que trabaja como dependienta en una de las tiendas de la cadena Hayes en Nueva York.

Cuando Lucy Walsh se encuentra cara a cara con su superjefazo, lo primero que piensa es que va a ponerla de patitas en la calle, pues no solo se coló en la fiesta, sino que cometió el error de liarse con él.

Ella, la chica responsable y seria, la pifió de semejante manera. Pero una y no más...

O eso pensaba hasta que el señor Hayes aparece en la tienda, en una de las muchas que tiene por el mundo y, para su sorpresa, le pide una cita...

Lucy se queda perpleja, porque aunque siente una tremenda atracción hacia él y le admire, sabe que esas historias en la vida real nunca funcionan.

¿Cómo un hombre poderoso, rico y atractivo que tiene a todo el planeta suspirando por él va a fijarse en una chica normalita como ella, que es una joven diseñadora que de momento trabaja como dependienta, que tiene la cuenta en números rojos, y que a pesar de que es talentosa lo tiene todo por demostrar?

La vida no es un cuento de hadas...

¿O a veces sí?

Capítulo 1

Una preciosa mañana de abril, Lucy recibió la llamada de su amiga Emily cuando estaba a punto de salir para el trabajo.

—¡Buenos días, Lu! Sé que te pilló en un mal momento, pero necesito que sepas dónde vamos a servir un *catering* esta noche. Pero antes, siéntate por favor. No quiero que te desmayes...

Emily trabajaba como camarera para una exclusiva y elegante empresa de *catering*, con la idea de aprenderlo todo desde abajo antes de dar el gran salto y montar su propia empresa.

Y Lucy estaba convencida de que más pronto que tarde lo lograría porque era una chica trabajadora, lista, entusiasta y sobre todo muy loca.

—¡Venga, dispara! No voy a perder el conocimiento porque vayas a servirle la cena a un actor de Hollywood o a un deportista de moda...

—Te repito que te sientes. ¿Lo has hecho ya?

Lucy que se estaba pintando los labios frente al espejo, sonrió y luego le pidió a la pesada de su amiga:

—Desembucha de una vez, que voy a llegar tarde y en la cadena Hayes son más que estrictos con la puntualidad.

—Esta noche, si quieres, puedo decirle algo al respecto a tu señor Hayes en vivo y en directo—canturreó Emily divertida.

Lucy frunció el ceño y, sin entender nada de lo que estaba hablando su amiga, preguntó:

—¿Que vas a qué?

—Jajajajajaja. ¡Que esta noche servimos el *catering* de la fiesta del Premio al Empresario del Año! Y sabes quién es ¿o no?

Lucy se quedó sin aliento, ya que si había alguien a quien admiraba en la vida era al señor Hayes y lo sabía todo sobre él. Al menos, lo que se publicaba en los medios y en las redes sociales...

—¡Qué suertuda, Emily! ¡Lo que daría por estar en esa fiesta!

—¡Como todas, nena! ¿Quién no querría pasar una noche junto a uno de los tíos más buenos del planeta?

—¡Bah! ¡No seas frívola! —le reprochó Lucy—. Yo no lo digo por eso, lo digo porque es un empresario talentoso, que ha llegado a lo más alto viniendo de abajo... El señor Hayes era un chico de pueblo, el hijo de un humilde carpintero, que empezó vendiendo muebles en Internet y ha acabado con una cadena de ropa de lujo con más de mil tiendas repartidas por todo el mundo. ¡Y todo con 35 años! ¿Te imaginas hasta dónde puede llegar ese hombre?

—¡Qué cansina! ¡Ya sé quién es el señor Hayes! ¡Me lo has contado cientos de veces! Pero no me negarás que está más bueno que un helado de tres bolas con nata...

—Es un hombre atractivo, sí... Pero yo admiro al empresario que ha sabido levantar un imperio de la nada. ¡Lo que daría por estar esta noche en esa cena! ¡Me encantaría escuchar su discurso porque seguro que aprendería un montón! —Luego Lucy suspiró y reconoció—: Él es mi inspiración, mi modelo a seguir, mi... todo. Por eso, siempre quise trabajar en su cadena... ¡Hay que aprender de los mejores! ¡Y sin duda el señor Hayes lo es!

—Algún día se venderán tus diseños en la cadena de ese tío... ¡Lo sé! ¡Y el día que presentes la colección, mi empresa servirá el *catering*! —aseguró Emily pletórica.

—¡Ojalá! Pero de momento, soy una dependienta de la cadena. Y como no me vaya ya, voy a tener problemas. No puedo permitirme el lujo de perder este empleo, ya sabes lo mal que está mi economía.

—Pues como la de todas, nena. ¿O te piensas que yo soy Rockefeller? Pero

bueno, somos dos chicas trabajadoras y con muchos sueños. Nunca olvides que esto es transitorio —le recordó Emily.

—No lo olvido, pero la realidad es muy cabrona. Mi jefa que está a punto de jubilarse, también tuvo el sueño en su juventud de diseñar su propia línea de ropa. Sin embargo, no lo logró... Lleva toda la vida vendiendo ropa de otros. Soñar es bonito, pero no todo el mundo logra hacer realidad sus sueños.

—Sí, pero no por eso vamos a dejar de luchar. ¿Me escuchas? ¡Nosotras jamás nos rendiremos! ¿O cómo crees que el señor Hayes levantó su imperio? ¿Lamentándose?

Lucy se fue a la cocina, para guardar en el bolso el sándwich y la manzana, que siempre se llevaba de tentempié y le aclaró a su amiga:

—No me estoy lamentando. Solo soy realista. Hay mucha gente que lucha y que no logra sus sueños. Yo me quedo hasta las tantas haciendo patronos, cortando telas, cosiendo... Creo en mí. Y además me formé en la mejor escuela de Londres, cuyo crédito aún sigo pagando. Tengo mi apartamento enano lleno de ropa diseñada por mí, y estoy trabajando en Hayes para aprender muy bien el negocio desde la base. Hablo con las clientas a diario para conocerlas a fondo, para saber qué es lo que quieren... Y no hay día en que no sueñe con que mis diseños se venderán por todo el mundo... Lucho, me esfuerzo, trabajo... pero a veces con eso no basta.

Emily convencida de que todavía se podía hacer mucho más, habló con rotundidad:

—No, claro que no. Por eso, te vas a poner el vestido dorado con escote de vértigo de tu colección y te vas a plantar en la fiesta de esta noche, para que el mundo entero sepa lo que es bueno.

Lucy cerró el bolso, se lo colgó en el hombro y, alucinada con lo que estaba escuchando, replicó:

—¡Yo jamás me colaría en una fiesta!

—¡Estás loca por ir! Tú misma lo has dicho antes...

—Sí, pero jamás iría colándome...

—¡Ay Lucy! No seas terca. Una de las cosas más importantes para destacar es la visibilidad. ¿No quieres ser una reconocida diseñadora de moda? ¡Pues tienes que estar en la entrega de premios al tío que vende ropa de lujo por todo el jodido planeta! ¡Tienes que plantarte ahí con tu vestidazo y gritarle al mundo: estoy aquí con mi talento! ¡Esto es lo que hago! Estoy convencida de que el señor Hayes en cuanto te vea, va a reparar en ti y, después de ponerse duro como una roca, va a querer comprarte toda tu colección.

Lucy no pudo evitar echarse a reír porque su amiga era el colmo:

—¡Seguro que el señor Hayes se va a fijar en mí, cuando se pasa el día rodeado de bellezas! ¡No digas bobadas!

—Tú eres muy especial, Lucy.

—Ni mido 1, 80 cm, ni peso 50 kilos. Soy una chica normal, por si no te has dado cuenta.

—Con unos ojos preciosos y chispeantes, una naricita muy mona, una boca preciosa y unas curvas muy bien puestas...

—Sí, sí, lo que tú digas. Pero yo a esa fiesta no voy. ¡Es que ni borracha! Además, ¡yo no quiero ligar con el señor Hayes! ¡No sé por qué estamos hablando de esta estupidez!

—Porque sé que en cuanto te vea se va a quedar: muerto-matado. ¡Te lo digo yo! Y ese vestido dorado es tan bonito...

Lucy sonrió, pues ese vestido era uno de los que estaba más orgullosa:

—Me inspiré en las estrellas de cine de los años 30. Es muy de diva... Es perfecto para una noche muy mágica...

—Es perfecto para esta noche. Tienes que ponértelo y dejar que los demás disfruten de tu talentazo. Y sobre todo el señor Hayes, que es un hombre con un olfato tremendo para los negocios... Sé que en cuanto te vea con ese

vestido, va a querer comprarte la colección entera.

Lucy resopló contrariada y le recordó a su amiga:

—Los negocios no se hacen así. Mi idea cuando ahorre un poco de dinero, es montar mi empresa y vender mis diseños, primero en Internet, luego en tienda... Y así, poco a poco, ir haciéndome un nombre... Pero esto de colarme en una fiesta y presentarme ante el señor Hayes es de todo punto... ¡Absurdo! ¡Esa es la palabra!

—Absurdo es trabajar de sol a sol y estar hasta el cuello de deudas. ¡Pero si no llegas a fin de mes! ¡Y vas al trabajo caminando dos horas porque no tienes ni para el metro!

—¡Lo hago para hacer ejercicio!

—Sí, ejercicio, sí... ¡No digas tonterías! Y esta noche te vas a venir a la fiesta, vas a escuchar a tu señor Hayes, vas a aprender y luego vas a pasearte con tu vestidazo, que ya verás tú como acabas vendiendo toda la colección.

—¡Estás chalada!

—¡Los cuerdos no logran nada grande! ¡A las siete en punto te espero en la puerta del hotel Saint Angel! ¡No se hable más!

Capítulo 2

Después de un día durísimo de trabajo, Lucy regresó a casa reventada y se tumbó frente al televisor que no escupía más que series casposas y noticias de lo más deprimentes.

Aburrida, fue cambiando de canal mientras no podía dejar de pensar en la fiesta de entrega del Premio al Empresario del Año y en la suerte que iban a tener los asistentes de escuchar a ese hombre al que admiraba tanto.

Es más, estaba convencida que el discurso de esa noche iba a ser no solo especial, sino completamente inspirador.

Un discurso capaz de motivar hasta las piedras, un discurso sentido y del que se podían extraer enseñanzas de lo más valiosas.

Un discurso que ella iba a perderse por hacer siempre lo correcto, por ser una buena chica, por no tener narices para colarse en la fiesta.

Ella jamás había hecho nada semejante, ni siquiera durante su etapa de estudiante en Londres, donde sus compañeros se colaban en los eventos más alucinantes.

Ella esperaba siempre a que la invitaran...

Esperaba sentada, porque la verdad era que nunca llegaba la maldita invitación a las fiestas que merecían la pena y al final siempre se quedaba en el sofá, fantaseando con la idea de que algún día le tocaría a ella.

Algún día...

Pero ese día nunca llegaba...

Y así pasaba, que una vez más estaba en su casa, frente a la televisión, mientras en la otra punta de la ciudad, iba a tener lugar un fiestón donde el hombre que más admiraba en el mundo iba a dar un discurso que se moría por

escuchar.

Y se lo iba a perder...

Por buena chica, por cabal, por digna, por tener tantos valores y tantos principios... Por mema... Eso era lo que era...

Una boba que siempre se perdía las mejores, y en esta ocasión le dolía más que nunca, porque sabía que las palabras del señor Hayes eran oro puro.

Se sentía tan mal...

Tenía tanta rabia y tanta frustración encima, que cuando escuchó a un personaje de una telenovela infumable preguntar a la protagonista: “¿Tú vida va a ser siempre así? ¿No vas a hacer nada para que las cosas cambien?”, solo se lo pudo tomar como algo personal.

Y de un respingo, se levantó del sofá y se metió en la ducha al tiempo que pensaba que había llegado el momento de que las cosas cambiaran...

Que ya estaba harta de hacer siempre lo correcto, que la buena chica se iba a tomar un día de descanso y que se iba a ir a esa fiesta, con su vestido dorado, un recogido estiloso que se hizo después, un maquillaje de noche, rotundo pero elegante y unos taconazos preciosos que se compró en un *outlet* por 19 dólares.

Luego, llamó a Matt, su primo, que era taxista y le pidió el favor de que la llevara al hotel.

Matt era como un hermano, se habían criado juntos, y siempre estaban ahí para apoyarse.

—¡Qué bueno que me hayas llamado! —exclamó Matt en cuanto la vio.

Lucy siempre le llamaba para que la llevara a sitios cuando era estrictamente necesario, o sea muy pocas veces, puesto que ella nunca quería molestar...

—Y te llamo porque no me ha quedado otra. Ya no llego caminando al hotel...

—Y menos con esos tacones...

—Pensaba ir en deportivas y meter los zapatos en el bolso... Pero ni así... Y estoy sin blanca... Así que no me ha quedado más remedio que llamar a mi maravilloso primo que no sé ni cómo me soporta.

—Estoy encantado de llevarte. ¡Y lo sabes! Llámame siempre que quieras.

—Tienes un taxi para ganar dinero, no para pasearme a mí.

—La familia está para ayudarse, Lu. Ya me pasaré otro día por tu casa a almorzar...

—Sopas de sobre, porque otra cosa... Estoy hasta el cuello de deudas... Pero bueno, supongo que algún día esto acabará... Esta noche voy a una fiesta donde le entregan el Premio al Empresario del Año al señor Hayes, a mi jefe. Seguro que aprendo muchísimo... ¡Pero voy colándome! No se lo cuentes a nadie, por favor... ¡Me avergüenza muchísimo!

—Jajajajaja. Tranquila. No pasa nada. ¿Quién no se ha colado en una fiesta alguna vez?

—Yo. Yo jamás me he colado, pero Emily ha insistido tanto... Y yo me muero por escuchar el discurso de ese hombre.

Matt al escuchar ese nombre se envaró, y tras lanzar un suspiro, musitó:

—Emily...

Lucy sabía que su primo estaba enamorado hasta las trancas de Emily desde siempre...

—¿Nunca me vas a dejar que te dé un empujoncito con ella? —preguntó Lucy sabiendo cuál iba a ser la respuesta.

—No. Las cosas del amor tienen que surgir... Y si está de Dios que sean, serán... No hay que precipitar ni provocar nada.

—Conozco a Emily desde la guardería... Yo creo que a ti te gusta desde que teníamos...

—De siempre, Lu. De siempre... Pero no. No insistas. Lo que tenga que ser,

será.

—Tenemos ya 27 años...

—Yo tengo 28... Soy un año mayor que vosotras.

—Pues vas a tener que espabilar. ¿No te parece? —le preguntó Lucy, con cariño, porque quería solo lo mejor para él.

—Emily solo piensa en trabajar, en montar su empresa, las veces que he sacado el tema del amor, ella dice que no quiere conocer a nadie, que pasa, que está a gusto así con sus rollos y sus líos.

—Lo sé. Pero soy su mejor amiga y sé que en el fondo es una romántica a la que esas relaciones esporádicas no la llenan.

—Yo solo sé que no me la puedo sacar ni de la cabeza ni del corazón... Llámame imbécil, pero eso es lo que siento —reconoció Matt emocionado.

Lucy sonrió, colocó la mano cariñosa en el hombro de su primo y repuso:

—El amor es el sentimiento más noble y más hermoso. Jamás te llamaría imbécil por amar. Ojalá yo pudiera sentir algo así por alguien...

—Lo sentirás. Y desde luego esta noche que estás preciosa, seguro que rompes más de un corazón...

—Con escuchar el discurso del señor Hayes me basta. Y en cuanto a mí, te agradezco el cumplido pero todo es mérito del vestido. Ha sido idea de Emily que me lo ponga, dice que el mundo tiene que conocer mi talento. Ya sabes lo loca que está...

Matt negó con la cabeza y sentenció convencido:

—Tiene toda la razón, ese vestido es una maravilla y tienes un don que debes compartir con los demás. Tus creaciones tienen que estar en todos los escaparates del mundo, no mereces nada menos.

—¡Qué exagerado! —exclamó Lucy dando un manotazo al aire—. ¡Eres como Emily! ¡Sois tal para cual! Y creo que ya va siendo hora de que organicemos algo los tres...

—No hagas de celestina que las cosas tienen que ser espontáneas. No hay que forzar nada... Deja que el destino haga lo que tenga que hacer.

—Mira que eres obstinado, primo —afirmó Lucy, cuando Matt acababa de parar justo frente a la puerta del hotel.

—Tú diviértete esta noche. Y deja que todo fluya. La vida se trata de eso...

Lucy respiró hondo, se despidió con un beso afectuoso en la mejilla de su primo, y con una sonrisa enorme musitó:

—Gracias por todo, Matt.

—Y haz caso a Emily, tienes un gran talento, no tengas miedo a que el mundo entero lo conozca.

Lucy, nerviosa, asintió y salió del coche sintiendo que esa noche era muy especial, sobre todo porque tenía el cariño de personas tan estupendas como Emily y Matt.

Capítulo 3

En cuanto se plantó en la puerta del hotel, lo primero que hizo Lucy fue llamar a su amiga:

—Emily, soy la chica de dorado que está en la puerta del hotel. Y todo por tu culpa. Así que dime qué hago ahora.

Emily que estaba convencida de que su amiga no iba a acudir a la fiesta, soltó una carcajada y le indicó:

—¡Quédate ahí que voy a por ti!

Y a los pocos minutos, Emily apareció en la puerta del hotel vestida con su uniforme de camarera y una bata en la mano que le había quitado al cocinero.

—Guau. ¡Estás espectacular, nena! Pero me temo que voy a tener que taparte. Es una bata horrible, lo sé, pero no puedes pasar a la zona de los reservados vestida como una princesa moderna.

—¿Me la tengo que poner ahora? —preguntó Lucy horrorizada.

—¡Ni se te ocurra! ¿No ves las cámaras? Tú sígueme y cuando llegemos a un pasillo, donde he comprobado que nadie puede vernos, ni siquiera las cámaras, ponte la bata y continúa derecho hasta las cocinas. Una vez allí, te pegas a mí, y con la primera bandeja que saque de canapés, te plantas en la fiesta...

—¿Y la bata? ¿Qué hago con ella? —masculló Lucy que solo de imaginar que tenía que hacer todo eso ya estaba atacada.

—¡Chica, no seas pava! La bata te la quitas justo antes de salir y listo... Justo en esa zona, tampoco hay cámaras... Tranquila que lo tengo todo controlado. ¡Toma, ponte esto!

Y Emily le colgó una acreditación del cuello...

—¡Ay mi madre! ¿Y esto qué es?

—Le he pedido la acreditación a mi compañera, te la pedirá el guardia para acceder a la zona del servicio. Como puedes comprobar, mi compañera se parece muchísimo a ti...

Lucy suspiró, muerta de la ansiedad, y solo pudo replicar con un hilillo de voz:

—No sé qué hago aquí. De verdad que no lo sé...

Emily soltó una carcajada y luego replicó como si nada:

—¡Divertirte! Ya va siendo hora de que empieces a hacerlo. ¿No te parece?

—¡Estás como Matt! Eso mismo me ha dicho hace un rato: me ha traído hasta aquí.

Al escuchar ese nombre, a Emily se le demudó el rostro y preguntó nerviosa:

—¿Qué tal está?

—Enamorado de ti. Como siempre. Ya lo sabes.

Emily lo sabía, pero las cosas no eran fáciles y menos en los asuntos del corazón.

—Es muy buen chico, no entiendo cómo no ha conocido todavía a nadie.

—¿Tal vez porque está enamorado de ti?

Emily frunció los labios y, con un punto de tristeza en la mirada, confesó:

—Yo no le convengo para nada. No creo en el amor. Sufrí demasiado con el divorcio de mis padres y decidí hace mucho no cometer el error de enamorarme y mucho menos de tener algo serio con nadie.

—¡Pero el amor existe! Mira mis padres: llevan toda la vida juntos.

—Y te han puesto el listón tan alto, que tienes 27 años y todavía no has conocido el amor. Al menos un amor que esté a la altura del de ellos. ¡Eso también es una faena, amiga!

—La verdad es que jamás he conocido a nadie que me mire como papá mira

a mamá. Y sí, tal vez por eso me voy a quedar soltera para los restos. Pero no me importa, vivo centrada en mi trabajo y ¡estoy tan ricamente!

—Yo al menos tengo mis devaneos, pero tú no sé cómo resistes sin sexo. ¿Hace cuánto qué...?

Lucy puso los ojos como platos y, a pesar de que no había nadie alrededor, la mandó callar:

—*Shhhh*. Estoy bien como estoy... ¿De acuerdo? Y ahora, por favor, salgamos de aquí antes de que me arrepienta y me vuelva pitando a casa.

Emily se echó a reír y le pidió que la siguiera hasta la zona del servicio...

Lucy caminó detrás de ella, muerta de nervios, y cuando llegaron al pasillo que le había indicado, se puso la bata y siguieron avanzando hasta la puerta que custodiaba un gigante con cara de pocos amigos:

—¡Hola, Joe! ¡Ya estoy de vuelta y traigo refuerzos! Ella es la compañera de la que te hablé antes... —habló Emily, toda dicharachera, mientras Lucy estaba a punto de morirse de los nervios.

—Acreditación, señorita —gruñó el gigante.

Lucy con las manos temblorosas, le mostró su acreditación ya casi sin aliento.

El gigante le echó un vistazo rápido y, con un gesto de la cabeza y tras quitar la catenaria, les pidió que pasaran a la zona restringida al personal de servicio.

Ya dentro, las chicas continuaron caminando hasta las cocinas, donde Emily estalló en risas:

—¡Ya estas dentro, amiga! ¡Hurra, yupi, guay!

Lucy fulminó a su amiga con la mirada y le confesó con una ansiedad tremenda:

—De verdad que estoy al borde del ataque de pánico. Quiero huir. ¡Necesito huir! Voy a huir. ¡Y lo voy a hacer ya! Estoy que...

Antes de que su amiga acabara saliendo por piernas, Emily cogió una de las bandejas que ya estaban preparadas para la fiesta, agarró a su amiga del brazo con la mano libre y le recordó en un tono que no daba lugar a réplica:

—Estás loca por conocer al señor Hayes, le admiras y sé que en el fondo de tu corazón deseas estar aquí, más que en ningún otro lugar del mundo. Así que allá que vamos...

Emily casi arrastrando a su amiga, tiró de ella hasta la puerta que conducía a la elegante sala donde iba a tener lugar el evento y justo antes de abrirla, tiró de la manga de la bata de su amiga para arrancársela.

—¡No tires con tanta fuerza que me vas a romper el brazo! —protestó Lucy que estaba que no se tenía en pie de los nervios.

—¡Quítate esa maldita bata, que te toca salir a bailar, princesita!

Lucy se despojó a toda prisa de la bata y de la acreditación antes de que la loca de su amiga se la quitara a tirón limpio, y al momento, Emily empujó la puerta para horror de Lucy que masculló:

—¿Vamos a pasar ya a la fiesta?

Pero no pudo decir nada más, porque su amiga la agarró de nuevo por el brazo y la arrastró hasta la sala que estaba todavía muy poco concurrida.

Acto seguido, Emily la soltó y tras sonreír de oreja a oreja, musitó:

—Ya estás en la fiesta... ¡Pásalo en grande, amiga!

Y se marchó con la bandeja a abordar a un grupo de asistentes mientras Lucy se quedaba sola, con su vestido dorado y su cara de pánico, en medio de todos esos desconocidos.

“Dios mío...”, pensó, “pero ¿qué diablos hago con esta gente tan importante?”. “Soy una impostora”. “Me van a descubrir”. “No soy nadie”. “Absolutamente nadie”. “Con lo tranquilita que estaba en mi casa”. “En qué hora se me ocurrió qué...”.

Y no pudo seguir con su monólogo obsesivo y panicoso, puesto que de

repente escuchó una voz profunda y *sexy* que decía:

—Disculpe, señorita...

Lucy se giró y por poco no se murió ahí mismo cuando se percató de que el dueño de esa poderosa voz era el no menos poderoso Dylan Hayes, su jefe, el superjefazo, el empresario del año en carne y hueso, que la miraba a los ojos de una forma tan intensa y descarada que ella sintió un estremecimiento súbito.

—Jfeisfjeisjfeike —atinó a decir, la pobre de Lucy, que solo quería que la tierra la tragara.

—¿Habla mi idioma? —preguntó Dylan, convencido de que esa preciosidad era extranjera.

Lucy muerta de la vergüenza y sintiéndose una auténtica panoli, respiró hondo y respondió haciendo acopio de un aplomo que sacó no sabía bien de dónde:

—Sí, soy Lucy Walsh, encantada.

Lucy le tendió la mano y Dylan, con la mirada encendida, estrechó la mano dulce y delicada de la mujer que le había dejado completamente fascinado desde el primer momento que había puesto un pie en esa maldita sala.

Y es que él detestaba ese tipo de eventos, había ido a recoger ese premio más por cortesía que por otra cosa, sin embargo la presencia de la señorita Walsh lo compensaba absolutamente todo.

Ahora lo único que sabía era que tenía unas cuantas horas por delante para conocerla... Y al resto: que les dieran por saco.

Capítulo 4

Dylan siguió clavándole la mirada durante unos instantes sin decir nada y sin soltarle la mano que se moría por besar...

Y no porque fuera un caballero, sino porque estaba duro como una roca y deseaba hacer miles de cochinas con esa mujer que le estaba poniendo a mil.

Y no lo entendía...

Más que nada porque él se pasaba el día rodeado de bellezas, actrices y modelos, que le dejaban de todo punto indiferente.

Sin embargo, esa chica tenía algo tan especial que le estaba haciendo arder la sangre de una forma salvaje, primitiva, brutal.

Desde luego era una chica atractiva, con curvas, ojos bonitos y boca jugosa... Pero no era solo un físico...

Era algo que iba mucho más allá...

Era el fuego que latía en lo más profundo de su mirada, una pasión, una fuerza, una certeza...

Algo genuino y auténtico que no había visto nunca en ninguna otra mirada, en la que ya quería perderse...

Lo necesitaba.

Era algo irresistible, irrefrenable, incontenible...

Un misterio, un vértigo, una locura...

Una pasión repentina, desconocida, absurda...

Algo que jamás había experimentado, si bien estaba dispuesto a llegar hasta el final.

No en vano, la noche solo acababa de empezar:

—Soy Dylan Hayes —se presentó con la mirada encendida de deseo.

Lucy tragó saliva y, sosteniéndole la mirada, replicó manteniendo el tipo con muchísimo esfuerzo, pues en su vida le había mirado nadie de esa manera, como si estuvieran desnudándola por dentro y por fuera.

—Lo sé. ¿Quién no conoce a Dylan Hayes?

Dylan, que siempre decía lo que pensaba, contestó soltando al fin la mano de esa mujer que le estaba volviendo loco:

—Creo que de verdad: nadie.

—He leído en la prensa y en las redes muchas cosas sobre su usted...

—En los medios solo vierten basura, todos desconocen mi verdad.

Lucy estaba sintiendo tal vértigo que no sabía ni qué responder, ya que en la vida había conocido a nadie con semejante ímpetu ni fuerza. Ese hombre era un volcán en plena erupción, un fenómeno de la naturaleza, un prodigio y un peligro tremendo a la vez. Por eso, musitó:

—Creo que necesito una copa...

A Dylan le faltó tiempo para estirar un brazo y coger dos copas de champán de la bandeja de un camarero que acababa de pasar a su lado.

Luego le tendió una copa a Lucy y, tras dar un sorbo a su bebida y volver a clavarle la mirada, musitó con una voz áspera de lo más sensual:

—Me gusta su vestido... Me gusta todo lo que veo.

Lucy se quedó perpleja porque de verdad que no podía creer que un hombre como Dylan Hayes pudiera reparar en ella...

—Yo soy muy normalita, pero del vestido me siento especialmente orgullosa. Es mío. Quiero decir que lo he hecho yo...

Dylan arqueó una ceja, gratamente sorprendido y replicó:

—Pensaba que era de Dior o de Gucci. Tiene una factura impecable, es alta costura, desde luego. ¿Cómo se llama su firma? Tiene que ser muy nueva, porque la conocería. Estoy al tanto de todo lo mejor y sin duda su diseño lo es.

Lucy se mordió los labios de la vergüenza, aunque sintiéndose a la vez muy halagada, y replicó:

—Le agradezco el cumplido, señor Hayes.

—No es un cumplido, es la verdad. Me encantaría tener un vestido como ese en todos los escaparates de mi cadena. ¿Le viene bien pasarse por mi despacho mañana a las diez para concretar la operación?

Lucy alucinada por la forma de trabajar de ese hombre, exclamó fascinada:

—¡Guau! ¡Vaya si es usted rápido! ¡Mucho más de lo que cuentan en los medios!

—Ya le he dicho que ahí solo escriben basura. Pero ahora que vamos a ser socios, mejor tutearnos. ¿No te parece?

—Está bien —dijo Lucy con una sonrisa enorme—. Sin embargo, lo de los negocios me temo que todavía va a tener que esperar un poco. De momento solo coso para mí... Mi idea es montar mi propia empresa, en un futuro...

—¿Futuro? Pero si lo tienes todo ya. ¿Qué es lo que estás esperando? Además, si estás invitada a la fiesta del Premio al Empresario del Año, es que ya tienes una empresa... Aunque sea en otro sector...

Lucy no iba a contarle la verdad, que estaba tiesa, que no tenía dónde caerse muerta, que apenas llegaba a fin de mes, que no tenía ni para pagarse el menú barato del bar de la esquina, que trabajaba de dependienta en la tienda de su cadena y que si estaba en esa fiesta era porque se había colado gracias a su amiga la camarera.

Así que prefirió echar el balón fuera y decir:

—No estamos aquí para hablar de mí, tú eres el agasajado.

—Me la bufan los premios y las fiestas, he venido porque el organizador es un buen hombre y me ha sabido mal decirle que no.

—Pero te mereces el premio más que nadie, tú trayectoria es admirable. Lo que has logrado y en tan poco tiempo, eres un ejemplo a seguir.

Dylan se echó el pelo hacia atrás con una mano, en un gesto que a Lucy le pareció arrebatador, porque el poderío físico de ese hombre era impresionante, y luego le explicó:

—Lo único que he hecho ha sido trabajar como una bestia y tener suerte. No hay más secretos. Y eso, créeme que no es nada meritorio. Tú sí que tienes talento, no hay más ver tu maravilloso vestido. ¡Eso sí que es digno de admiración! Lo mío, lo puede lograr cualquiera.

—¿Cualquiera puede levantar un imperio de la nada? Perdona pero estás muy equivocado —aseguró Lucy negando con la cabeza.

Y Dylan, llegados a ese punto, consideró que esa chica debía de saber su verdad para que le entendiera:

—Soy de un pueblo muy pequeño, tanto que no había ni escuela. Todos los días tenía que desplazarme en bicicleta al pueblo de al lado, que era mucho más grande, y allí todos se burlaban de mí. Se reían de mi aspecto, de mi ropa vieja, de mi bicicleta que se caía a trozos, de que no tuviera ni para comprarme un bocadillo en la hora del recreo... Mi padre tenía una carpintería que era ruinoso, comíamos de las ayudas de la beneficencia... No te digo más... Pero en aquellos días, cuando aún era un mocoso me juré a mí mismo que jamás volvería a reírse nadie de mí por no tener dinero. El maldito dinero. Y aquí estoy. A punto de recibir el Premio al Empresario del Año, porque un día me juré a mí mismo que nadie más iba a burlarse de mí por ser pobre. ¿Qué te parece, señorita Walsh? ¿A qué no esperabas que mi motivación fuera esa? La pura rabia, el enojo, la frustración por ser un *donnadie*... Así que ya ves, no es nada noble, ni puro, ni bueno, lo que me ha llevado a lo más alto. Es solo la extrema necesidad que tenía de dar un zas en toda la boca a todos los que osaron a burlarse de mí. Si se puede ser más egocéntrico y más miserable, me lo dices...

Lucy que estaba alucinada porque jamás en la vida habría esperado un

arretrato así de sinceridad, solo pudo mascullar:

—Eres demasiado duro contigo mismo.

—Exactamente lo mismo que lo soy con los demás, ni más ni menos. Si hay algo que valoro por encima de todo es la sinceridad. Detesto las mentiras. Y esta es mi verdad, cruda y descarnada...

Lucy también detestaba las mentiras, pero no podía hacer otra cosa. Y es que de repente le entró un pánico atroz a que si contaba la verdad, ese hombre tan estricto, pusiera el grito en el cielo y al final su amiga acabara pagando los platos rotos.

Y Emily no podía permitirse el lujo de perder ese empleo... Así que decidió obviar su verdad y replicar:

—Tú lo has dicho, es tu verdad. Pero para muchos eres un ejemplo y una inspiración. Para mi desde luego que lo eres...

Dylan que no dejaba de mirarla con una intensidad tremenda, respiró hondo y musitó:

—Eres muy especial, Lucy. Y no sabes cuánto me alegro de haber venido a esta jodida fiesta...

Capítulo 5

Lucy sintió cómo un rayo la atravesaba de arriba abajo, pues la mirada de ese hombre era demasiado imponente...

Pero con todo, se envaró para no arredrarse y le dijo manteniéndole la mirada:

—Soy una chica de lo más normal y para mí es un honor poder estar hablando con el empresario del año.

—Yo también soy un chico de lo más normal... Pero háblame de ti. ¿A qué te dedicas?

Lucy con la vista clavada en los ojos color miel de ese hombre que no podía ser más atractivo, carraspeó un poco, dio un sorbo a su copa y respondió para salir del paso:

—A nada importante. Te repito que tú eres el protagonista de la noche.

—Me aburre muchísimo hablar de mí. Y creo que ya he hablado demasiado. Es más, jamás había sido tan sincero con una desconocida...

Lucy se tocó el recogido, nerviosa, luego sonrió y confesó:

—Si me llegan a decir que esta noche iba a acabar conversando con Dylan Hayes, no lo habría creído...

—No soy un tipo estirado, ni vivo en una torre de marfil, me encanta volver al pueblo en Carolina del Sur y estar con mi viejo. En el fondo sigo siendo un chico humilde, que disfruta echando una manta en el suelo en lo alto de una colina para pasarme la noche mirando las estrellas. Y siempre que las contemplo, busco a mi madre... La perdí cuando era un niño y no hay día que no la eche en falta...

—Lo siento mucho —dijo Lucy conmovida.

—No pasa nada. La siento. A pesar de todo, siento que está conmigo... Y luego tengo las estrellas...

—A mí me pasa lo mismo con mi abuela Ruth, fue la que me lo enseñó todo. Con ella aprendí a coser... También la siento... Y recuerdo con cariño las noches que pasábamos al raso con mi familia en los lagos Finger contemplando el firmamento. Mamá nos mostraba todas las constelaciones... y siempre decía: allí en lo alto está la abuela.

A Lucy se le llenaron los ojos de lágrimas y Dylan también se emocionó al escuchar aquello. No obstante, para no acabar los dos llorando a lágrima viva, decidió preguntar a esa chica:

—¿Y ya no lo haces? ¿Ya no contemplas las estrellas desde lo alto de una loma?

—La última vez que subí a una colina a ver las estrellas creo que tenía diecisiete años...

Y desde entonces, solo había trabajado muy duro y de momento seguía siendo más pobre que una rata.

Pero no se lo dijo...

Y menos a ese triunfador que tenía el mundo en sus manos...

—Tienes que hacerlo, estar bajo un cielo inmenso y estrellado no solo te conecta con los que no están, sino que te cambia la perspectiva de todo. Te pone en tu sitio. Te muestra realmente quién eres. Y hace que no pierdas el norte...

Lucy no necesitaba subirse a lo alto de una loma para saber quién era, lo sabía muy bien, por eso tenía que medir cada palabra para que ese hombre no se diera cuenta de la clase de fraude que era.

¡Una simple dependiente de la cadena Hayes que se había colado en la fiesta del año!

Una fiesta que ya estaba de lo más concurrida, con gente que tenía pinta de

ser muy importante, y que no dejaban de saludar al señor Hayes con rendida admiración.

—Todo el mundo está encantado con tu premio. ¡Es más que merecido! —le comentó Lucy porque era la pura verdad, después de que le saludara un conocidísimo banquero.

—Toda esta gente hace quince años ni me habría mirado a la cara. Y ahora mira, ¡todos comen de mi mano! ¿Ves a esa señora oronda que me mira como si fuera una presa codiciada?

Lucy miró a la derecha y vio que era Filomena Jones, una famosa coleccionista de arte.

—¡Tiene una auténtica fortuna en cuadros! —cuchicheó Lucy tras mirarla discretamente.

—Sí, pero ninguna liquidez. Y no se le ha ocurrido mejor plan para remontar su penosa situación financiera que me case con su hija Sophie, una belleza aburrida y necia, de gustos carísimos y vagancia extrema. ¡Cómo ha cambiado el cuento! Esta gente antes me despreciaba y ahora hasta quieren emparentar conmigo —confesó Dylan, con cierta rabia, tras apurar su copa.

—Creo que la gente que está aquí admira tu talento, tu esfuerzo y tus logros. Y que vengas de abajo, le da más valor a todo lo que has conseguido...

—Lo único que admiran es mi dinero... ¡Yo les importo un pepino! Mi esfuerzo, mi lucha, mi sacrificio, mi dolor y mi soledad: eso no le importa a nadie.

—El ganador está siempre solo... —le recordó Lucy tras apurar también su copa.

Dylan miró a la boca jugosa de esa mujer que le estaba haciendo abrirse como jamás lo había hecho con nadie y le confesó:

—No sé qué me está pasando contigo, Lucy. Estoy hablándote como si te conociera desde siempre.

Lucy sintió que le daba un vuelco al corazón al escuchar las palabras tan sinceras de ese hombre que no podía ser más atractivo. Pero no solo por su espectacular físico: alto, fuerte, elegante, de preciosos ojos miel y boca sublime, es que además tenía un carisma y un aura que le hacían un hombre completamente irresistible.

Tanto que no le extrañaba que muchas de las mujeres de la fiesta la estuvieran mirando con una cara de lo más rara. Por eso, dijo...

—Sí, pero me parece que te estoy acaparando demasiado. Los demás invitados también desean departir contigo.

A Dylan le importaban un rábano los demás invitados, él solo quería seguir charlando con esa chica que le tenía totalmente cautivado. Era tan diferente a todas las mujeres con las que solía tratar, tan espontánea, tan natural, tan sincera y tan dulce que no quería otra cosa más que seguir compartiendo la noche con ella.

—¿Has venido sola a la fiesta?

—Sí, pero tranquilo que estoy bien. Entiendo que tienes que atender a la gente...

—¡No me interesan para nada! Unos quieren hacer negocios, otras quieren seducirme para hacerse con el botín de sus sueños: un marido rico. En fin. Es un asco. Solo les interesa mi cuenta corriente. ¡Ese es mi gran atractivo!

—Supongo que no todo el mundo será así de interesado. Me cuesta creer que todos sean tan materialistas y retorcidos... —comentó Lucy, sintiendo mucha pena por ese hombre.

—Conozco bien a casi todos los asistentes a esta fiesta. Créeme que es así. La única buena persona que hay en esta sala eres tú. Bueno, y el organizador, el bonachón del señor Roberts...

Lucy pensó que como descubriera su verdad, que era una mísera empleada que se había colado en la fiesta, su opinión iba a cambiar radicalmente.

—Todos tenemos nuestras cosas —aseguró Lucy, sonrojada.

—No hay más que mirarte a los ojos para saber que eres una persona honesta, no tienes nada que ver con todo este atajo de ambiciosos y arribistas.

Lucy pensó que desde luego que no, más que nada porque no tenía dónde caerse muerta...

—La verdad es que no tengo colecciones de arte, ni una cuenta corriente llena de ceros.

—¡Tienes algo mucho mejor! ¡Un corazón puro! Eres una mujer sincera y auténtica. Algo que es muy difícil de encontrar en este mundo en el que todo es mentira.

Lucy se sintió fatal porque, aunque realmente no le había mentado en nada de lo que le había contado a Dylan, ella sabía que era una impostora, que estaba en el lugar que no debía, y que por supuesto su sitio en el mundo era otro... Por eso, le dijo, pues llegados a ese momento de la noche, ya no podía hacer otra cosa más que contar la verdad:

—Mira, yo no tendría que estar aquí esta noche... Yo...

Lucy no pudo seguir hablando porque el señor Roberts tomó a Dylan del brazo y le pidió que subiera al estrado a recoger su premio y pronunciar unas palabras.

—Enseguida vuelvo. Odio estas cosas y voy a ser muy rápido. Espérame, señorita Walsh y me sigues contando... Por favor...

Lucy con los ojos llenos de lágrimas ya que se sentía muy mal, asintió y forzó una sonrisa tras despedirse del señor Hayes con la mano.

Luego contempló cómo se dirigía hacia el estrado, con sus andares seguros, su espalda ancha, su figura elegante y poderosa, y su aura de hombre hecho a sí mismo, con esfuerzo, talento y dedicación.

Y se sintió una miserable, una decepción, un fraude, una maldita fracasada que desde luego no se merecía la atención que ese tipo, franco y con

muchísimas agallas, le había procurado.

Y solo quiso huir... Si bien, sucedió algo que impidió que lo hiciera...

Capítulo 6

Y es que apareció su amiga Emily, con una bandeja de canapés, cuando ya estaba enfilando la salida y la abordó muerta de risa:

—Tía ¡estoy alucinada! ¡Y eso que no querías venir! ¡Llevas hablando con el buenorro de Dylan Hayes toda la noche! ¡Serás perra!

—Calla, que no sé dónde meterme. ¡Yo me voy de aquí! ¿Te puedes creer que quiere seguir conversando conmigo, después de que recoja el premio?

—¡Tía, te has ligado al superjefazo! ¡Esto es...! ¡Ay, mi madre! ¡Y eso que parecías tonta! —exclamó Emily muerta de risa.

—¡No digas bobadas! Solo hemos estado hablando y la verdad es que la conversación ha sido muy interesante. Pero él cree que soy una buena chica, sincera, honesta... En fin... Que yo no he podido aguantar más y cuando estaba a punto de contarle que soy una dependienta de su cadena y que me he colado en la fiesta, ha llegado el organizador y se lo ha llevado para el estrado. Pero yo me voy... ¡No puedo estar aquí ni un segundo más!

Y tras decir estas palabras, Dylan empezó con su discurso de agradecimiento tras recibir el premio...

—¡Tía, no seas pánfila! ¿Cómo te vas a ir? —cuchicheó Emily—. Tú admiras a ese hombre. ¿Cómo vas a dejar pasar la ocasión de seguir charlando con él?

—¿Para qué? ¿Para que confirme del todo su teoría de que todo es una mierda y que ni Dios dice la verdad? Él piensa que soy una buena chica.

—Y lo eres. No es nada malo colarse en una fiesta. Tú lo has hecho porque admiras al señor Hayes y quieres dar a conocer tus diseños. Eres muy talentosa. ¿No te has fijado en cómo te mira todo el mundo?

—Me miran porque me he pasado la noche charlando con el agasajado... No es por mí o por mi vestido... Aunque a Dylan le ha gustado, dice que querría que estuviera en todos los escaparates de sus tiendas. ¡Alucino en colores!

Emily se quedó pasmada y, con los ojos más chispeantes que nunca, le advirtió:

—Es que es divino tu vestido. Así que ni se te ocurra irte porque...

Emily se calló, pues justo en ese momento escucharon cómo el señor Hayes decía con voz clara y rotunda, mirando justo a donde ellas se encontraban:

—No me gustan los premios, ni los reconocimientos, siento que no los merezco. No he hecho nada importante, solo trabajo durísimo, como hace todo el mundo para sacar a los suyos adelante. Pero esta noche, gracias a una persona muy especial, la señorita Walsh, he descubierto que si mi trabajo sirve para inspirar aunque sea a una persona, todo merece la pena. ¡Muchas gracias, señoras y señores. Y muy buenas noches!

Y tras decir estas palabras, el público rompió en aplausos y Dylan premio en mano se dirigió hasta donde estaban ellas.

—¡Ay madre, que viene para acá! ¿Y ahora qué hago? —preguntó Lucy ansiosa perdida.

—¿Qué vas a hacer? ¡Darle las gracias y seguir charlando con él! Además, ¿has visto con qué ojos te mira? Nena, ¡te está devorando con la mirada!

—Por favor, ¡no lo hagas más difícil! Esto está repleto de tías mucho más guapas que yo...

—¿Qué dices? Si solo tiene ojos para ti. ¡Si te está clavando la mirada! Tía, y a ti te gusta... A mí no me engañas...

—¿A quién no le gusta un pedazo de hombre, con un cuerpaceo de impresión y unos ojos que son para perderse tres siglos?

—Tía, tía, tía... ¡Qué noche te espera! ¡Yo me voy! Que ya está aquí...

¡Disfruta! ¡Pásalo en grande y no olvides que vales mucho! ¡Eres lo más, preciosa! No tienes nada que envidiar a nadie...

Emily se dirigió a toda prisa con su bandeja de canapés hacia otro grupo de invitados, y al momento apareció Dylan con una disculpa:

—Perdona si te ha molestado que te haya mencionado, pero es que la sinceridad me pierde.

Lucy negó con la cabeza y sonrió nerviosa...

—Al contrario es un honor.

—Me ha gustado saber que lo que hago inspira, y si es a alguien como tú mucho más.

Lucy le miró sintiéndose otra vez fatal y, con un nudo en la garganta, confesó:

—Yo no soy como tú piensas...

Y acto seguido, alguien que salía empujó a Lucy que trastabilló con sus taconazos y acabó pegada al pecho duro de Dylan, que la miraba de una forma tan intensa que se estremeció entera, de arriba abajo.

—¡Caballero, tenga más cuidado! —le increpó Dylan—. Creo que es mejor que vayamos a otro sitio a hablar tranquilamente, si te parece bien... — propuso Dylan, colocando la mano suavemente en la espalda de Lucy, para que no perdiera el equilibrio del todo.

—Estoy bien. Solo ha sido un pequeño empujón —susurró Lucy, alzando la cabeza y clavando la mirada en los profundos ojos de color miel de ese hombre que estaba pegado a ella.

Y olía tan bien, tenía un aroma tan único y especial, que Lucy por unos instantes cerró los ojos para sentirlo con más fuerza.

Luego, abrió los ojos y Dylan sonrió de un modo tan *sexy* que Lucy por poco no se derritió ahí mismo:

—Si te parece podemos hablar tranquilamente en la sala contigua, hay un

sofá un poco incómodo, pero seguro que es mejor este lugar donde no van a dejar de empujarnos y pisarnos.

Lucy, aunque de nuevo lo que tenía ganas era de huir, asintió porque ese hombre que había sido tan sincero con ella, se merecía una explicación. Así que dijo:

—Vamos para allá...

Y Dylan, gentilmente, le abrió paso a través de los invitados que no dejaban de felicitarle por el premio.

Y así, entre abrazos, besos y demás, llegaron por fin a la sala contigua en la que estaban solos, y se sentaron en un sofá de piel que como Dylan había adelantado: no podía ser más duro ni más incómodo.

—Tenías razón... ¡El sofá es tremendo! —comentó Lucy con una sonrisa nerviosa.

—Lo sé, algo entiendo de muebles. Pero bueno, lo importante es que podemos conversar tranquilamente. Cuéntame, por favor...

Lucy se removió en el sofá, se colocó un mechón de pelo que se había soltado y tras carraspear, farfulló:

—Verás...

Y entonces, miró a esos ojos fascinantes que brillaban como nunca y se quedó sin palabras. Era absurdo. Ese hombre iba a pensar que era una pava, pero es que no podía ni articular palabra. Y no solo era por los nervios, no... Que los tenía... Ni porque se sentía fatal por ser una impostora y todo lo demás... Es que además ese hombre estaba despertando en ella un deseo que tenía más que dormido y le estaban entrando unas ganas absurdas y locas de... besarlo.

Entretanto, Dylan ajeno a todo siguió mirando a Lucy de esa manera tan arrebatadora y le instó a que siguiera hablando:

—Dime, y tú tranquila por favor... Háblame con total sinceridad...

Lucy se mordió los labios de puro deseo y reconoció con franqueza:

—Como sea sincera... Uf... ¡Mejor que no lo sea, créeme!

Dylan parpadeó muy deprisa, sin entender nada, y le pidió:

—Quiero que lo seas. Es más, sé que tú valoras la sinceridad tanto como yo.

—Ya, pero es que aparte de que estoy donde no debería, ahora mismo estoy sintiendo cosas que tampoco debería sentir.

Dylan sorprendido, replicó con la mirada perdida en los ojazos chispeantes de esa mujer que le tenía fascinado:

—¿Sentir? ¿A qué te refieres?

Lucy miró a la boca, gruesa y bien perfilada de ese hombre, y con unas ganas irrefrenables de probar esos labios que eran una auténtica perdición, se vio respondiendo la pura y dura verdad:

—A que me muero por besar tus labios...

Capítulo 7

Dylan con el corazón bombeándole con mucha fuerza, se acercó un poco más a ella y replicó también con su verdad:

—Bésame entonces...

Y es que él también se moría por probar esa boca jugosa, deliciosa y delicada, por abrazar a esa mujer que le había cautivado desde el primer instante en el que la había visto y que a medida que sabía más de ella, no dejaba de atraerle más y más...

Sin embargo, Lucy negó con la cabeza y siguió hablando con la verdad por delante:

—No debo. Yo no hago estas cosas. Yo soy una chica convencional, de las que jamás da un beso en la primera cita... Así que imagina ahora, que esto no es ni siquiera una cita... ¡No sé lo qué me pasa! Perdóname.

Dylan sonrió y le dijo para que se tranquilizara:

—Has sido sincera. Nada más. Y me gusta. Te apetecía besarme y lo has dicho. Ya está.

Lucy sin poder dejar de mirar a esos labios, que eran una tentación y un tormento, habló:

—No, no está. Porque las ganas no cesan y yo no debo. Jamás me ha pasado esto con nadie. Yo no soy de rollos, ni líos, ni devaneos. He tenido dos novios y ya está. Esa es mi experiencia. Jamás he tenido nada con un desconocido...

A Dylan le gustó que se abriera de esa forma con él, que le contara con naturalidad lo que le estaba pasando por la cabeza. Y decidió también sincerarse con ella:

—Yo solo he tenido sexo esporádico, con amigas y con desconocidas, pero

jamás he conocido el amor... Quizá una vez, con once años: me enamoré en la escuela de Melanie Rivers, pero también se mofó de mí porque era un pobre paleta. Me partió el corazón y después, no he hecho otra cosa más que trabajar y trabajar. He conocido a muchas mujeres pero no me he enamorado nunca. Y es una pena, porque me encantaría formar mi propia familia y ya tengo 35 años.

—Seguro que el amor llega. Ya lo verás.

Dylan suspiró mirando a esa chica que le pareció lo más dulce y hermoso que había conocido en su vida y le preguntó:

—¿Crees en el amor?

Lucy asintió sin dudarle y luego le contó:

—Tengo un ejemplo impagable en mi casa. Mis padres llevan toda la vida juntos y se adoran. Tal vez por eso estoy soltera, tengo el listón tan alto que lo tengo bastante difícil...

Dylan negó con la cabeza y con unas ganas locas de abrazar a esa mujer confesó:

—Eres adorable, Lucy. Encontrarás a un hombre que te dé todo lo que mereces. Estoy convencido de que te está esperando una historia de amor tan preciosa como la de tus padres.

Lucy suspiró y solo pudo musitar:

—¡Ojalá!

Dylan la miró con los ojos vidriosos y luego, tras sonreír con la sonrisa más hermosa que Lucy había visto en su vida, le pidió:

—No te conformes con menos.

—Detesto los amores baratos. Cuando me entrego, lo doy todo. Conmigo no va eso de darse solo de piel. Yo doy piel y corazón, y mi vida entera. Tal vez sea demasiado intensa para estos tiempos que corren...

—Eres maravillosa. No puedo decir nada más.

Lucy sonrió, halagada, porque en la vida nadie le había hablado de esa forma y reconoció:

—Si te contara la razón por la que estoy aquí, no dirías que soy tan maravillosa.

Dylan, que lo único que sabía era que no recordaba haberse sentido tan a gusto con alguien, replicó:

—Sea lo que sea, bendita razón porque me ha permitido conocerte. Y debes saber que estoy gratamente sorprendido, a cada instante que pasa no dejas de fascinarme más y más...

Lucy arqueó una ceja y confesó con la mano en el pecho:

—Yo sí que estoy fascinada, que no me puedo creer aún que esté aquí, contigo. ¡El gran Dylan Hayes! ¡Madre mía!

—Soy Dylan, el chico de Carolina del Sur, que no ha parado de trabajar hasta la extenuación. No quiero que me veas como alguien excepcional...

Lucy negó con la cabeza y, mirándole otra vez muerta de deseo, insistió:

—Pero lo eres... Lo quieras o no... Yo...

Y se quedó callada porque las ganas locas de besarla la estaban dejando otra vez sin palabras.

—Sigue hablando, Lucy. No pares... —le rogó él, con una voz áspera y mirando a los labios dulces de Lucy.

—No puedo. Otra vez siento estas ganas absurdas y locas de...

Dylan le puso el dedo en los labios y del roce Lucy se estremeció entera. Después, él le pidió...

—Si quieres besarme, hazlo. No te voy a juzgar, no va a pasar nada que tú no quieras. Nada. Si quieres probar mis labios, hazlo. Yo también estoy deseando hacerlo.

Lucy sintiéndose entendida completamente, le habló con el corazón abierto:

—Todo el mundo me dice siempre que me deje llevar, que disfrute... Pero

yo siempre hago lo correcto... Siempre... Menos esta noche, que he venido a esta fiesta cuando no debía estar aquí y ahora me muero por besarte, cuando es de todo punto...

—De todo punto lógico, Lucy... No le des más vueltas. Desde que nos hemos mirado por primera vez hemos visto demasiadas cosas en los ojos del otro. Y yo me muero por adentrarme más en el misterio, en tu fuerza, en tu dulzura... Lo que ha pasado esta noche ha sido mágico, muy especial y los dos nos negamos a que acabe sin celebrarlo de alguna manera.

—Y por eso el beso... —musitó Lucy con el corazón latiéndole a mil y acercándose más y más a los labios de Dylan, que le estaban despertando un deseo que tenía más que escondido.

Dylan asintió con la cabeza y entonces Lucy lo hizo:

Se acercó tanto a él que los labios se rozaron y así estuvieron unos instantes, hasta que ella los besó primero suave y luego más fuerte dejándose llevar por la pasión que estaba sintiendo en su pecho.

Acto seguido, se apartó un poco de él, le miró y susurró:

—Dios mío...

Dylan le acarició los labios húmedos con el dedo índice, muy despacio, y susurró:

—Eres tan dulce, preciosa. Tan especial...

Luego retiró el dedo despacio y Lucy le besó otra vez, pero en esta ocasión abrió un poco los labios para que la lengua de ese hombre le invadiera la boca.

Y fue una locura...

Primero Dylan lamió suave la punta de la lengua de Lucy y luego cuando ella abrió más la boca, la exploró entera con una avidez que les dejó sin aliento.

Y el beso siguió, haciéndose más húmedo, muy intenso, muy excitante, tanto

que los dos sintieron que los corazones iban a salirseles del pecho.

—Esto es demasiado para mí... —confesó Lucy, después de que el pedazo de beso la dejara sin aliento y con los labios pegados a los de Dylan.

—Y para mí.

—Tú estás acostumbrado a esto, pero yo no...

—Te equivocas. Lo que estoy experimentando ahora mismo es nuevo. Siento un deseo feroz por ti, Lucy, pero no solo es deseo... Es mucho más. No te confundas. No es solo sexo. Te juro que no...

Lucy se quedó atónita porque jamás hubiera esperado algo semejante de un hombre como Dylan Hayes. Y confesó:

—Yo solo sé que jamás me ha pasado esto con nadie... A mi primer novio le besé a los seis meses de conocerlo... No te digo más. Y con el segundo, casi que me ocurrió lo mismo... Pero contigo... ¡Dios mío! ¡Estoy que me muero de deseo! Como sigamos así, te voy a pedir que me lo hagas en este sofá.

Dylan con el corazón rugiéndole y, unas ganas infinitas de seguir besando a esa mujer, reconoció:

—Yo estoy igual, pero tú eres la que decides. Los de la organización me han reservado una *suite* en la última planta. Si quieres subimos y si no... Podemos ir a dar un paseo por Central Park... O lo que quieras... Dime, Lucy... ¿qué es lo que deseas?

Lucy con unas ganas enormes de sentir a ese hombre, de tenerlo muy dentro y sin cuestionarse mucho más, porque estaba presa de una pasión incontrolable y desconocida, le besó otra vez y le pidió:

—Quiero hacerlo, Dylan. Quiero hacerlo contigo.

Capítulo 8

Mientras subían en el ascensor siguieron besándose con locura, con pasión y con un deseo irrefrenable por el que Lucy se dejó arrastrar por primera vez en su vida.

¿No le decía todo el mundo que tenía que divertirse, que tenía que dejarse llevar?

Pues ahí estaba besándose con el superjefazo en un ascensor de camino a la *suite* en la que se iba a desatar la pasión más salvaje y genuina.

De eso estaba segura...

Porque no pensaba dar marcha atrás.

Ya era demasiado tarde y su cuerpo solo pedía seguir hasta el final.

Su cuerpo, su cabeza y su corazón.

Por qué no.

Su corazón también quería intimar con ese hombre al que admiraba como a nadie.

Y más desde que sabía muchas más cosas que él, desde que conocía todo lo que le había costado conseguir lo que tenía y desde que le había hablado de su soledad.

Y no de la soledad del ganador, que era más que esperable, sino de la soledad del que no ha conocido nunca el amor.

Y eso le partía el corazón, porque un hombre como él se merecía experimentar el amor de verdad, un amor auténtico y sincero...

Y tal vez porque le despertaba ese sentimiento, quería abrazarlo, quería sentirlo, quería...

Lo quería todo.

Y le deseaba tanto que le dolía, a ella que había olvidado hasta cuándo fue la última vez que lo hizo.

¿Tres años?

Pues sí, hacía tres años que no tenía relaciones, porque justo fue en esa época cuando lo dejó con James.

Y desde entonces nada...

No había estado con nadie más, hasta justo en ese instante en el que se estaba comiendo la boca con el hombre con el que jamás pensó que lo haría.

Dylan Hayes, el superjefazo, la última persona del planeta con el que le convendría tener una aventura...

Pero ahí estaba, muerta de deseo, besándose con él como no lo había hecho con nadie.

Encendida de pura pasión, una pasión que la tenía tan arrebatada que en cuanto salió del ascensor creyó que iba a marearse.

—Necesito tomar un poco de aire —masculló Lucy en cuanto la puerta del ascensor se cerró tras ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Dylan preocupado.

—Sí, solo es que no estoy acostumbrada a semejante... fuego.

Dylan sonrió, le ofreció su brazo para que se enganchara y se excusó:

—Discúlpame, es que has desatado en mí una pasión que me desborda.

—Tú sí que la has desatado en mí...

—Los dos somos puro fuego. Pero si quieres que lo dejemos aquí, por mí perfecto... Podemos ir a cenar, a tomar una copa, lo que desees...

Lucy negó con la cabeza, ya que por nada del mundo quería dejarlo:

—Quiero llegar hasta el final. Estoy un poco hiperventilada, pero nada más. Enseguida se me pasa...

—Está bien...

Dylan la llevó del brazo hasta la puerta de la *suite* que abrió con una tarjeta

y la invitó a que pasara...

Lucy se quedó maravillada ante el tamaño y el lujo de esa habitación enorme, que triplicaba en metros las dimensiones de su apartamento.

Luego, Dylan abrió una botella de champán que estaba en un enfriador de plata, sobre una mesa de maderas nobles, y le ofreció una copa para que brindaran:

—Porque el destino por fin ha propiciado nuestro encuentro —habló Dylan alzando su copa.

Lucy se quedó atónita porque le parecía demasiado fuerte ese brindis...

—¿Crees en el destino?

—Creo que hay que trabajar muy duro, pero sí... Creo que todo está escrito en alguna parte. Y este encuentro de hoy, también... Tenía que suceder, teníamos que conocernos y eso debemos celebrarlo.

Lucy alzó su copa y brindó no sin antes recordarle...

—Pero yo no tenía que estar aquí esta noche.

—Lo único que sé es que estás... Y es que da igual, Lucy... Si está escrito, todo te habría llevado hasta aquí, hasta este momento, hasta este beso.

Entonces, se acercó hasta ella, la tomó por la barbilla y la besó con pasión y fuego en la boca, un beso abrasador que a ella la estremeció entera.

Luego, bebieron de sus copas y volvieron a besarse porque los dos deseaban lo mismo.

—Me muero por hacerlo contigo, Dylan. No sé qué me pasa, no me reconozco, pero me da lo mismo. Quiero vivir esto, quiero sentirte muy dentro...

Dylan cogió la copa de la joven, la dejó sobre una mesa auxiliar, y luego la agarró por la cintura para estrecharla contra él.

—Yo deseo lo mismo, Lucy. Exactamente lo mismo...

Dicho esto, la tomó por el cuello y la besó con profundidad, al tiempo que

le bajaba la cremallera del vestido hasta el final.

Acto seguido, Dylan solo tuvo que tirar un poco del vestido para que cayera dejando a la vista unos pechos redondos y altos, cuyos pezones estaban cubiertos por unas pezoneras.

—Estoy tan excitada... —reconoció Lucy, a la vez que Dylan posaba sus manos sobre los pechos y los apretaba suave.

—Eres preciosa, Lucy.

Lucy gimió con esa caricia y con las que vinieron después, cuando él tras amasar sus pechos, le arrancó las pezoneras y dejó al descubierto los pezones durísimos.

Dylan entonces los tomó entre sus dedos y los pellizcó sutilmente hasta hacerla jadear.

Y no conforme con eso, se los llevó a la boca para chuparlos, mordisquearlos y ponerlos muchísimo más duros.

Luego, le despojó sutilmente el vestido que dejó con cuidado sobre la cama, como si fuera una joya de lo más preciada, volvió a colocar las manos sobre los pechos y tras acariciarlos, descendió con una mano hasta el pubis que apretó por encima de las braguitas.

Lucy al sentir esa mano fuerte en su sexo se retorció de placer, cerrando los ojos, en tanto que Dylan volvía a presionarlo unas cuantas veces más.

La sensación era tan sublime que Lucy creyó que, como repitiera esas caricias, iba a sucumbir a un orgasmo ahí mismo.

Pero no lo hizo...

Porque Dylan coló la mano por dentro de las braguitas y acarició la humedad hasta hundir dos dedos dentro de ella.

Cosa que fue tal delirio que Lucy creyó que no iba a poder soportarlo mucho más...

—Hace tanto que no lo hago que como sigas así voy a correrme ya mismo...

—Córrete las veces que quieras...

Dylan siguió acariciándole de esa forma, penetrándola con sus dedos, hasta que ella jadeó de tal manera que le arrancó la ropa interior y comenzó a golpetearle el clítoris con el pulgar para hacerle llegar al éxtasis.

Lucy presa de un deseo incontenible, le besó con furia, con avidez, con todas sus ganas, mientras él no dejaba de tocarla de esa forma tan certera y contundente...

Y así estuvo hasta que el clítoris se endureció tanto que él cayó de rodillas y pasó a estimularla con la punta de la lengua, con lametazos tan precisos que Lucy acabó corriéndose gritando desesperada y clavando las uñas en los hombros duros y fuertes de ese hombre que se lo estaba dando todo.

Después, cuando ella aún estaba sin aliento y jadeante, Dylan se puso de pie, la besó con toda la pasión que rugía en su pecho y la pegó contra su cuerpo.

—Eres maravillosa, Lucy. Única —susurró con los labios pegados a los de ella.

Y Lucy que quería más, muchísimo más, respondió arrancándole la chaqueta del impecable traje italiano...

Capítulo 9

Llevado por un deseo incontenible, Dylan se arrancó después la camisa y la besó con fuerza en la boca.

—¡Qué locura, Dylan! —exclamó Lucy, jadeante.

Dylan se apartó un poco de ella y le preguntó con una ternura que a ella le conmovió:

—¿Estás bien?

Lucy asintió y respondió con total sinceridad:

—¡Demasiado bien! Esto es lo más morboso y excitante que he hecho en mi vida.

Si bien, a Dylan se le cambió el semblante y reconoció:

—Para mí no es algo solo morboso y excitante, pero mí estar aquí es algo muy especial y muy mágico.

—Pues imagina para mí, que siempre he hecho lo correcto, lo que supone estar aquí, contigo, en esta *suite* espectacular... Uf. ¡Es algo que ni se me habría ocurrido soñar en mis mejores sueños!

Dylan la acarició con el dorso de la mano la mejilla, con mucho cariño, y luego le contó:

—Mi padre tiene una teoría sobre el amor, dice que las parejas son algo parecido a las piezas de un puzle, donde solo hay dos piezas que encajan de forma perfecta. Él siempre me dice que mi pieza está ahí, caminando hacia mí, igual que yo hacia ella. Y que algún día nos encontraremos...

—Es una teoría muy romántica, como la del alma gemela...

—Trabajo tanto y vivo en un mundo tan artificial y de tantas mentiras, que siempre he pensado que me iba a costar muchísimo, por no decir que iba a ser

una misión imposible encontrar a alguien que hiciera que sintiera que es justo esa persona que encaja a la perfección en mi vida.

—Yo sé, como tu padre, que encontrarás a esa persona...

Dylan sonrió, la besó suave en los labios y aseguró convencido:

—Yo también lo sé, porque la tengo enfrente.

Lucy sintiendo un vuelco en el corazón tremendo, negó con la cabeza y exclamó:

—¡No digas esas cosas, Dylan!

—Es lo que siento. Desde que te he visto con tu preciosa figura, tu recogido elegante y tu vestido dorado de alta costura, esa maravilla que has diseñado con tu talento, al que me rindo completamente...

—¡Qué exagerado eres!

Dylan se puso muy serio porque estaba diciendo una verdad como un templo:

—Me dedico a esto. Sé distinguir el talento a kilómetros y tú lo tienes. Ese vestido es una joya y quiero que esté en todas mis tiendas. Tengo un olfato muy fino para lo comercial. Y sé que ese vestido será un superventas... Pero además de que eres una diseñadora de primera, me has fascinado con tu forma de ser: eres inteligente, dulce, sensible, humilde, trabajadora, diferente, sincera... Nunca he conocido a una mujer tan auténtica como tú, Lucy. Jamás... Y por si fuera poco tienes una boca que me lleva al séptimo cielo... Si no tuviera pavor a que pensaras que soy un majadero, te diría que he tenido contigo un flechazo súbito y verdadero...

—Yo no creo en los flechazos, el amor es algo que se cuece a fuego lento, no dudo de que hay una atracción brutal entre nosotros, de que por mi parte hay una admiración enorme, pero apenas nos acabamos de conocer...

—Y mira todo lo que estamos sintiendo... ¿Te imaginas lo que puede ser esto dentro de unos años?

Lucy se echó a reír, porque no le quedaba otra...

—¡Me parece que vas demasiado deprisa! ¿No te parece?

—Es mi ritmo cuando sé lo que quiero. Y lo tengo delante. Eres tú, Lucy Walsh. Tú tienes todo lo que yo necesito, todo lo que me falta, todo lo que ansío.

Luego la besó de una forma tan apasionada que a Lucy le dio un vuelco al corazón y ella susurró emocionada:

—Supongo que para los negocios se necesita toda esta pasión que tú tienes, pero para el amor...

Dylan la interrumpió, posando el dedo índice sobre la boca jugosa de Lucy y musitó:

—Pongo la misma pasión en todo, soy un hombre apasionado, y tú despiertas todo esto en mí...

Y tras decir esto, la besó con locura, mientras ella se pegó fuerte contra el torso desnudo y perfectamente definido.

Luego, sin dejar de besarse, se acariciaron con verdadera ansiedad, recorriéndose las pieles, hasta que Lucy no pudo más y le pidió:

—Necesito llegar con esta locura hasta el final... Aunque ni yo misma me crea que te esté pidiendo esto.

Dylan la miró ardiendo de deseo, pero le dejó bien claro para que estuviera tranquila:

—Si quieres que lo dejemos aquí, por mí perfecto... Tenemos toda la vida por delante, Lucy. No hay prisa. Yo te deseo con todas mis ganas, pero puedo esperar lo que haga falta. Tú marcas los tiempos.

Lucy le cogió por el cuello y se dejó llevar por el fuego que ese hombre había despertado en lo más profundo de ella.

—Quiero que lo hagamos... Necesito hacerlo... —le rogó.

Dylan entonces sacó un preservativo de la cartera, lo abrió y tras

deshacerse de los pantalones y la ropa interior, se lo enfundó mientras Lucy le miraba trémula de deseo.

El cuerpo de ese hombre, de dios griego, era de una belleza como no había visto en su vida y su miembro duro y grande la tenía completamente en éxtasis...

—Quiero que sea algo bonito, quiero que sea algo que recordemos siempre, quiero que sea perfecto... —dijo Dylan, tras estrecharla de nuevo entre sus brazos.

Lucy pegada a él, piel con piel, los dos desnudos, se quedó unos instantes en silencio, sintiéndole y luego le confesó:

—Hace tres años que no lo hago... Y tampoco es que tenga mucha experiencia...

Dylan la besó con dulzura y le susurró:

—Te lo haré despacio, seré cuidadoso contigo...

Lucy con unas ganas tremendas de sentirle muy adentro, negó con la cabeza y le pidió:

—Quiero sentirte, no quiero que me trates como si fuera una virgen...

Luego, le besó con voracidad y Dylan satisfizo sus deseos cogiéndola en volandas...

Ella respondió rodeando el cuerpo fuerte y duro de Dylan con las piernas y él la llevó así, cargando con ella, hasta que la espalda ardiente de Lucy quedó aplastada contra la fría pared del fondo.

Una vez allí, Dylan colocó la punta de su miembro en la entrada estrecha y húmeda del sexo de Lucy y tras besarla con una pasión loca, se enterró hasta el fondo deslizándose lentamente.

Lucy le miró, con los dos cuerpos perfectamente encajados, y él supo que ella quería más, muchísimo más, que los dos ansiaban derretirse hasta el límite de sus fuerzas.

—Hazlo, Dylan. Hazme el amor, te lo ruego...

—Quiero fusionarme contigo, quiero dártelo todo...

Y acto seguido Dylan comenzó a moverse, a entrar y salir dentro de ella, abriéndola como jamás nadie lo había hecho, en tanto que Lucy gemía y gozaba con esa invasión.

Poco a poco, fue penetrándola cada vez con más intensidad y profundidad, hasta que llegó un punto en que Lucy sintió que su cuerpo se abría mucho más y le pidió que fuera implacable...

Dylan, entonces tras besarla con una voracidad salvaje, comenzó a hacerle el amor con mucha más contundencia y dureza.

Y así siguieron amándose, sudorosos y jadeantes, dándolo todo, hasta que de la sola fricción del clítoris contra el pubis, ella sucumbió a un orgasmo tan fuerte, que él lo sintió perfectamente y se fue detrás de ella, corriéndose entre gemidos broncos.

Después, se quedaron fundidos y extenuados unos instantes, y luego Dylan la dejó sobre la cama tumbándose junto a ella.

Allí, la besó dulce en los labios, le apartó un mechón de pelo que le caía por el rostro y le susurró:

—Ha sido perfecto. Eres perfecta para mí.

Capítulo 10

Lucy todavía conmovida por lo que acababa de suceder, se frotó los ojos, como si aquello fuera un sueño y le preguntó:

—¿Esto es verdad?

—Para mí es un sueño, pero es cierto... ¡Estamos juntos y acabamos de amarnos de una forma alucinante!

Dylan estrechó a Lucy contra su cuerpo que se acoplaba el suyo con una perfección absoluta, como si fueran dos piezas de un puzle y ella susurró:

—Todavía no me lo creo... ¡Y ha sido tan bueno! Se me había olvidado lo maravilloso que era el sexo...

Dylan la miró contrariado, porque para él lo que acababa de suceder había sido algo más.

—Para mí no ha sido solo sexo, para mí ha sucedido algo que ha ido más allá de lo meramente carnal. Yo he sentido cosas que son mucho más que un puro deseo que se satisface...

Lucy asintió y luego reconoció:

—Me has hecho sentir de maravilla, como jamás me ha amado nadie... Pero seamos sinceros, Dylan, somos dos desconocidos... Esto ha sido lo que ha sido...

Dylan, arqueando una ceja y molesto por lo que acababa de escuchar, replicó:

—¿No decías que no sabes dissociar sexo de amor?

—Eso creía. Si bien, está claro que acabo de tener sexo contigo y no hay amor... Es que no puede haberlo. Somos dos extraños.

—Yo no te siento como una extraña. Te miro a los ojos y siento en lo más

profundo de mi ser una conexión muy antigua y muy profunda. Algo que jamás he sentido por nadie y ¿no ves cómo nuestros cuerpos encajan? Joder, Lucy, esto no es un polvo de una noche... Esto es mucho más...

—Eres un hombre formidable y un amante excepcional, pero...

Dylan se apartó de ella, se tumbó bocarriba con la vista clavada en el techo y farfulló:

—Si dejaras a la maldita cabeza a un lado y te atrevieras a escuchar a tu corazón, tendrías el coraje de aceptar que acaba de pasar algo que no sucede todos los días.

—No, desde luego que no. Yo no me voy acostando con el primer tío que conozco... Si he acabado aquí es porque ha sucedido algo especial, pero de ahí a todo lo que dices: hay un mundo. Eso de que me miras y sientes que hay un vínculo entre nosotros que viene de muy lejos, me suena tan raro.... Yo no creo en otras vidas, ni en nada de eso...

Dylan se giró y, con un nudo en el estómago tremendo, confesó:

—¿Y crees que yo sí? Yo me burlaba de todas esas historias, me parecía charlatanería barata; sin embargo, estoy escuchando a mi corazón y es lo que dice. Te miro y siento que te conozco de siempre... Llámame pirado, pero te juro que es lo que estoy sintiendo.

Lucy le miró con cariño y le dijo para que se tranquilizara:

—Jamás te llamaría pirado, respeto lo que sientes... Pero entiende también que yo esté un tanto... desubicada. No tenía que haber venido a esta fiesta y mucho menos acabar retozando con el mismísimo señor Hayes...

—Retozando, qué palabra más fea. Pues que sepas que el señor Hayes se ha quedado colgado de ti...

—Es que me cuesta creerlo, ¡si tienes a las mujeres más hermosas del planeta babeando por ti! No me puedo creer que te quedes pillado conmigo... Esas cosas solo pasan en las novelas románticas o en las películas que ve mi

madre...

—Pues yo me debo haber escapado de una novela o de una película, porque te juro que esto que siento es cierto y que jamás lo he sentido por ninguna otra mujer.

Lucy suspiró y no le quedó más remedio que sonreír porque no podía tomarse lo que estaba pasando de otra manera:

—A lo mejor es el champán... Creo que cuando se pase su efecto volverás a ser un tío lúcido.

—Estoy más lúcido que nunca, señorita Walsh... Te miro y sé que tienes todo lo que busco y deseo...

Lucy resopló, nerviosa, y luego le confesó:

—Yo te miro y lo que pienso es que jamás imaginé que tendría sexo con un dios griego.

—*Arg.* ¡Qué pesada con lo del sexo!

—¿Experiencia intensa te sirve?

—Intensa, mágica, especial, única... Tengo miles de adjetivos para lo que ha pasado...

—¡Y tanto! ¡En la vida he tenido un orgasmo tan potente! Entre otras cosas porque a mis novios les costaba muchísimo encontrarme el punto... de mi placer. Sin embargo, tú... ¡Madre mía! ¡Me has llevado al cielo en un pispás!

Dylan se recostó apoyando la cabeza en la mano y le dijo en un tono de voz de lo más *sexy*:

—Te puedo llevar las veces que quieras, estoy loco por hacerlo.

Lucy suspiró y habló con total sinceridad:

—Me he dejado llevar por primera vez en mi vida, ha estado genial, lo he disfrutado, me has hecho sentir una diosa, pero sé quién soy.

—Está muy bien saber quién eres. Es fundamental para no desnortarse en la vida. Pero eso no tiene nada que ver con nosotros.

—Sí que tiene, sé que esto ha sido muy bonito y ya. Yo no tengo nada que ver contigo, mi mundo es otro... Soy una chica sencilla, que lleva una vida tranquila y que...

Dylan negó con la cabeza y le aseguró convencido totalmente:

—No sigas, por favor. Tú y yo somos lo mismo. ¡Somos pura pasión! Se ve en lo que creas, en lo que diseñas, en lo que dices y en cómo amas. Te mueves por la pasión y eso nos hace pertenecer a la misma tribu. Da igual que yo sea el maldito empresario de éxito y tú la chica que está empezando con sus diseños. Somos dos apasionados y vibramos en la misma onda.

Lucy pensó que eso era cierto, que estaba consagrada a sus diseños con una pasión plena, pero de ahí a que pudiera encajar en la vida de ese hombre de éxito, iba un trecho muy grande:

—¿Siempre tienes que tener la razón en todo? —preguntó Lucy con una sonrisa enorme.

—Es que la tengo.

—No. No la tienes. Es cierto que tenemos pasión, pero yo no encajaría en tu mundo, ni tú tampoco en el mío... Más que nada porque mi apartamento mide treinta metros cuadrados... —bromeó Lucy.

Dylan se echó a reír y luego le comentó cada vez más fascinado con ella:

—Me haces reír como nadie. Suelo ser un tío borde y desagradable, me exige tanto y trabajo tan duro, que el estrés saca lo peor de mí. Pero debajo del tío insoportable que salta a la vista, te juro que hay un hombre que desea entregarte todo, que quiere amar, que es generoso... y que... no sigo porque queda fatal que hable bien de mí.

—Te creo. Por lo poco que te conozco, te creo... Eres un gran hombre, señor Hayes.

Lucy sonrió y no pudo evitar besarle despacio en los labios otra vez, en esos labios gruesos y expertos que eran mucho más que una tentación: eran

puro pecado.

Dylan le devolvió el beso con todas sus ganas, y así siguió bajando por el cuello, por los pechos y el ombligo, hasta acabar justo ahí... en la entrepierna de Lucy, que no paraba de estremecerse de placer.

Y así estuvo demorándose en esas caricias tan exquisitas hasta que le arrancó tal orgasmo que ella acabó estremecida entera.

Después, él se tumbó a su lado y se quedó mirando cómo descansaba agotada de tanto placer.

Estaba más hermosa que nunca y Dylan, en una nube, le acarició el rostro suavemente, mientras pensaba en que la felicidad si no era eso: debería parecerse bastante.

Después la abrazó, ella apoyó la cabeza en el pecho de ese hombre que le había dado un placer infinito, cerró los ojos y se sintió tan segura y protegida, tan en paz que al momento cayó en un sueño de lo más plácido.

Y Dylan que estaba feliz como no recordaba y sintiéndose tan bien que hasta se sentía flotar, también cerró los ojos y se dejó llevar por el mismo sueño que había atrapado a Lucy, con la esperanza de que nuevamente allí, en esos sueños, volverían de nuevo a encontrarse y por supuesto a amarse...

Capítulo 11

Sin embargo, no fue así porque a las tres horas se despertó solo en esa cama enorme y corrió al cuarto de baño convencido de que Lucy estaba allí.

Pero no.

No había rastro de ella, ni siquiera se había tomado la molestia de dejar una nota...

Lucy se había marchado sin decir adiós, sin dejar un teléfono, una dirección, algo...

Y Dylan sintió de repente un vacío tan grande en el fondo de su pecho, que hasta le entraron unas ganas absurdas de llorar.

“Maldita sea”, pensó.

Mientras intentaba como un idiota volver a tenerla en sus sueños, Lucy había salido de su vida sin hacer el más mínimo ruido.

Lucy...

Jamás había conocido a nadie como ella, y estaba convencido de que ella también había sentido lo mismo: esa certeza, esa convicción profunda de que estás frente a alguien que no es uno más.

Si bien, algo le había hecho huir...

No tenía ni idea de qué se trataba, pero posiblemente tenía mucho que ver con esa insistencia suya en que pertenecían a mundos diferentes y en que ella no debía estar allí esa noche.

Todo había influido para que saliera sin dejar rastro. Pero la encontraría...

Tenía que encontrarla...

Lucy no podía salir así de su vida, sin más.

Le había costado la vida entera encontrarla y ahora que sabía que existía no

iba a parar hasta traerla de nuevo de vuelta.

Por eso, le faltó tiempo para llamar al señor Roberts y preguntarle por la lista de los asistentes a la fiesta...

Si bien, el señor Roberts le comunicó al instante que en esa lista no aparecía ninguna señorita Walsh.

“Así que era eso... Se había colado en la fiesta”, pensó

No era que fuera supliendo a nadie, ni nada por el estilo...

Se había colado en la maldita fiesta, pero ¿por qué?

¿Por él?

¿Era un egocéntrico de marca mayor si pensaba que a lo mejor se había plantado en la fiesta porque quería conocerlo?

Le había dicho que le admiraba como empresario, así que tenía sentido que hubiera hecho todo lo posible por estar en ese evento.

Y sonrió.

Le gustaba muchísimo la idea de que se hubiera colado, de que hubiera trasgredido las normas, de que se hubiera arriesgado... y además por él.

Luego lo que hizo fue sacar su teléfono móvil y buscarla en las redes sociales, pero no encontró absolutamente nada.

Su apellido era tan común...

No obstante, la encontraría... De eso estaba convencido...

Nueva York era grande, sí, pero él iba a levantar hasta la última piedra si era preciso para encontrarla...

Porque lo suyo no podía terminar así, porque eso tan hermoso que acababa de empezar esa noche tenía que seguir sí o sí, porque tenía la poderosa convicción de que Lucy Walsh era la otra pieza que encajaba perfectamente con la suya.

Y la iba a encontrar...

Lo que Dylan no sabía era que cuando Lucy se despertó en sus brazos, le entró tal vértigo que sintió que tenía que salir de allí cuanto antes.

Y es que por esa noche ya había cruzado demasiadas líneas y estaba a punto de quemarse.

Aquello se estaba volviendo tan peligroso que lo mejor era salir por piernas de allí, antes de que acabara cometiendo la locura de pasar la noche junto al señor Hayes.

Y no podía permitírselo...

Porque ¿después de esa noche qué?

Por mucho que él se empeñara en que eran afines, en que eran dos almas gemelas y todo lo demás, ella sabía perfectamente que solo era una humilde dependienta y él el superjefazo de la cadena donde trabajaba.

Y esas cosas siempre salían mal...

Lo de la Cenicienta era una cosa trasnochada que solo pasaba en los cuentos.

Ella había conocido al príncipe, había intimado con él y ahora tocaba volver a casa a su vida de siempre... Y por supuesto sin dejar atrás ni su taconazo de saldo, ni nada con lo que pudiera ubicarla.

Eso que había sido tan bonito, tenía que acabar ahí por el bien de los dos.

Era absurdo alargar más algo que a todas luces estaba abocado al fracaso...

No podía ser.

Aunque se muriese de ganas por besarlo, por hacer otra vez el amor y por pasar esa noche y mil más junto a él...

Lo más prudente era que todo acabara ahí y que se quedaran para siempre con el bello recuerdo de esa noche memorable.

Porque ella sin duda que no lo iba a olvidar jamás, lo llevaría para siempre en su piel y en su memoria como un tatuaje invisible que iba a lucir con orgullo.

Y es que no era para menos, pues esa noche había sido la más especial de su vida, sin embargo ese hombre no podía ser para ella.

Sus vidas eran tan diferentes, sus mundos, sus ambiciones y sus metas que sin duda iban a ser obstáculos para que aquello pudiera salir adelante.

Es más, si por algo funcionaba la relación de sus padres era porque los dos procedían del mismo entorno humilde, los dos eran maestros y ambos compartían sueños y aspiraciones.

¿Pero qué hacía ella, Lucy Walsh, la chica que no llega a fin de mes, la que aún estaba pagando los créditos de sus estudios de Moda en Londres, la modesta dependienta teniendo algo con un multimillonario como el señor Hayes?

Nada...

Esas historias ella ni se las creía cuando las leía en la ficción, como para vivirlas en carne propia.

No, gracias.

Antes de que le sobreviniera la tragedia, porque obviamente esas historias solo podían acabar mal, ella prefería cortar por lo sano y dejarlo todo ahí.

En ese momento feliz, después de tener el mejor sexo de su vida con el tío más carismático y *sexy* que iba a conocer jamás.

Eso también lo sabía.

Después de Dylan Hayes no iba a haber nadie que estuviera a altura y eso también era una tragedia.

Pero lo sobrellevaría como pudiera y desde luego que iba a doler menos que plantearse tener algo con ese hombre y que luego saliera mal, por lo de siempre en estas relaciones que son de todo punto asimétricas: recelos,

suspicias, reproches...

Porque ¿qué otra cosa podría suceder cuando un miembro de la pareja tiene todo el poder, la ambición y el dinero y el otro no tiene absolutamente nada?

Pues eso... el desequilibrio es tal que el fracaso está garantizado.

O al menos eso fue lo que pensó Lucy esa noche después de que Dylan la amara como jamás lo habían hecho en su vida y mientras aún seguía en sus brazos contemplándole extasiada.

Era tan atractivo, tenía un rostro tan bello y un cuerpo de dios del sexo, que se hubiese pasado la vida entera mirándole...

Pero no podía ser...

Con todo el dolor de su corazón, lo mejor para los dos era que saliera para siempre de su vida, no sin antes darle un suave beso de despedida en los labios.

Luego, con los ojos llenos de lágrimas, susurró un “hasta siempre”, se apartó de él y abandonó la cama, sintiendo una tristeza profunda.

Pero era lo que tocaba... Después de haber traspasado demasiados límites, otra vez volvía a ser la de siempre... Y una vez más, hacía lo que debía, lo correcto, lo sensato, lo cabal...

O eso creía...

Capítulo 12

Pasaron las semanas, y Dylan no encontró a Lucy por ninguna parte. Era como si se la hubiera tragado la tierra, si bien él no podía dejar de pensar en ella.

Al contrario, cada día que pasaba el recuerdo de aquella noche tan especial se hacía más vívido en su memoria y asaltaba no solo sus días sino también sus noches.

Soñaba con sus besos, con sus caricias, con su pasión, con su fuego... Con su mirada de dulzura, con sus palabras sinceras, con su sonrisa tan especial...

Jamás había conocido a nadie como ella y así se lo hacía saber a su padre con quien hablaba a diario:

—Siempre que me contabas tu teoría de las piezas del puzle pensaba que, además de una majadería, nunca me iba a pasar a mí. Sin embargo, después de conocer a Lucy siento que es mi pieza y cada día que pasa temo por si no vuelvo a verla a en la vida —le confesó una noche mientras contemplaba Manhattan desde las alturas de su espectacular apartamento en una de las mejores torres.

—Si esa chica es para ti, no dudes en que aparecerá.

—¿Otra teoría de las tuyas, padre?

—Es una ley.

Dylan se revolvió el pelo con la mano, ansioso, porque sus nervios no estaban hechos para teorías semejantes:

—Suena demasiado resignado y pasivo para mí. Eso de quedarme esperando a que las cosas sucedan no va conmigo. Soy un hombre de acción y ya no sé qué hacer para que aparezca. Estoy empezando a desesperarme

demasiado...

El señor Hayes que era un hombre sabio, le aseguró convencido:

—Tal vez sea la lección que debes aprender, Dylan. Tienes que aprender a esperar con paciencia y con fe. A veces es lo único que queda y agradécelo porque te volverá más templado y mucho más fuerte.

—¡Lo que me va a volver es insomne y majara! Me cuesta conciliar el sueño pensando en ella y luego me afecta en la concentración. No estoy dando todo de mí...

El señor Hayes, aun a riesgo de quedar como abogado del diablo, le preguntó porque no le gustaba ver a su hijo así:

—¿Y si esa chica te dijo que esa noche estaba donde no debía porque ya tiene otra pareja?

Dylan bufó, puesto que sabía que Lucy no tenía a nadie, le había contado que hacía tres años que no tenía relaciones y le creía.

Le creía y se dio cuenta por las reacciones de su cuerpo de que estaba diciendo la verdad.

Lucy no tenía a nadie ni en su mente ni en su corazón, de lo contrario no se habría entregado de esa forma.

—Lucy es de las que la da todo. No podría estar jugando a dos bandas. Esa noche lo que sucedió fue demasiado grande y demasiado mágico como para que fuera un rollo sin más. Un devaneo. Una cana al aire. No, padre, esa no es la razón por la que Lucy se fue.

—Solo quiero ayudarte y que estés tranquilo.

—No pienso estar tranquilo hasta que Lucy aparezca, por eso he despedido al detective Jackson y he contratado a otro que parece mucho más competente que él. Pero veremos...

—Es un caso muy difícil, hijo. No posees ni un solo hilo del que empezar a tirar, solo tienes un nombre y nada más.

—Como me dijo que veraneaba en los Lagos Finger hemos estado buscando Walsh por la zona, pero nada... De momento, es como si esa mujer hubiera venido de otro mundo y se hubiera fugado de nuevo a él.

—Es que a lo mejor es eso, Dylan. Es de otro mundo...

Dylan con el ceño fruncido y molesto con esas palabras repuso:

—¿Tú también vas a estar con eso? Ella insistió en lo de que éramos de mundos de diferentes. Pero es una soberana estupidez, a los dos nos une lo mismo: la pasión. ¿Qué más da que yo tenga un montón de ceros en la cuenta corriente y ella no?

—¿Tú te acuerdas cómo te sentías cuando eras pobre y se burlaban de ti en la escuela?

—¡No compares, padre! Esa gente era una clasista de mierda, y yo no soy así. Yo no juzgo a la gente por su dinero, sino por su corazón. Y Lucy tiene el corazón más puro que he conocido en la vida.

—Sí, pero algo oculta, porque si no ¿a qué tanto misterio?

Dylan respiró hondo y luego confesó a su padre tras sentarse en un sofá enorme de piel:

—No lo sé, padre. No tengo ni idea. No dejo de darle vueltas al asunto una y otra vez. Pero sea lo que sea, me da lo mismo. ¡Yo solo quiero que vuelva! ¡Lo demás me importa un pimiento!

—¡Vete a la cama, muchacho! Estás demasiado crispado y necesitas descansar. Mañana verás las cosas con más lucidez.

—Mañana despertaré y será lo mismo: Lucy no estará a mi lado. Mi cama seguirá igual de vacía y yo me enojaré y me frustraré más aún.

El padre de Dylan se quedó en silencio unos instantes y luego se atrevió a aconsejarle:

—Deberías salir con otras mujeres, hijo. No quiero ser agorero, pero si esa mujer no llega a aparecer jamás: ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte soltero? Tú

quieres formar una familia y te recuerdo que la ciudad está llena de muchachas encantadoras con las que podrías ser perfectamente feliz.

Dylan bufó, lanzó un cojín al suelo de pura rabia y luego exclamó molesto:

—¡No entiendo cómo el hombre de las teorías del puzle puede decirme semejante estupidez! ¿Qué parte no has entendido de que Lucy es esa pieza que encaja a la perfección? No puedo salir con otras mujeres cuando Lucy Walsh se me ha metido en lo más profundo. ¡A ver si te queda claro de una vez, padre! —le gritó, finalmente, muy irritado.

—Me preocupa que te estés obsesionando, que finalmente te estés enamorando de un fantasma y sufras... Y yo sé mucho de eso, desde que tu madre murió, vivo aferrado a un recuerdo y créeme que una vida así no es fácil. Es muy duro vivir abrazado a una sombra, hijo. Sé de lo que hablo.

Dylan al escuchar a su padre con la voz bastante afectada, se sintió muy culpable por haber elevado el tono y haberle hablado con esa dureza y se disculpó:

—Lo siento, viejo. Perdóname. ¡Y gracias por preocuparte por mí! Yo perdí a mi madre siendo muy pequeño, pero no quiero ni imaginarme lo que debió ser para ti. Y más ahora que he conocido a Lucy, solo de pensar en que no voy a verla jamás me vuelve loco... ¿Y sabes qué hago? Me pego a la ventana y la busco en los taxis que pasan, en la gente que cruza a toda prisa en el semáforo, en la chica que se demora mirando el escaparate de la joyería donde lucen preciosos anillos de compromiso... Eso hago, padre, y ya cuando me frustró de tanto mirar y no hallarla, levanto la vista y miro al cielo, busco a la estrella de mi madre y le pido que me la traiga...

Dos lágrimas enormes cayeron por el rostro de Dylan, que con rabia se las apartó de un manotazo y su padre al otro lado del teléfono también se sonó la nariz, porque estaba llorando igualmente:

—Sé fuerte, muchacho. ¡Y confía! Yo no quiero que sufras, por eso te he

aconsejado que conozcas a otras mujeres. Es solo mi faceta protectora, pero si lo que sientes por esa mujer es tan fuerte, si la tienes tan clavada en tu pecho, ya no hay nada que hacer. Y nuevamente te digo que sé bien de lo que hablo... He tenido la posibilidad de estar con otras mujeres, pero tu madre era mi chica y siempre lo será... No hay espacio para nadie más. Y también te digo que es duro vivir aferrado a ese amor que se fue, pero más terrible debe ser no haberlo conocido. Yo tuve la suerte de vivir un gran amor, hijo. Nos amamos de una forma tan hermosa y tan auténtica que mereció la pena todo... Y pienso vivir manteniendo vivo ese recuerdo, que me acompaña, que me sustenta y que me hace sobrellevar mis días...

—Te comprendo porque es lo que no dejo de repetirme en medio de esta situación tan angustiada en la que me encuentro: he tenido la suerte de conocer a Lucy Walsh y de vivir la noche más mágica de mi vida. Ahora solo espero que la vida me dé la oportunidad de tener muchas noches más... Es lo que no dejo de pedirle al cielo cada noche: que me devuelva a Lucy...

Capítulo 13

Las semanas siguieron pasando, llegó julio con sus calores de rigor, y Lucy seguía pensando en el señor Hayes.

Ya hacía más de tres meses de su encuentro en la fiesta del Empresario del Año y no podía quitárselo de la cabeza y lo que era peor: del corazón.

No dejaba de recordar aquellos momentos vividos, su mirada preciosa, su sonrisa después de amarla, de esa forma tan salvaje y apasionada, sus besos, sus caricias y esa manera única de darle un placer que jamás había conocido.

No podía dejar de pensar en él, y eso que lo había intentado todo, porque era de todo punto absurdo.

Ella había decidido que lo mejor era separarse y tenía que seguir con esa determinación hasta el final.

Y para eso, urgía sacárselo de la mente, arrancarlo del corazón y vivir como si el señor Hayes jamás hubiera pasado por su vida.

Pero era tan difícil...

Porque no solo creía encontrarle en rostros anónimos por donde quiera que fuese, es que navegando por Internet de repente se topaba con una noticia suya o con una entrevista, acompañada de alguna foto donde era inevitable que a ella se le encogiera el corazón.

Porque no tenía más que mirarlo para sentir una pena inmensa por haber tenido que salir así de su vida, como si fuera una ladrona, como si hubiera hecho algo malo, como si tuviera algo muy fuerte de lo que avergonzarse.

Y no...

Solo era una chica que sabía quién era y que de sobra conocía que los finales felices solo se encuentran en esos cuentos de hadas en los que nunca

creyó de niña.

Ella jamás creció soñando con que un príncipe viniera en caballo a sacarla de la torre, ella aprendió desde bien pequeña que de la torre se sale con esfuerzo, sacrificio y trabajo.

Y en ese empeño estaba afanada desde hacía mucho, trabajaba sin descanso y soñaba con el día en que sus creaciones pudieran venderse por todo el mundo.

Por soñar que no quedara...

Pero mientras tanto, tocaba seguir luchando cada día, trabajando en la tienda como dependienta y luego seguir creando y cosiendo hasta las tantas sin descanso.

En tanto se esforzaba por sacarse al maldito señor Hayes de su cabeza, que en qué puñetera hora apareció en su vida para amargársela por competo.

Y es que era obvio que después de haberle conocido cualquier otro hombre iba a saberle a poco.

Y eso era un auténtico fastidio... Como aquel sábado en que le había invitado a salir un joven que había conocido en la tienda, un chico guapo y simpático que había acudido para comprar un regalo para su madre, y ella lo rechazó para pasmo de Emily que no entendía nada:

—Tía, estás fatal. ¿Cómo puedes decir que no a ese bombón? —le preguntó por teléfono esa misma tarde, después de que le hubiera mostrado su perfil en las redes sociales.

—Pues porque no. Es agradable y tal, pero yo...

—Tú estás enamorada hasta las trancas de tu señor Hayes.

Lucy, que no se había atrevido nunca a poner nombre a lo que sentía por él, replicó ansiosa:

—¿Enamorada?

—Sí, enamorada. Con todas sus letras.

—No sé, a lo mejor es solo una obsesión. ¡Qué sé yo! El caso es que no puedo sacármelo de la cabeza, de momento... Tal vez con el tiempo...

—Lo que sigo sin entender es por qué no te plantas en sus oficinas y le cuentas la verdad.

Lucy suspiró cayendo derrotada en el sofá, se quedó mirando lánguida a la pared, y preguntó:

—¿Qué verdad?

—Pues que estás pilladísima, que no dejas de pensar en él y que te mueres por estar otra vez en sus brazos.

—¿Y luego qué?

—Luego, pues eso... ¡Otra vez al lío! O te lo tengo que explicar todo. Jajajajajaja.

A Lucy no le hizo ninguna gracia la bromita de su amiga, desde luego no tenía humor para nada.

—No puede ser. ¿Dónde se ha visto que una simple dependienta se enamore de su superjefazo? Es que solo puede salir mal... ¡Rematadamente mal!

—Tú lees novelas románticas...

—Pero en el fondo sé que los argumentos son ridículos y absurdos. ¿Quién se va a creer que un multimillonario va a acabar con una pobre chica normal y corriente? Es de locos. Esa gente se junta con los de su nivel, se casan para hacer alianzas estratégicas y luego sus hijos se reproducen entre ellos. Se llama endogamia y viene sucediendo desde el principio de los tiempos.

—¡Buah! ¡Qué poco romántica eres, Lu! Sucede todos los días que la gente se enamora de personas que supuestamente no debe. Y sale bien... ¿Por qué a ti no?

—Pues porque la gente no sabe dónde tiene la cabeza y yo sí.

—Tú lo que estás es muerta de miedo.

Lucy bufó y no pudo evitar responder a su amiga con la verdad:

—Le dijo la sartén al cazo. ¿Pero qué lecciones me vas a dar tú que no te enamoras por miedo a que te hagan daño? Tienes a mi primo babeando por ti y tú pasas de él por puro canguelo... Por temor a que te hieran...

A Emily le fastidió que le escupiera la verdad a la cara, pero no lo negó:

—Sí, ¿y qué? Al menos yo lo reconozco, pero tú... Saliste huyendo convencida de que estabas haciendo lo correcto. Y no, amiga. Lo correcto no es huir, lo correcto es mirar a la cara a tu destino y tener coraje.

—Mi destino no es el señor Hayes. Yo no debía estar en esa fiesta...

—Claro que sí. Por eso te pusiste tu mejor vestido y te plantaste allí...

—Porque lo admiro, y desde que tuve la suerte de conocerlo lo admiro más todavía. Pero no daba para más... Lo de liarme con él fue un tremendo error que menos mal que pude subsanar a tiempo.

—Tener el mejor polvo de tu vida no fue un error...

A Lucy le sentó fatal que su amiga definiera el encuentro como un vulgar polvo y se lo dijo:

—Lo nuestro fue efímero pero no fue un polvo. Fue algo más intenso y profundo, fue lo más hermoso que me ha pasado en la vida.

Emily se echó a reír y luego le explicó a su amiga:

—¡Bien, Lucy! ¡Bien! Eso es lo que buscaba provocándote, que abrieras tu corazón. ¿Tú te has escuchado bien? ¿Eres consciente de lo que acabas de decir?

—Sí, pero fue y ya.

—¿Ya? No, Lu, su recuerdo te impide conocer a gente nueva, porque lo tienes muy dentro. Y así estás... ¡Más mustia que las macetas de mi casa! Y no es plan. ¿Te vas a pasar así toda tu vida?

—Supongo que con el tiempo lograré sacarlo de mi cabeza y de mi corazón
—replicó Lucy con pena.

—Tú eres una luchadora, en tu diccionario no existe la palabra rendirse, ¿lo

vas a hacer ahora con el amor de tu vida?

—¡Por favor! ¡No exageres! ¡Esas son palabras mayores! —exclamó Lucy más asustada que ofendida.

—Ese hombre te ha marcado muchísimo y tú lo sabes. Le admirabas cuando no le conocías y después de esa noche ha cambiado tu vida para siempre. Tú jamás te habrías ido a la cama con un desconocido, ese hombre es muy especial para ti. Hizo que te metieras todos tus principios en el bolsillo y que te lanzaras como nunca lo habías hecho. ¿Y sabes qué? Que hiciste muy bien... Ahora se trata de que escuches a tu corazón y tengas valor. Yo sé que lo tienes amiga... Y si necesitas una excusa, ¿qué mejor que tu colección de moda que se merece estar en todos los escaparates del mundo? Además, ¿él no se mostró tremendamente interesado por tus diseños?

Lucy sintió una ansiedad tremenda y decidió colgar a su amiga antes de que acabara dando un paso en falso.

—Sí, pero... ¡Yo que sé! ¡Además, no me líes! Lo mejor es que todo siga así... Es lo mejor para los dos...

O eso creía, porque el destino le tenía preparada una buena...

Capítulo 14

Ya habían pasado más de tres meses desde la fiesta del Empresario del Año y Dylan seguía sin tener noticias de Lucy.

Estaba tan desesperado que cuando Fiona Davis, una periodista muy conocida, con un programa de televisión de crónica social de mucha audiencia, le pidió una entrevista en la tienda de la cadena Hayes en Nueva York, estuvo a punto de mandarle a la mierda.

Lo que menos le apetecía ese día caluroso y soleado era encerrarse en una tienda con esa periodista insoportable...

Insoportable y que no sabía cómo quitarse de encima porque le había requerido muchas veces y no solo por razones profesionales.

No en vano, en un restaurante en una ocasión se le insinuó de de una manera de lo más descarada y él desde luego que no tenía el cuerpo como para que esa mujer se pusiera a coquetear con él.

—¡Pesada! ¡A ver si me deja en paz de una jodida vez! —exclamó Dylan en cuanto colgó, mientras su mano derecha y director financiero, Sam Kalf le miraba atónito.

—¿Quién te pone así de irritado? Aunque últimamente te pone todo el mundo...

—Fiona Davis, quiere hacerme una entrevista en la tienda de Nueva York...

Sam Kalf un joven atractivo, de la misma edad que Dylan, pues se habían conocido en Harvard donde ambos habían estudiado Finanzas, se pellizcó la barbilla y le aconsejó:

—Tienes que hacer esa entrevista. Fiona Davis es una mujer muy influyente y la aparición en su programa puede provocar un subidón importante en las

ventas. Es una ocasión que debes aprovechar...

—Ya has escuchado, le he dicho que tengo la agenda muy apretada... por no mandarla a hacer gárgaras. ¡No la soporto! Además, no solo quiere hacerme una entrevista, después querrá que vayamos a cenar y lo que surja...

—Es una mujer brillante, talentosa y muy bonita... Cualquiera daría todo por tener una cita con ella.

Dylan se aflojó el nudo de la corbata, se sentó sobre la mesa llena de papeles de su despacho y confesó cabreado:

—Pues yo no. Se me insinuó hace un tiempo en un restaurante, colocándome la punta de su pie descalzo sobre mi entrepierna y qué quieres que te diga...

—Jajajajajaja. ¡Además, sabe lo que quiere! Esa mujer te conviene...

—Pero hay un pequeño problema: no me atrae lo más mínimo.

—Pues no lo entiendo, es alta, rubia, guapísima, con un cuerpazo de infarto, con...

Dylan miró a Sam echando chispas por los ojos y le interrumpió para que se callara:

—¡Déjalo, por favor! No me gusta... Pero si tengo que hacer la entrevista por los jodidos negocios, la haré...

Sam, aun a riesgo de que su amigo se enfadara más todavía, preguntó:

—¿Todavía no te sacas a esa mujer de la cabeza? A la misteriosa desconocida de la fiesta de entrega del premio aquel...

Sam era el mejor amigo de Dylan, desde la universidad habían congeniado desde el principio y confiaba en él plenamente, aunque a veces le tocara las pelotas como nadie.

—No. Y si se te está pasando por la cabeza aconsejarme que tenga una cita con Fiona, porque piensas que conociendo a gente nueva voy a olvidarme de ella, que sepas que...

Sam hizo un gesto con la mano como que se cosía la boca y luego replicó:

—No pienso decir nada.

—Sé que es difícil de entender, que pensáis que estoy loco porque me he colgado de una desconocida que a lo mejor no volveré a encontrar en la vida, pero es lo que siento. Y no pienso pedir perdón por sentir lo que siento...

Sam apenado porque se podía hacer una idea de lo que estaba sufriendo su amigo, se acercó a él y se excusó:

—Lamento si te he hecho creer semejante cosa. Yo de verdad que no considero que estés loco. Los flechazos existen, ya sabes lo que me pasó con Cindy, lo nuestro fue amor a primera vista el primer día de clase.

Sam estaba casado con Cindy desde que acabaron la universidad, y tres años después tuvieron unos preciosos mellizos a los que Dylan adoraba y ellos a él, de hecho le llamaban el tío Dylan.

—Pues yo sí que pensé que estabas loco cuando me contaste lo pillado que estabas con Cindy... —le recordó Dylan que no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¡No se puede escupir al cielo, amigo! —bromeó Sam.

—La verdad es que para mí esto era inconcebible, pensaba que era algo que le ocurría a los demás. No a mí... Pero Lucy ha roto todos mis esquemas, y aquí estoy: enamorado perdido de ella y cada día más jodido.

Sam se encogió de hombros y habló a su amigo con sinceridad:

—Siento que lo estés pasando tan mal y solo deseo que la encuentres lo antes posible.

Dylan se puso de pie, y tras bufar desesperado, le confesó:

—Ya llevo cinco detectives privados contratados y no hay ni una sola pista sobre ella. ¡Ya no sé qué más hacer! Y si me vieras, la busco en todas partes, adonde quiera que voy, cuando corro por el parque a primera hora, cuando salgo a almorzar, cuando voy a alguna reunión, incluso cuando llego a casa me asomo a la ventana y la busco como un imbécil. Pero la cosa no queda ahí, me

paso el día poniendo su nombre en Google, a ver si me escupe algo... Pero nada... ¡Esto es una jodida pesadilla!

Sam vio a su amigo tan afectado, además tenía unas ojeras tremendas, que le pidió:

—Entiendo tu ansiedad pero tienes que tomarte esto de otra forma, o acabará afectándote a todos los niveles.

—Ya me está afectando, duermo fatal, me alimento peor y tengo un humor de mil demonios. Y eso que mi carácter ya es malo de por sí...

—Eres un ogro de lo más simpático. Los chicos te adoran... Están locos por verte, además. Y aunque solo sea para oxigenarte un poco, ¿por qué no te vienes el sábado a casa? Haremos una barbacoa...

Dylan respiró hondo y replicó con una mueca de lo más irónica:

—¿A cambio de que le conceda esa maldita entrevista a Fiona?

Sam sonrió divertido y replicó dirigiéndose a la puerta porque tenía muchísimo trabajo:

—Por ejemplo.

—Un almuerzo con mis sobrinos y mi querida Cindy merece eso y más... ¡Los adoro!

—Y ellos a ti. Tráete el bañador... Ya sabes lo que les gusta a los chicos jugar al waterpolo...

Y tras decir esto, Sam se marchó y Dylan agarró de nuevo el teléfono móvil y marcó el número de Fiona.

Cuanto antes acabara con eso, mejor...

Además, Sam tenía razón y esa entrevista era más que conveniente para los intereses de su empresa...

—Fiona, hablas con Dylan de nuevo. He consultado mi agenda y he encontrado un hueco para ti.

Fiona soltó una carcajada que Dylan consideró de lo más irritante y le

interrumpió:

—Sabía que no ibas a resistirte a mis encantos. Jajajajajaja. ¡Nadie lo hace! ¿Te parece bien mañana a las once en punto?

Dylan que estaba loco por sacarse a esa pelma de encima, aunque tenía una reunión con un cliente ruso muy importante a esa misma hora, decidió que pasaría esa cita a la tarde y que a las once estaría en la tienda para la entrevista.

—De acuerdo. Ahí estaré.

—¡Va a ser genial! Como sabes mi audiencia es más que millonaria y esta entrevista seguro que hace que tus ventas se disparen.

—Estupendo. Muchas gracias por la invitación.

—¿Y mañana por la noche haces algo? Porque tengo un amigo francés que acaba de abrir un restaurante y es divino...

Dylan pensó que demasiado iba a tener con soportarla durante el día como para también soportarla durante la noche. Por eso, se excusó haciendo esfuerzos ímprobos para no parecer cortante:

—Mañana imposible...

—No pasa nada, porque seguro que después de la entrevista te vas a quedar tan obnubilado conmigo que no vas a parar hasta que consigas una cita. ¡Les pasa a todos! Jajajaja. ¡No lo puedo evitar: soy irresistible! Jajajaja. Nos vemos mañana...

Y Fiona colgó, mientras Dylan lo único que pensaba era en qué habría hecho él para merecer semejante tormento...

Vamos, que en la vida podía haber imaginado que esa entrevista estaba a punto de cambiarle la vida y no precisamente por Fiona...

Capítulo 15

Cuando el miércoles Lucy llegó a su trabajo, se encontró con que había varias furgonetas de una cadena de televisión y un revuelo de técnicos que entraban y salían del local.

Sin darle más importancia, y convencida de que se trataría de alguna grabación con motivo de las rebajas de verano, entró en la tienda y se fue derecha como todos los días al vestuario para cambiarse de ropa.

Ese día le tocaba lucir un traje de chaqueta entallado y elegante de una firma italiana carísima que la verdad era que le sentaba como un guante.

Era otra de las ventajas de trabajar en la cadena Hayes, que podía lucir ropa preciosa de lujo a la que ella jamás habría tenido acceso con su modesto sueldo.

Y una vez con el traje puesto y tras retocarse el maquillaje, abandonó el vestuario y se dirigió al almacén para sacar a la venta unos cuantos modelos de alta costura francesa que acababan de llegar.

Y así, con esos doce vestidos preciosos colgando de unas perchas grandes forradas en terciopelo rojo que pesaban un montón, salió de nuevo a la tienda para colgarlos en un perchero que estaba junto a la puerta de entrada.

Si bien, sucedió que cuando estaba a punto de colgarlos, un cliente entró con un ímpetu increíble y chocó con ella provocando que los vestidos cayeran al suelo.

—¡No se preocupe! ¡Yo los recojo! —exclamó Lucy agachándose a por los vestidos, muy apurada por lo sucedido.

Sin embargo, el caballero que acababa de entrar también se agachó al tiempo que se excusaba:

—Discúlpeme, señorita. Permita que...

Lucy al escuchar esa voz que le sonaba demasiado sintió un escalofrío que la recorrió entera y luego solo tuvo que mirar a los ojos color miel de ese hombre que olía de maravilla para querer morirse ahí mismo.

¡El mismísimo Dylan Hayes acababa de entrar en su tienda!

Y el señor Hayes al percatarse de que esa dependienta era la mujer que llevaba buscando por más de tres meses hasta debajo de las piedras solo pudo farfullar con el corazón que se le iba a salir del pecho:

—¡Lucy!

Lucy muy nerviosa agarró los vestidos, se puso de pie y tras colocarse un mechón de pelo rebelde, susurró temiéndose lo peor:

—Señor Hayes, yo...

Dylan se incorporó y solo pudo sonreír feliz como no recordaba:

—¡Jamás podría haber imaginado que te iba a encontrar comprando en una de mis tiendas! Yo no suelo frecuentarlas, me paso el día en el despacho o de reuniones fuera de la oficina. ¡Dios mío, se me tenía que haber ocurrido que podías ser clienta nuestra!

Lucy negó con la cabeza y abochornada le contó la verdad:

—No estoy de compras, mi economía no me permite llevar estas ropas de ensueño. Soy dependienta, señor Hayes... Lo siento. Lo lamento todo muchísimo.

Dylan arrugó el ceño, porque en la vida se le habría pasado por la cabeza que Lucy pudiera ser una dependienta de su cadena, pero luego feliz de haberla encontrado, preguntó:

—¿Qué es lo que lamentas, Lucy?

—Decepcionarte —comentó Lucy con un hilillo de voz.

—A mí ¿por qué? —replicó él encogiéndose de hombros.

—Creo que lo que menos podías esperar es que yo fuera una humilde

dependienta de tu tienda de Nueva York.

Dylan arqueó una ceja y solo pudo replicar muerto de orgullo:

—Para mí es un honor tener una empleada tan talentosa como tú trabajando en una de mis tiendas.

—Tú y tus exageraciones, señor Hayes.

—Ya sabes que soy fanático de la verdad...

Lucy tragó saliva y masculló bajando un poco la cabeza:

—Por eso imagino que me vas a poner de patitas en la calle. Tenía que haberte dicho que era dependienta, que asistí a tu fiesta pues mi amiga Emily, que trabajaba en el catering, me coló porque era el sueño de mi vida conocerte. ¡Te admiro tanto! De verdad que para mí eres un ejemplo y una inspiración tan grandes que yo que siempre hago lo correcto, me volví loca, me planté en tu fiesta y luego... la pifíé más todavía.

Dylan se puso muy serio de repente y preguntó con gesto duro:

—¿Para ti fue eso? ¿Una pifia?

—No tenía que estar en esa fiesta... Y yo jamás había hecho nada parecido, pero tú...

Dylan con los ojos chispeantes y el ceño fruncido preguntó ansioso:

—¿Yo qué, Lucy?

Lucy muerta de la vergüenza, agachó la cabeza y farfulló:

—Nada, señor Hayes.

Dylan la tomó la barbilla con los dedos para que levantara la cabeza y le preguntó clavándole la mirada:

—¿Te arrepientes de lo que pasó? Porque yo no dejó de revivir a cada instante lo más hermoso que me ha pasado en la vida.

Lucy al escuchar aquello se puso roja como un tomate y con el corazón latiendo bien fuerte replicó:

—Para mí también fue lo más bonito que me ha pasado nunca. Pero soy lo

que ves, señor Hayes. Una chica sencilla que trabaja de dependienta...

—¿Y por eso te marchaste sin decir nada? Pues que sepas que para mí es algo muy digno trabajar de dependienta. Vosotras sois el alma del negocio, sois fundamentales para que logremos nuestros objetivos.

—No me avergüenzo de lo que hago, pero tú eres el superjefazo y yo soy una simple empleada... Lo mejor era que saliera por piernas de allí...

—Esa noche éramos dos personas apasionadas que vivieron una velada mágica. Los roles que desempeñamos en la sociedad eran pura anécdota... ¿Qué más da si yo soy jefe o tu eres empleada? Éramos dos almas afines que tuvieron un encuentro de lo más brutal... ¡Joder, Lucy, lo que pasó fue demasiado fuerte!

—Lo fue, ¿pero luego qué? Yo no pertenezco a tu mundo, y la vida no es un cuento de hadas. Los príncipes como tú no se enamoran de las chicas humildes... Las relaciones asimétricas nunca funcionan, siempre salen mal...

Dylan bufó enojado porque para nada le estaba gustando escuchar semejante cosa y le aclaró:

—Yo no soy un príncipe, yo soy un paleta de Carolina del Sur que tuvo suerte y trabajó como una mula de carga. Nada más, tú eres la talentosa... Tú eres la princesa... Porque ¿el vestido lo diseñaste tú o me mentiste?

—Ese vestido es mío y tengo muchísimos más en mi apartamento.

—Tienen que salir de ahí ya mismo, Lucy. ¡No puedes seguir escondiéndote! El mundo tiene que saber de lo que eres capaz.

—No me escondo. Simplemente que para montar una empresa se necesita un dinero que yo no tengo. Aún estoy pagando el crédito de la Escuela de Moda de Londres...

—Ya hablaremos sobre ese particular... En la cadena Hayes sabes que se conceden becas para la formación y que hay planes de desarrollo y fomento profesional a través de mi Fundación...

—Lo sé pero yo... —murmuró Lucy sintiéndose fatal.

—¡Tú lo mereces más que nadie!

—Yo, uf, la chica que se cuele en las fiestas. Menuda tarjeta de presentación para mi superjefazo, el amante de la verdad. Si bien, te juro que mi intención fue contártelo todo, pero luego la cosa se complicó y... —se excusó Lucy, encogiéndose de hombros.

—¡Fue maravilloso! —le interrumpió Dylan para que se tranquilizara—. Y me encanta que te colaras en esa fiesta, dice mucho de ti, de lo que eres capaz de hacer cuando algo te motiva y te apasiona... Aunque yo la verdad que no merezco tu admiración, soy un tipo de lo más vulgar...

—¡Por favor, señor Hayes, no me hagas recordarte que tu modelo de negocio se estudia en Harvard!

—Solo sé hacer dinero y el dinero es una energía que no es tan potente como la de la creación. Yo lo que admiro es a los artistas como tú capaces de hacer magia. Y tú la haces, Lucy...

Lucy sonrojada por las cosas tan bonitas que le estaba diciendo el señor Hayes, decidió dejar lo de los piropos al margen porque en ese instante lo que más le acuciaba era:

—No sé si hago magia, pero lo que sí sé es que necesito este empleo tanto como el aire respiro. Así que te ruego por favor que no me despidas por todo lo que pasó...

Dylan sonrió de oreja a oreja y replicó con unas ganas locas de volver a estar a solas con ella:

—No has hecho nada para ser despedida. Y ahora olvídate que soy tu jefe... ¿De acuerdo? Ahora solo soy un chico de pueblo de Carolina del Sur, que está loco por invitarte a cenar el viernes...

Lucy que esperaba cualquier cosa menos que le propusiera una cita, se quedó con las rodillas temblando y un nudo en la garganta y replicó:

—¿Qué?

—Que si te apetecería venir el viernes a cenar conmigo... —Luego, Dylan sacó una tarjeta de su cartera, se la pasó y le dijo—: No hace falta que digas nada ahora, llámame y me dices... Si quieres, pero de verdad no dejes que lo nuestro se vaya a la mierda por una diferencia de ceros en la cuenta corriente. El dinero compra cosas, pero no lo que de verdad merece la pena.

—Lo sé. Pero tú te mueves a unos niveles que yo...

—Soy un tío de gustos sencillos, Lucy. Soy feliz comiendo perritos calientes en el puesto de la esquina, yendo al cine, paseando por Central Park... No soy un millonario estirado que se baña en champán y desayuna ostras... Soy un tío que viene de abajo y que se enorgullece de sus orígenes... No soy un clasista de mierda... De verdad que no somos tan diferentes, no tengas miedo a eso por favor...

Y se calló porque justo en ese instante apareció la irritante de Fiona, le tomó por el brazo y canturreó con su voz de pito:

—¡Ya estoy aquí, señor Hayes! ¿Preparado para que te someta a un interrogatorio de lo más excitante? Jajajajajajaja.

Y antes de que Dylan abriera el pico, lo arrastró hasta la otra punta de la tienda donde habían preparado un *set* para grabar la entrevista.

Capítulo 16

Lucy se quedó contemplando cómo el señor Hayes se marchaba con esa mujer que siempre le había caído fatal, con una mezcla de sensaciones de lo más extraña.

Estaba feliz por haberle vuelto a ver, confundida, ansiosa, temerosa y también, por qué no decirlo, celosa...

Y no tenía que sentir celos de esa Fiona porque el señor Hayes no era nada de ella, pero que se hubiera presentado así con ese descaro, y se lo hubiera llevado sin dejar de flirtear con él, le había molestado muchísimo.

Tanto que Miranda, su jefa, se acercó a ella y le preguntó con mucha curiosidad:

—Disculpa que te pregunte, ya sabes que yo no soy nada chismosa, pero me tienes que explicar todo esto.

Miranda era una mujer de sesenta años, de bonita figura y rostro agradable, que transmitía paz y confianza. Siempre iba peinada con un moño tirante, maquillaje sutil y manicura impecable, llevaba trajes sobrios y rectos, pero lejos de proyectar una imagen fría y distante, comunicaba seguridad y confianza a raudales.

Y era una jefa estupenda que siempre estaba ahí, que exigía pero no más de lo que se exigía a ella misma, que predicaba con el ejemplo y que era justa y reconocía el trabajo bien hecho.

Y dadas las circunstancias, Lucy entendió perfectamente que su jefa quisiera saber lo que estaba pasando:

—Supongo que cuando dices “esto” te refieres al señor Hayes.

Miranda asintió con una mirada de complicidad y luego le aclaró:

—Se te ha quedado una carita cuando ha aparecido esa mujer que no he podido evitar venir a preguntarte qué pasa. Y no vengo como jefa, vengo como amiga tuya que soy. Pero si no quieres contarme nada, perfecto. Solo quiero que sepas que estoy aquí.

Lucy se llevaba genial con su jefa, desde el primer día que había llegado al trabajo, le había ayudado muchísimo y tuvieron la suerte de conectar desde el principio.

—Te lo agradezco, pero es una historia un tanto peculiar. Me colé en la fiesta del empresario del año porque quería conocer al señor Hayes y digamos que llegué a conocerlo más de lo que yo hubiera imaginado jamás.

Miranda puso los ojos como platos y luego sonrió de oreja a oreja:

—Tú colándote en una fiesta... ¡No doy crédito!

—Ni yo. Pero entre que me empujó mi amiga Emily y que yo me moría por conocer al superjefazo... Se lió parda, Miranda. Y justo cuando ha llegado esa mujer odiosa, el señor Hayes me ha invitado a que vaya a cenar el viernes con él.

Miranda que estaba ya alucinada del todo, tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada porque aquello era increíble:

—¡Esto es de película!

—¡Calla, que estoy muerta de los nervios! Yo pensaba que me iba a echar, porque el día de la fiesta me marché de la *suite* donde sucedió lo que sucedió, sin decir nada... Y por supuesto que en ningún momento le conté quién era... Y no por falta de ganas, porque bien sabe Dios que intenté decírselo... Pero me marché de allí sin dejar rastro, convencida de que no íbamos a vernos jamás.

Miranda suspiró, se atusó una ceja perfectamente definida con el dedo índice, y le recordó:

—No podemos luchar contra nuestro destino, Lucy.

Lucy miró a su jefa con ansiedad, porque estaba desbordada por los acontecimientos y luego musitó:

—El destino no puede hacerme esto... Yo no soy nadie y él... Solo hay que mirarlo para percatarse de que es un hombre triunfador que está por encima de todo. Incluso de personitas tan insignificantes como yo.

Miranda negó con la cabeza, horrorizada por lo que acababa de escuchar, y la regañó ofuscada:

—¡Es la última vez que hablas así de ti! Tú eres una chica extraordinaria con muchísimos talentos...

—Te agradezco el cumplido, pero está claro que al señor Hayes le pega mucho más una mujer exitosa y mundana como Fiona...

Miranda echó una ojeada rápida a esa mujer, que no paraba de coquetear con el señor Hayes y concluyó:

—No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de que al señor Hayes no le gusta nada esa mujer. Y más después de haberle visto contigo que estaba completamente hechizado.

Lucy se ruborizó por lo que acababa de escuchar, porque si algo tenía su jefa era que llamaba a las cosas por su nombre. Y luego le confesó:

—Me vas a poner mucho más nerviosa de lo que estoy... Siento un vértigo, una mezcla de sensaciones de lo más rara...

—Pues lo siento por ti, pero me temo que ese hombre está loquito por tus huesos... ¡Uy, y mira, acaba de echarte una miradita! ¡Dios mío! ¡El superjefazo se ha enamorado de ti!

Lucy se llevó la mano a la tripa de los nervios que tenía encima y replicó a su jefa:

—Nos está mirando porque estamos aquí paradas sin trabajar... ¡Yo me voy al almacén a sacar más vestidos!

—¿Quieres estarte quieta? En unos instantes va a empezar la grabación,

hemos cerrado la puerta al público y los técnicos de sonido me han pedido que haya total y absoluto silencio... Así que el señor Hayes no nos mira mal porque estamos sin trabajar. Estamos haciendo lo correcto. Estar quietecitas, no molestar a la gente de la productora de televisión, y ahora cuando empiece la grabación deberemos cerrar el pico. Pero te digo yo que el señor Hayes te mira con cara de enamorado, y ya sabes que yo no soy una mujer que regala los oídos. Soy clara como el agua...

Lucy se mordió los labios y reconoció con un tono de voz apesadumbrado:

—Pero ¿qué sentido tiene? Quiero decir que tú bien lo has dicho antes, estas cosas son de película, no de mundo real. En el mundo real las chicas como yo se enamoran de chicos de su misma clase social, oficinistas, empleados, dependientes... Pero no de un multimillonario exitoso que además es mi superjefazo... ¡Si es que esto es una locura!

A Miranda no le quedó más remedio que recordarle a Lucy:

—El amor es una locura, un milagro que te garantizo que no sucede todos los días. Y si sientes algo por ese hombre que no te quita ojo, desde luego que tienes que ser valiente y acudir a esa cita.

Lucy con la vista clavada en el señor Hayes que estaba más atractivo que nunca, suspiró y dijo:

—Tengo que hablar con él. Eso está claro, es lo que estábamos haciendo antes de que llegara Fiona, que mira que siempre me ha caído mal. Pero ahora que la he conocido es que no la soporto.

—No me hables, que desde que ha llegado ¡esto es una pesadilla! Es una déspota que trata a todo el mundo como si fueran sus esclavos. Es altiva, soberbia, maleducada, engreída, caprichosa... He tenido dos encontronazos con ella y ha estado a punto de sacarme de mis casillas. Y eso que yo soy paciente, pero ¡lo de esta mujer no tiene nombre! Y ahora mírala, manoseando al señor Hayes y seduciéndole de una forma que no puede ser más burda.

¡Menos mal que es un hombre inteligente que en la vida caería en la red de esa mujer tan narcisa!

—Es muy guapa y su programa es líder de audiencia...

—¿Por qué crees que el señor Hayes le ha concedido la entrevista? Por la maldita audiencia, pero se ve a la legua que detesta a esa mujer. ¡Y tú, deja de tener esos complejos y vete a esa cena! —le aconsejó Miranda mientras no dejaban de observar cómo Fiona tonteaba con Dylan.

—No son complejos. Te repito que es realismo. Pero creo que tienes razón en que debo ir a esa cena y hablar con él. Después de que me fuera sin decir nada, se merece una explicación más detallada.

—¿Explicación de qué? ¿Otra vez vas a ir con el cuento de la pobre chica? Vete a esa cena a conocerlo, el señor Hayes es un gran hombre y tú te mereces a alguien como él. ¡Empieza a creértelo de una vez, Lucy! Tú te mereces cosas buenas... Eres una chica estupenda. No me extraña que el superjefazo haya perdido la cabeza por ti...

Lucy fue a replicar algo pero Fiona mandó callar a todo el mundo a gritos y de muy malas maneras. Luego, se excusó con una sonrisita de lo más falsa con el señor Hayes y comenzó la grabación...

Capítulo 17

Al día siguiente, Lucy envió un escueto mensaje al señor Hayes para informarle de que aceptaba la invitación.

Y a los cinco segundos, Dylan le respondió con la hora y el lugar, uno de los mejores restaurantes de Manhattan, y un “gracias infinitas” que a Lucy le sonó a ciencia ficción.

Que un hombre como él, le diera las gracias infinitas por cenar, le parecía una cosa pues eso... de cuento.

Pero fuera lo que fuese, el caso es que tenía una cita con él en la que por supuesto su intención era hablar y nada más que hablar.

O eso pensaba...

Porque cuando el viernes se presentó en la puerta del elegante restaurante con otro de sus vestidos de noche, uno de corte sirena, rojo y muy escotado y se topó con el señor Hayes que ya la estaba esperando con un magnífico traje de Brioni que le sentaba como un guante, sintió un estremecimiento por todo el cuerpo y unas ganas locas y absurdas de besarlo.

Pero el que la besó fue él, en cuanto la vio, un beso suave y delicado en la mejilla, que a ella la puso al borde del orgasmo:

—Buenas noches, Lucy. ¡Estás preciosa! —le susurró Dylan al oído.

Lucy muy nerviosa, sonrió y replicó agradecida:

—Tú también estás estupendo... Y te agradezco enormemente la invitación.

—El agradecido soy yo, que tengo la suerte de cenar con la chica más maravillosa de Nueva York. Qué digo Nueva York, del mundo entero...

Lucy se echó a reír, y al momento apareció el maître que les acompañó hasta su mesa, una retirada y discreta, donde iban a poder hablar tranquilamente.

—Este sitio es muy elegante y por lo visto se come muy bien. Lo sé porque lo he leído en Internet, no porque haya estado nunca. Estos sitios para mí son intocables...

—Suelo venir por negocios. Nunca por placer... Y te he traído porque quería que nuestra primera cita fuera en un sitio especial, y este es el mejor restaurante de la ciudad. Pero te repito que soy de gustos sencillos, estaría igual de feliz comiéndonos una hamburguesa en cualquier parte.

Lucy sonrió porque le gustó escuchar aquello, si bien luego precisó porque la palabra “cita” le parecía demasiado fuerte:

—Esto no es una cita, Dylan. Al menos yo estoy aquí porque quería aclarar unas cuantas cosas.

Dylan contrarió el rostro, se mordió los labios, esos que Lucy se moría por probar otra vez y luego preguntó:

—¿No es una cita? Entonces, ¿no te gusto?

Lucy pensó que a quién no iba a gustarle ese hombre, con ese magnetismo, esa cara y ese cuerpazo, y después respondió con la verdad:

—Me muero por besarte, desde que te he visto.

Dylan respiró aliviado y replicó feliz como no recordaba:

—Y ¿por qué no lo has hecho?

—Pues porque antes debemos hablar...

—Ese vestido que llevas puesto es otra joya, si quieres que hablemos de tus diseños, por mí perfecto. Entiendo que no quieras mezclar lo profesional con lo personal. Por eso, tienes que mandar cuanto antes tu portafolio con tus diseños a la Fundación, allí tenemos un comité de expertos que evaluarán tu trabajo, que para mí es sublime, pero por si piensas que mi opinión puede estar sesgada por la pasión que siento por ti, serán ellos los que valoren lo que haces y serán quienes decidan la concesión de la ayuda para que montes tu empresa y tus sueños empiecen a cumplirse.

Lucy sin dar crédito a lo que estaba escuchando, y con los ojos brillantes de la emoción, replicó:

—Muchas veces he estado tentada a enviar mis diseños, pero es que soy tan perfeccionista que lo he ido demorando porque siempre encuentro lo que hago mejorable. Y así se ha ido pasando el tiempo...

—Hasta hoy, porque de hoy no pasa. ¡No le des más vueltas, Lucy! Envía esta misma noche una muestra de tu trabajo a la Fundación, en la web tienes el correo electrónico, y permite de una vez que el mundo conozca lo que haces. ¡Ya basta de esconderte, lo que haces es muy bueno y estás más que preparada para afrontar el reto!

Lucy respiró hondo y luego decidió abrirse con el señor Hayes, que la escuchaba con gran atención:

—Es que ese es mi problema, siempre pienso que me falta algo, que puedo dar más de mí, que el diseño puede perfeccionarse. Y lo pienso de una manera un tanto... feroz, soy muy dura conmigo misma, muy exigente, y tengo un discurso interno que a veces es devastador. Me pongo el listón tal alto, me fustigo tanto que a veces es insoportable.

—Cuando el amor al trabajo bien hecho se hace obsesivo, se convierte en un problema. Te lo digo porque te entiendo perfectamente, me pasaba lo mismo, hasta que aprendí a relajarme y a disfrutar.

Lucy al sentirse entendida por ese hombre que la miraba de una manera que no lo había hecho nadie, decidió seguir sincerándose:

—Yo no sé lo que es eso. Es más, cada vez diseño con más miedo, con más inseguridad, con más dolor...

—Porque te torturas con cosas como que no eres lo suficientemente buena, porque te excedes con la autocrítica y porque tu nivel de exigencia es tan grande que acaba lastimándote. Y no hace falta que te diga que ese no es el camino, que tienes que confiar en ti, que eres muy buena en lo que haces y que

tienes que disfrutar con ello...

—Gracias por la confianza, tienes razón en todo, pero cada día estoy peor...

Dylan la miró como si pudiera leerla por dentro y luego le preguntó:

—¿Sabes por qué te pasa eso?

Lucy negó con la cabeza y luego dijo algo obvio:

—Si lo supiera, de verdad que hace mucho que le habría puesto remedio.

—Porque has postergado el momento de dar a conocer tus diseños al mundo demasiado tiempo. Entiendo que vayas justa de dinero, pero podías haber participado en desfiles colectivos, podías haber ofrecido tus diseños a alguna actriz de moda... En fin, todo eso que hacen los jóvenes diseñadores y que tú no has hecho porque tienes demasiado miedo, Lucy. Y un cierto miedo es hasta normal y necesario, pero cuando el miedo te paraliza no sirve para nada. Así que hazme caso, envía tus diseños esta misma noche y ya verás cómo te sientes mucho mejor.

Lucy se quedó sin palabras, menos mal que apareció un camarero con la carta y para tomar notas de las bebidas y Dylan habló:

—Traiga el mejor vino, por favor...

—Prefiero ni pensar en lo que debe valer ese vino —confesó Lucy en cuanto el camarero se marchó.

—Esta noche no merece otra cosa. Y no te sientas mal por ello, que te conozco...

Lucy sonrió, porque la verdad era que estaba pensando otra vez en todo lo que les separaba:

—Me lees el pensamiento, y esto es precisamente de lo que quería hablar esta noche. Y no de mis diseños...

—De tus diseños ya hemos hablado y está todo dicho. ¿Verdad que los vas a enviar? —preguntó Dylan en un tono que no admitía réplica.

—Cualquiera te dice que no... —respondió Lucy, risueña—. Pero de verdad que de lo que quería hablar es de lo que pasó la noche en la que nos conocimos. Quería contarte que fue lo mejor que me ha pasado, que te admiro, que me atraes como no me ha atraído nadie en la vida, pero por mucho que yo me repita que en el fondo eres un chico de Carolina del Sur y yo una chica de los lagos Finger, la verdad es que tú eres un hombre rico que puede permitirse cenar en sitios caros y beber el mejor vino y yo soy una pobre chica que cena sopas de sobre. Y no es que sea acomplejada, es que somos de mundos tan diferentes que lo nuestro solo puede estar abocado al fracaso. Por eso me fui, preferí quedarme con el recuerdo bonito antes de que los dos acabáramos sufriendo.

Dylan no dijo nada porque el sumiller llegó con el vino, les sirvió y ya de nuevo solos, y tras probar el vino, habló:

—¿Y te parece poco el sufrimiento que hemos padecido porque has decidido resistirte a tu destino? No sabes lo mal que lo he pasado estos meses que he estado sin verte... Y ¿para qué? Por mucho que lo evites, por mucho que te escondas estamos aquí, frente a frente... Y ya es inevitable, Lucy. Nos miramos y sentimos la misma pasión y el mismo fuego. Pero no solo es eso: es mucho más... Y yo quiero descubrirlo... ¿Y tú?

Lucy se aferró a la copa y bebió sintiendo tal vértigo que creyó que iba a darle un ataque de ansiedad ahí mismo...

Capítulo 18

Pero no le sucedió nada de eso, porque Dylan estiró el brazo y la cogió de la mano con una ternura y una determinación a la vez que sus miedos se esfumaron al momento y se sintió incomprensiblemente segura.

Como si estuviera a salvo, en casa, como si nada pudiera lastimarla...

—Estoy desbordada, Dylan. No sé ni qué decir, me he angustiado al escucharte, pero tengo tu mano y me siento tan bien...

—Porque se trata de sentir, Lucy. Escucha a tu corazón y deja a un lado esos análisis que haces tan fríos, sin alma, huecos... Tú no eres así. Tú eres una chica dulce, apasionada, romántica, sensible, soñadora... Te empeñas en blindarte para no sufrir, pero así te estás haciendo mucho más daño. Y lo peor es que nos lo estás haciendo a los dos.

Lucy sintiéndose fatal, bebió un sorbo de su vino, que estaba exquisito y reconoció apenada:

—No es mi intención, de eso puedes estar seguro.

—Lo sé. Es todo a nivel inconsciente y provocado por demasiados miedos que puedes superar en cuanto te lo propongas.

Dylan le apretó la mano con cariño y luego la retiró porque llegó el camarero con los primeros platos.

Luego, en cuanto este se marchó, Lucy confesó uno de sus deseos más profundos:

—Ojalá tuviera tus agallas.

Dylan, se encogió de hombros y sin darle ninguna importancia, replicó:

—Yo solo sé que cuando quiero algo, voy a por ello. Bien mirado es hasta un defecto, soy tan terco que soy capaz de todo para salirme con la mía. Eso

me pasó con los negocios, me juré a mí mismo que nadie volvería a reírse de mí, que tendría tanto dinero que daría mucho asco y lo he logrado. Por el camino he luchado hasta la extenuación, he vivido solo para trabajar duro, pero la recompensa es mi empresa. Ya tengo lo que quería, ahora quiero ayudar a los demás a través de mi Fundación. Quiero dar oportunidades a la gente con talento y trabajadora, como tú... Y quiero formar una familia... Por supuesto que voy a seguir trabajando duro, pero no de una manera tan intensa. Ahora quiero disfrutar de lo que verdaderamente importa, de mi padre, de mis amigos y de ti, si quieres por supuesto. Para mí sería un honor poder conocerte y...

—No sé qué esperas de mí, pero te advierto una vez más que soy de lo más corriente.

Dylan tras probar el delicioso pastel de verduras que les habían traído, habló convencido:

—Solo sé que estoy ante la menos corriente de las mujeres, Lucy. Y me encantaría salir contigo...

Lucy abrió los ojos como platos, porque de verdad que aquello era como un sueño:

—No me puedo creer que mi superjefazo me esté pidiendo salir. Además ¿eso no era algo que está pasadísimo de moda?

—No tengo ni idea. Pero es lo que siento y quiero hacerlo de una manera formal, Mira, yo lo tengo clarísimo, me fascinas y me muero por salir contigo. Y desde luego, que el que no puede creerse que una chica como tú esté cenando conmigo soy yo...

Lucy resopló y con una mueca muy divertida le dijo:

—Como sigas así, voy a acabar creyéndomelo y me voy a convertir en una petarda como Fiona Davis.

Y tras decir esto, se puso colorada porque sintió que había metido la pata, si

bien Dylan se partió de risa:

—Jajajajajaja. Jamás he escuchado una definición más acertada de esa mujer. ¡Qué tormento! ¡No la soporto! Acepté la entrevista porque mi director financiero, Sam, y uno de mis grandes amigos, me lo pidió. Y la verdad es que no hay que ser muy listo para saber que nos conviene a la cadena, Fiona es muy influyente y tiene una audiencia tremenda... Pero ¡qué pesadilla de mujer!

—Se pasó toda la entrevista coqueteando contigo, de hecho la prensa del cotilleo ha llegado a decir que estáis liados —le comentó Lucy a la que no le había hecho ninguna gracia leer aquello.

—Ya sabes lo que opino de lo que se dicen en los medios... Y en cuanto a Fiona, qué quieres que te diga... No me atrae lo más mínimo.

—Pues ella tiene un ego que debe pensar que tiene en el bote —comentó Lucy tras probar su exquisito plato.

—Que piense lo que quiera, yo lo único que sé es que no tengo más que cabeza y corazón para una persona de la que me gustaría saber tantas cosas... Por ejemplo, ¿a qué edad empezaste a hacer tus primeros diseños?

Lucy se ruborizó porque la verdad era que la respuesta era un tanto peculiar, pero con todo se lo dijo:

—Cuando era una renacuaja, con cuatro años, le hice un vestido a mi perro Tim. Eso sí, supervisada por mi abuela Ruth...

Luego los dos se echaron a reír y siguieron hablando animadamente toda la cena, contándose anécdotas de la infancia, compartiendo momentos bonitos, importantes o intensos de sus vidas, como si se conocieran desde siempre.

Sintiéndose muy a gusto juntos, con mucha complicidad y total libertad para expresarse abiertamente, pues ambos escuchaban con respeto y admiración.

Y así estuvieron, hasta que a la salida del restaurante, Dylan le propuso ir a tomar una copa a un local que estaba muy de moda.

—Nunca he estado, porque me paso el día trabajando. Pero mis amigos

dicen que está muy bien, y podemos bailar... No se me da nada mal, además prometo no pisarte...

Lucy se partió de risa y, luego tras negar con la cabeza, se excusó:

—Mañana trabajo, prefiero irme a casa a descansar, además tengo que enviar el correo electrónico a tu Fundación...

—Seguro que tienes un portafolio divino, no te pases la noche sin dormir retocando fotos y demás, que te conozco. Mándalo como está...

—Mira que eres mandón —protestó Lucy, divertida.

—No puedo evitarlo.

—Y por eso estás en lo más alto... Muchas gracias por esta noche tan especial, Dylan. Me lo he pasado muy bien. Me has hecho sentir como si estuviera hablando con un amigo de toda la vida. Me he abierto, me he sincerado, me has ayudado a encarar mis retos... ¡Y encima me has invitado al mejor restaurante de la ciudad! ¿Qué puedo decir? Gracias se queda corto.

—Lo mismo digo y ojalá se repita pronto. Pero antes de despedirnos, déjame que te lleve a casa...

—Iba a cogerme un autobús, vivo en Harlem. Déjalo, llevo el Kindle, me pasará el trayecto leyendo tan ricamente...

—¿Y qué lees? Si no es indiscreción, por supuesto...

—¡Oh, no! Claro que no. Leo una novela romántica sobre un multimillonario y una pobre chica... ¡Ya sabes esas historias que jamás se dan en la vida real!

Los dos se quedaron mirándose y se echaron a reír con ganas, luego Dylan le ofreció su brazo y le pidió:

—Anda, déjame que sea como esos galanes de novela y te lleve a casa, por favor. Yo no voy a ser menos que ellos...

—¿Tienes el coche cerca?

—Vivo a diez minutos andando, lo tengo en el garaje... Además, hace una noche preciosa, de luna llena y corre una brisa de lo más agradable después de

un día de mucho calor. Pero entendería que eligieras pasar estas horas con el protagonista de tu novela. Yo solo soy un chico de Carolina del Sur...

Lucy que se lo estaba pasando genial y que no quería para nada irse a su casa, replicó:

—Me habría ido con ese chico a tomar una copa, habría bailado con él y habría paseado por las calles de Manhattan hasta las tantas bajo esta luna divina, pero el deber es el deber. Y yo soy la chica sosa que siempre hace lo correcto.

Dylan sonrió poniendo una mueca de lo más traviesa y preguntó divertido:

—¿Sosa tú? Me parece que no te conoces para nada. Y si quieres llegar pronto a casa, lo mejor es que te lleve. Llegarás mucho antes que en el bus nocturno que da miles de vueltas...

—Eso es cierto. Tarda un montón...

Dylan entonces con los ojos chispeantes le ofreció su brazo y le preguntó:

—¿Te llevo entonces?

Capítulo 19

Dylan puso una cara tan graciosa que Lucy solo pudo decir que sí, se enganchó a su brazo y caminaron relajados hasta el apartamento de Dylan, en una torre de impresión:

—¡Madre mía! Este rascacielos no tiene nada que envidiar a los que salen en las novelas románticas...

—Es un lujo vivir aquí, tengo unas vistas impresionantes. Y te confesaré que hasta que volví a encontrarte en la tienda, me pegaba a la ventana y te buscaba en cada rostro. ¡Qué agonía!

—Siento habértelo hecho pasar tan mal, Dylan —dijo ella, después de que entraran en el edificio, Dylan saludara al portero y se dirigieran al ascensor para bajar al garaje.

—Lo importante es que estás en mi vida de nuevo. Ahora solo espero que no salgas huyendo otra vez...

Las puertas del ascensor se abrieron y Lucy se ruborizó de solo recordar lo que pasó en otro ascensor la última vez que estuvieron juntos.

Luego, le dijo convencida porque para nada quería separarse de él:

—No quiero huir, Dylan.

Dylan presionó el botón para que el ascensor bajara hasta el garaje y cuando las puertas se cerraron, replicó emocionado:

—No sabes lo que me alegro de escuchar eso. Entonces, ¿es un sí? ¿Quieres salir conmigo?

Lucy se quedó mirándole con los ojos vidriosos de pura emoción y solo pudo responder:

—Me gustas tanto, Dylan... ¡Pero tengo tanto miedo!

Dylan se acercó a ella, le puso el dedo índice en los labios y susurró:

—Deja que tu corazón tome las riendas, Lucy. Es mucho más sencillo de lo que crees.

Dylan apartó el dedo, de esa boca jugosa que se moría por besar, y luego las puertas del ascensor se abrieron al llegar al sótano.

Sin decir nada, se dirigieron hasta el automóvil de Dylan, un Ferrari negro, él le abrió la puerta y ella habló con el corazón, tal y como él le había pedido, justo cuando se sentaron en esa maravilla de coche:

—Siempre he tenido el ejemplo de mis padres como referente, se quieren tantísimo que hay que verlos... Siempre pensé que si algún día tenía la suerte de encontrar a mi alma gemela sería alguien muy parecido a mí, alguien de mi barrio, de mi clase social, de mi misma condición económica y demás... Lo del multimillonario *sexy* no estaba en mis planes, solo en las novelas... Y estoy que ni me lo creo y temerosa de que se estropee todo, porque para mí el modelo a seguir era el de mis padres: dos personas sencillas, dos maestros... Esto es tan nuevo para mí que...

Lucy no dijo nada más, porque en la intimidad de ese espacio tan reducido, con ese hombre tan increíble mirándola de esa forma como jamás la iba a mirar nadie, se quedó sin palabras:

—¿Qué, Lucy? Dime... No te quedes callada.

Lucy se quedó mirando la boca insaciable de ese hombre que deseaba como jamás había deseado a nadie y solo pudo susurrar:

—Estoy desbordada, pero a la vez tengo unas ganas tan locas de besarte, Dylan.

Dylan la tomó por la barbilla y dijo con un tono de voz de lo más seductor:

—Hazlo, Lucy. ¡No dejes de hacerlo!

Lucy se acercó muy lentamente a él, hasta que sus labios se rozaron y susurró:

—No he dejado de pensar todo este tiempo en la noche que pasamos juntos. Y luego, le besó en los labios con algo que iba mucho más allá del deseo. Pero no se lo dijo...

Se limitó a mirarlo a los ojos después del beso y a escuchar a Dylan que decía:

—No he dejado de pensarte a cada instante...

Y se besaron de nuevo, esta vez con muchísima más pasión y más locura, hasta que se quedaron sin aliento y con ganas de mucho más.

—No quiero volver a casa... —musitó Lucy, acariciándole el rostro con el dorso de la mano. Como si no creyera que él pudiera estar ahí... En carne y hueso.

—Podemos subir a mi apartamento y luego puedo llevarte por la mañana a primera hora a tu casa. Y no hace falta que hagamos nada... Podemos tomar una copa, charlar y luego descansar...

Lucy negó con la cabeza y aseguró mordiéndose los labios de puro deseo:

—Pero quiero hacerlo, me muero por estar otra vez en tus brazos.

Dylan que tenía las mismas ganas que ella, tras besarla de nuevo intenso y profundo, le susurró:

—Subamos entonces.

—Vas a pensar que soy una chiflada, primero te muestro todos mis temores, y ahora me muero por estar en tu cama. ¡Soy lo peor!

Dylan sonrió, y con una cara de enamorado tremenda, habló:

—Quiero que seas tú. Que expreses todo lo que sientes. Y no, no me pareces una chiflada, me pareces una chica encantadora y de lo más sincera. Y eso me fascina... Estoy harto de mujeres que fingen ser lo que no son, que van con caretas, como Fiona Davis. Conmigo muestra una cara afable, jovial y cariñosa, cuando sé que es una bruja que no tiene corazón. Detesto la falsedad, las dobleces, la mentira..., pero admiro a quien se atreve a mostrarse tal y

como es, como tú. Con todo... Y si tienes ganas de estar conmigo, tienes las agallas de decirlo sin más. No pierdes el tiempo con insinuaciones y jueguecitos... O lo que es peor, no tiendes burdas trampas como hacen muchas. Me gustas muchísimo, Lucy... No sé si te has percatado.

Lucy sonrió, le besó otra vez, luego salieron del coche y se metieron en el ascensor donde siguieron besándose desesperados.

Después, ya en el apartamento, a Dylan le faltó tiempo para bajarle la cremallera del vestido y ella hizo lo mismo con la chaqueta y la camisa.

Medio desnudos, se acariciaron, se olieron, se sintieron y después, él descendió con la lengua desde el cuello hasta los pezones que estimuló con tironcitos sutiles hasta ponerlos durísimos.

Luego, coló la mano por debajo de las braguitas para amasarle bien las nalgas y acto seguido, la liberó de la ropa interior.

Desnuda y en tacones, Dylan se quedó mirando a esa belleza de mujer, y descendió con las manos desde los pechos redondos y perfectos, hasta la entrepierna que estaba mojadísima.

Lucy al sentir cómo Dylan presionaba la mano ancha y fuerte contra su pubis gimió de puro placer, y después creyó perder el sentido, cuando él se situó detrás de ella, a su espalda y tras morderle en el cuello hundió un par de dedos en su interior.

Dylan, aspirando el aroma inconfundible de esa chica que se entregaba como nadie, comenzó a penetrarla muy despacio al tiempo que acariciaba su punto G.

Ese punto que nadie había estimulado y que para Lucy fue todo un descubrimiento porque de repente conoció sensaciones tan electrizantes, que jadeante solo le pudo pedir más y más...

Dylan clavándole la erección dura y muy potente en las nalgas, y sin dejar de estimularla ese punto, le preguntó:

—¿Nunca te habían tocado aquí?

Lucy se estremeció entera al sentir la presión en esa parte tan sensible de anatomía y negó con la cabeza.

—Pero no dejes de hacerlo —le pidió derretida de placer.

Y Dylan lo hizo, siguió estimulando ese punto hasta que la encontró tan preparada para el clímax, que presionó el clítoris fuerte con la palma de la mano y le arrancó un orgasmo tan brutal que ella creyó que iba a desvanecerse.

Pero no lo hizo, porque al instante y, sin que Dylan dejara de presionar ese punto, sintió como una energía que nacía de lo más profundo de ella se apoderaba por completo de su ser. Una energía tan poderosa que provocó que una oleada de placer infinito y súbito la invadiera entera, y que después un chorro viscoso brotara de su interior, empapando sus trémulos muslos.

Alucinada, extenuada y jadeante, Lucy se echó a llorar desbordada por tantas sensaciones.

Dylan entonces le dio la vuelta, la abrazó con fuerza y le dijo temblando con ella:

—Ha sido precioso, Lucy. Gracias por este regalo...

Y Lucy conmovida, sintiendo que con ese hombre era capaz de todo, replicó sin poder parar de llorar:

—Solo tú puedes conseguir esto. Solo tú...

Capítulo 20

Tras limpiarse en el cuarto de baño, Dylan la llevó en volandas hasta la cama enorme del dormitorio que era tres veces más grande que el apartamento de Lucy.

Desde allí, a través de los grandes ventanales, se contemplaban unas vistas magníficas a los rascacielos de la ciudad.

—Después de conocer tu casa, mejor que no visites nunca mi apartamento.

—Seguro que es un lugar acogedor y con mucho encanto, que tiene tu luz y tu fuerza...

Dylan se tumbó al lado de de Lucy que sonreía con las mejillas sonrosadas:

—¡Me parece que esperas demasiado! Y las vistas... Uf. Las ventanas dan a un patio interior oscuro y pequeño que es un espanto de feo.

Dylan frunció el ceño y preguntó preocupado:

—Entonces tendrás una luz penosa para trabajar...

—Luz artificial siempre.

—Pero te convendría trabajar con luz natural también... Y más tú que te pasas horas creando.

—Sobre todo los fines de semana que es cuando libro y estoy mucho en casa. Pero es lo que hay... No puedo pagarme un apartamento luminoso, están por las nubes y si ya me cuesta horrores pagarme la caja de cerillas en la que vivo, imagina un apartamento en condiciones.

Dylan entonces ni se lo pensó y dijo mirándola feliz:

—Vente a mi casa entonces. Esto es demasiado grande para mí. Luego te enseñe el resto de la casa...

Lucy puso una cara de susto muy graciosa y tras parpadear muy deprisa

replicó:

—Tú no me puedes pedir que me vaya a vivir contigo.

—Bueno, pues de momento... ¿Los fines de semana? —preguntó Dylan con los ojos entornados y una cara de hombre de negocios que sabe lo que quiere tremenda.

—Tú no pierdes el tiempo, señor Hayes.

Dylan la estrechó contra su cuerpo y dijo tras besarla en la boca:

—Llevo toda la vida esperándote. ¿No crees que ya he esperado demasiado tiempo?

Lucy se sintió tan bien abrazada a ese hombre que besaba con locura que respondió:

—Para mí sería un sueño vivir en un apartamento como este y contigo, por supuesto. Pero las cosas hay que hacerlas despacito y con buena letra, que es lo que me enseñaron mis padres.

Dylan tras lamerle los labios con la punta de la lengua, preguntó curioso y divertido:

—¿No estarás pensando en que tengamos un noviazgo a la antigua, larguísimo, de esos de diez años o más? Piensa que yo ya tengo 35...

Lucy rompió a reír y, negando con la cabeza, dijo:

—Diez años, no. Pero nueve...

Dylan puso los ojos como platos y Lucy soltó una carcajada de ver la cara que acababa de poner:

—Ah. ¡Es broma! Uf. ¡Qué susto me has dado! Pero te advierto que yo pensaba estar igual ahí, esperando lo que hiciera falta.

—A ver, considero que lo prudente es que nos vayamos conociendo. Es obvio que hay química y la atracción, pero no nos conocemos... Las cosas llevan su tiempo y el amor hay que tomárselo muy en serio.

—Eres tan cauta y tan responsable, señorita Walsh, que mira cómo estoy de

duro.

Dylan le clavó la erección en el pubis y Lucy cerró los ojos de puro placer.

—Dylan, por favor, eres un...

—¿Pervertido? —preguntó él con una cara de diablo tremenda, arqueando una ceja.

—Lo que sé es que estás despertando tal pasión en mí que ni me reconozco. En la vida he sentido tanto deseo por nadie, es como si tuviera dentro un fuego que no hay forma de apagar...

Dylan se frotó contra la vulva mojada y susurró a la vez que la besaba en el cuello:

—Tú sí que eres mi pasión, Lucy. Mi gran pasión...

Y tras mirarla a los ojos, se besaron muy profundo, mientras la mano de Lucy descendía hasta la erección tan grande y tan dura.

—Quiero tomarla en mi boca... —musitó, mientras no dejaba de tocar esa dureza—. ¿Has visto qué cosas me provocas? Yo era muy convencional en la cama con mis novios, estas cosas ni se me ocurrían proponerlas. Pero contigo, se me pasan muchas cosas sucias por la cabeza.

—Las haremos todas realidad, si quieres... Pero me gustaría que antes supieras que siempre he practicado sexo seguro, que me hago analíticas periódicas y que estoy limpio.

—Yo también, además de tomar la píldora obligaba a mis novios a ponerse condón. Me daba pánico las ETS y quedarme embarazada... Pero ya no tomo la píldora, como llevaba tres años sin sexo...

—Conmigo jamás volverás a estar tanto tiempo sexo... De eso puedes estar segura.

Lucy se echó a reír y luego comenzó a besarle por el cuello. Poco a poco fue bajando por el torso musculado y fornido, por los abdominales marcados, por los rizos del pubis, hasta terminar justo ahí...

Y era tan grande...

La verdad era que impresionaba demasiado, pero quería hacerlo. Lucy quería darle placer a ese hombre de ese modo y decidió que lo mejor era empezar lamiendo la punta.

Y a Dylan le encantó, solo de sentir la lengua de Lucy en ese punto, se estremeció entero y ella se sintió tan orgullosa que quiso darle mucho más.

Así que después de lamerle bien, abrió la boca y dejó que entrara hasta la mitad...

Era tan excitante para Lucy, se sentía tan especial haciendo aquello, que empezó a estimularle, permitiendo que el miembro entrara y saliera, hasta que su mandíbula se aflojó y pasó a tomarle cada vez más profundo.

Poco a poco, las incursiones se hicieron más exigentes y más intensas, tal y como Lucy deseaba...

Quería entregárselo todo, darle un placer extremo, y en eso se afanó, hasta que llegó un punto en que le aceptó tan dentro que hasta rozó los rizos del pubis con la nariz.

Dylan gruñendo de placer, agarró entonces a Lucy por la cabeza y comenzó a tomar el mando, a marcar el ritmo, a entrar y salir de esa boca que le estaba volviendo loco.

Y así, con esas incursiones contundentes y profundas, estuvo penetrándola unas cuantas veces más, en tanto que las mandíbulas de Lucy estaban tensadas al máximo.

Si bien, no pensaba rendirse, y más cuando le notó tan duro que sabía que estaba a punto de llegar el momento que tanto habían buscado.

Y así fue...

Porque tras unas penetraciones duras y exigentes, Dylan entre gemidos agónicos acabó derramándose en lo más profundo de la garganta de esa mujer que le tenía fascinado.

Lucy al sentir esas esencias en la boca, tragó porque necesitaba hacerlo, porque quería tenerlo muy dentro y luego se tumbó a su lado exhausta.

Dylan entonces la abrazó con fuerza, mirándola extasiado y tras besarle en la boca prodigiosa que sabía a él, confesó:

—Eres la mejor, Lucy.

Lucy negó con la cabeza y farfulló agotada por el esfuerzo:

—Eres un mentiroso, señor Hayes. Es la primera vez que hago esto hasta el final... Y he debido ser muy torpe...

Dylan la miró alucinado y replicó, derretido de placer:

—¿Torpe? En la vida me han dado tanto, con tanta pasión y tanta entrega. Eres única, Lucy. De verdad que lo eres.

—Solo me he dejado llevar por todo lo que tú me provocas. Has desatado en mí una pasión irrefrenable...

—¿Y te asusta?

Lucy le miró emocionada y respondió musitando:

—No, en absoluto...

Capítulo 21

Siete horas después, Lucy se despertó abrazada a ese pedazo de hombre, pero en esta oportunidad no salió corriendo.

Seguían siendo los mismos, les separaban las mismas cosas que la primera vez, pero en esta ocasión no sintió la pavorosa necesidad de huir.

Al contrario, quería quedarse ahí para siempre, pegada a ese hombre gracias al cual estaba descubriendo tantas cosas.

Sobre la pasión, sobre ella misma, sobre los límites, sobre los sueños...

Así que no, para nada iba a salir corriendo...

Es más, no solo quería seguir descubriendo todo eso que estaba empezando a surgir con Dylan, sino que se sintió más confiada que nunca en lo profesional.

De repente, fue completamente consciente de que la idea de enviar sus diseños a la Fundación era de lo más adecuada. Había trabajado tan duro durante tantos años que, como todo el mundo le decía, era una pena que sus vestidos colgaran del perchero de su apartamento, cuando podían hacer felices a tantas personas.

Y qué mejor forma para ponerle remedio que la ayuda de la Fundación para crear la empresa y empezar con su sueño...

“Estaría tan bien”, pensó, sintiéndose por primera vez en su vida perfectamente preparada para dar el salto.

Es más, se sentía tan segura y convencida, creía en ella con tal fuerza que sonrió sintiéndose orgullosa de sí misma, pues todo apuntaba a que por fin había vencido al monstruo del miedo...

Y era maravilloso, se sentía tan a gusto en su piel, tan en paz, que incluso

respiraba profundo. Y todo gracias a ese hombre que de pronto despertó y sonrió sin todavía creer que aquello era cierto:

—Dime que no estoy soñando, por favor.

Lucy le besó suave en los labios, negó con la cabeza y replicó:

—Estoy aquí y no pienso irme. Bueno, sí, en un rato tendré que marcharme al trabajo.

Dylan se frotó los ojos y al instante le recordó:

—Pero antes pasaremos por tu casa, no solo a que te cambies de ropa, sino también a que envíes el portafolio a la Fundación, que no creas que se me ha olvidado.

Lucy le acarició la cara feliz como no recordaba y le contó:

—Eso es justo lo que iba a hacer.

Dylan con el corazón latiéndole con fuerza preguntó asombrado:

—¿Ya no tienes miedo?

—Tengo que aprovechar la oportunidad y debo luchar por mi sueño. En el fondo tienes razón y ya no tiene sentido seguir escondiéndome. Voy a luchar con todas mis fuerzas, Dylan... Y todo te lo debo a ti...

Dylan le miró extraño y preguntó negando con la cabeza:

—¿A mí?

—Gracias a ti, me he convencido de que debo creer en mí, de que debo hacer realidad mi sueño...

—Yo no he hecho nada, preciosa. Has sido tú, la que por fin te has convencido de que tienes un talento enorme que todo el mundo debe conocer.

—Tenía tantos miedos, pero me has ayudado a disiparlos, con tu fe en mí... Gracias a ti he descubierto, que solo basta con que una persona crea en ti, para que todo cambie. Yo de verdad que me siento más fuerte que nunca y con más ganas... Y si eso es así, es porque sé que tú confías en mí.

Dylan emocionado la besó en los labios y le dijo hablando con el corazón:

—¿Cómo no voy a creer en ti si eres una chica brillante, Lucy? Te admiro tanto...

—Yo sí que te admiro, eres mi inspiración y mi ejemplo. Y ahora también el hombre que ha conseguido que haga locuras por las noches...

Dylan sonrió abiertamente y confesó divertido:

—Y si quieres también por el día, pero me temo que hoy no va a poder ser... Tenemos que pasar por tu apartamento, enviar tus diseños y luego llevarte a la tienda. Así que vamos a tenerlo que postergar para otro momento...

Lucy se abrazó fuerte a él y confesó convencida:

—Para cuando quieras...

A Dylan se le iluminó la mirada y le preguntó con el corazón latiéndole bien fuerte:

—¿Lo nuestro tampoco te da miedo?

Lucy negó con la cabeza y respondió segura de lo que decía:

—Estoy tan feliz, Dylan, que no pienso renunciar a este regalo de la vida. Lo que pasó anoche fue maravilloso y contigo estoy descubriendo tantas cosas que no quiero que acabe. Al contrario, quiero que siga y que siga... Y si es posible que jamás acabe...

Dylan la besó temblando de la emoción que le daba escucharla hablar de esa forma:

—Lo que es de verdad nunca acaba, Lucy. Es para siempre.

—Lo que estoy sintiendo es auténtico, Dylan. Es lo más fuerte que me ha pasado jamás. Y aunque nos separen muchas cosas, sobre todo en lo material, tienes razón en que lo que tenemos aquí —habló colocándole la mano en el pecho—, es lo mismo. Exactamente lo mismo...

Dylan que no daba crédito a lo que estaba escuchando, porque su mayor temor era a que de nuevo saliera huyendo, confesó:

—De veras pensé que te costaría más entenderlo. Pero es justo lo que yo he sentido desde la primera vez que nuestras miradas se cruzaron. Somos lo mismo, la misma pasión, el mismo fuego, la misma certeza.

Lucy sonrió y sintiendo mariposas en el estómago, como no había notado en su vida, replicó:

—Yo sentí muchas cosas, si bien el miedo me impedía vivirlo en toda su intensidad... Pero desde el primer momento me volviste loca.... Incluso antes de que nos conociéramos, siempre te he admirado, señor Hayes. No obstante, ahora estoy descubriendo también al chico de Carolina del Sur y qué quieres que te diga... Ya no sé cuál me gusta más...

—Es muy fácil. ¡Quédate con los dos!

Lucy se echó a reír, y luego asintió con la cabeza porque ya no le quedaba otra:

—Eso haré... Es imposible escoger.

Y Dylan feliz como jamás en su vida, y loco por pasar con ella el mayor tiempo posible, le contó:

—Sam, mi director financiero, y uno de mis mejores amigos, me ha invitado a una barbacoa en su casa. Está casado con Cindy, se conocieron en la universidad donde estudiamos los tres. Si vieras cómo me burlaba de Sam cuando me confesó que había sentido un flechazo súbito por ella el primer día de clase... Pero mira, se casaron y tuvieron dos mellizos preciosos que son como mis sobrinos. Bueno, para ellos soy el tío Dylan... Y me esperan para jugar al waterpolo... Me preguntaba si querrías venir conmigo...

Lucy se quedó alucinada y lo primero que se le pasó por la cabeza fue preguntar:

—¿Y en calidad de qué iría? ¿De amiga tuya o de empleada o de... ?

A Dylan esa pregunta le pareció de lo más redundante porque para él era obvio lo que eran:

—¿De qué va a ser? De mi novia... Eso es lo que eres. ¿O no quieres? Si prefieres ser otra cosa, dílo... Yo con tal de que estemos juntos me da lo mismo todo... Tú pon el nombre que quieras a lo que somos...

Lucy alzó las cejas y exclamó porque de pronto sintió que todo iba muy deprisa:

—¡Ay madre! Esto es demasiado para mí...

—Si te parece demasiado pronto o no te apetece venir, dímelo... Yo es que no puedo declinar la invitación y al mismo tiempo no quiero separarme de ti.

—Ni yo tampoco quiero, pero de repente la palabra “novia” ha estallado en mi cerebro como una bomba. ¿Cómo voy a ser la novia del señor Hayes?

Dylan la besó en los labios y luego preguntó con cara de pícaro:

—¿Prefieres ser mi prometida?

Lucy soltó una carcajada y le pidió risueña:

—¡Calla, que me vas a poner más nerviosa todavía! De momento, tu novia y luego lo vamos viendo...

Dylan sonrió con el corazón a mil de felicidad y preguntó:

—¿Entonces vienes a la barbacoa?

—Verás, hay algo que no sabes: se me da genial el waterpolo. ¡Por nada del mundo me perdería echar un partidillo!

Capítulo 22

Cuando Lucy salió del trabajo, después de una intensa jornada laboral, Dylan le estaba esperando con su automóvil en la puerta.

Y tras darse un beso apasionado, Dylan puso rumbo a casa de su amigo mientras Lucy le contaba:

—Le he tenido que contar a Miranda que estoy saliendo contigo. Espero que no te moleste, pero es que nos vio cuando la entrevista, ahora se ha percatado de que estabas en la puerta y ha sumado dos y dos.

Dylan negó con la cabeza y replicó con una sonrisa enorme:

—No me importa en absoluto, al contrario. Me encanta que vivamos esto con normalidad, que lo sepa tu jefa, mis amigos, mi padre...

Lucy puso los ojos como platos porque lo del padre le pareció ya demasiado:

—¿Y qué le has contado?

—Mi padre conoce toda nuestra historia, está feliz de que te haya encontrado y de que tú quieras salir conmigo. Dice que te cuide y que se muere por conocerte. Mi padre es un gran tipo... Y sabe lo que es el amor, estuvo muy enamorado de mi madre hasta que se fue...

Dylan se puso un poco triste y Lucy para que se animara le recordó:

—Ya sabes que yo creo que las personas nunca se van, que siguen con nosotros...

—También creo en ello, pero es una lástima. Se querían mucho... En fin, así es la vida. Por eso, considero que hay que aprovechar muy bien el tiempo. Nadie tiene la vida comprada, Lucy. Y si te parece que tal vez voy demasiado deprisa: es por esto... Perdí a mi madre muy pronto, lo que hace que sea un

tanto ansioso en las relaciones... Tengo una necesidad imperiosa de aprovechar cada instante y contigo más, sobre todo después de lo que me ha costado encontrarte. Espero que lo entiendas...

Lucy apoyó la mano en el muslo de Dylan con cariño y luego le miró diciéndole:

—Claro que te entiendo. Está todo bien. Me apetece muchísimo ir a la barbacoa, me encantaría conocer a tu padre, en fin... No siento que esto vaya deprisa, ni me agobia ni nada por el estilo. Todo fluye como debe hacerlo. Tranquilo que no me voy a ir... Es más, ahora entiendo que con el trauma por la pérdida de tu madre, sobrellevaste mucho peor mi ausencia.

Dylan agradeció en el alma sentirse comprendido y replicó:

—Así es. Me negaba a tener que renunciar otra vez a una persona que me importa. Y por eso, te busqué y te busqué...

—Ya estoy aquí y no me voy a ir, Dylan. Quiero que estés tranquilo, es cierto que tuve mucho miedo pero ahora quiero conocerte, quiero salir contigo, quiero disfrutar de esto que nos está pasando.

Dylan tomó la mano de Lucy, la apretó con delicadeza y luego dijo:

—Estoy tan orgulloso de ti y estoy seguro de que juntos vamos a ser mucho más. Vamos a ser mejores y a dar lo mejor de nosotros mismos.

—Yo ya lo estoy haciendo, todavía no me creo que haya tenido el valor de enviar la solicitud de ayuda a la Fundación.

Dylan alzó una ceja y temiéndose lo peor preguntó:

—¿Acaso te arrepientes?

Lucy negó con la cabeza y respondió muy segura:

—Para nada, me siento feliz de haberlo hecho. Y es porque estás en mi vida: eres una gran influencia sobre mí.

—Eso espero, aunque también te hago hacer otras cosas más malas — repuso Dylan, divertido.

Y los dos se echaron a reír, y así entre risas y demás, llegaron a la casa de Cindy y Sam que los recibieron con los brazos abiertos.

A Lucy le cayeron genial, hacían una pareja muy bonita y se notaba a la legua que se querían de verdad.

Y luego estaban los mellizos que eran de lo más traviesos y simpáticos y con los que Lucy sintonizó al momento.

Le recordaban además mucho a Brian y John sus dos hermanos menores que a esa edad eran igual de trastos que los mellizos.

Ahora ya de grandes, se habían convertido en dos hombres hechos y derechos, que trabajaban en la banca y ganaban sus buenos sueldos.

Como también los mellizos de Cindy acabarían logrando grandes cosas en el futuro...

Se les veía tan listos, espabilados y despiertos... como comprobó durante la barbacoa en la que no pararon de comer cosas ricas y en la que estuvieron charlando de todo...

Incluida de Fiona Davis...

El tema lo sacó Sam, que le comunicó a Dylan el subidón de ventas que habían obtenido tras la entrevista:

—Esa mujer es odiosa, pero mueve a las masas... Me alegro muchísimo de que fueras a esa entrevista.

—Me costó horrores aceptar, pero le estaré eternamente agradecido pues así pude reencontrarme con Lucy —comentó Dylan, tendiéndole la mano a Lucy.

Ella le estrechó la mano, feliz y Cindy comentó:

—Fiona se pasó la entrevista coqueteando contigo. Sin embargo, tú no tenías más que ojos para Lucy.

Dylan se quedó perplejo porque no tenía ni idea de que se hubiera visto en pantalla:

—¿Tanto se me notaba que no dejaba de mirarla?

—Se veía que mirabas para otro lado, se te notaba disperso, pero cuando Sam me contó lo de Lucy lo entendí todo. Quién te ha visto y quién te ve. El que no creía en los flechazos, víctima de uno fulminante... —comentó Cindy divertida.

—Y yo... Yo también he caído, porque Lucy me parece guapísima y muy simpática —comentó Harry uno de los mellizos.

Todos se echaron a reír, si bien fue Dylan el que apuntando con el dedo a su sobrino le advirtió:

—¡Cuidado, muchachito, que yo la vi primero! ¡Ni se te ocurra levantarme a mi chica!

Todos se partieron de risa y luego Cindy siguió hablando encantada de que Lucy estuviera allí:

—Aunque Dylan se enfade con lo que voy a decir, porque él es muy reservado para sus cosas, debes saber que en la vida le hemos visto así de enamorado. Él siempre ha estado obsesionado con trabajar duro, ni en la universidad se permitió relajarse y disfrutar de las fiestas. Estudiaba y trabajaba, bueno... Y también se burlaba de nosotros porque nos enamoramos sin remedio... Sin embargo, yo estaba convencida de que algún día le sucedería a él. Y mira, aquí estás. Y no sabes cuánto nos alegramos de que esté feliz contigo y de que os hayáis encontrado. Dylan es un gran tipo que se merece lo mejor y sé que sin duda contigo va a poder cumplir su sueño de fundar una bonita familia.

Dylan se sonrojó porque la verdad era que no le gustaba hablar de sus sentimientos, si bien Cindy había dicho la pura verdad. Estaba seguro de que Lucy era la compañera perfecta con la que compartir el resto de sus días.

—Sí, bueno, Dylan es un tío majo, pero yo lo soy más... —insistió Harry que era un auténtico diablillo.

Todos de nuevo rompieron a reír y Sam habló esta vez feliz, como su esposa, de ver a su amigo tan ilusionado:

—Estamos encantados de que estés aquí, Lucy. Queremos muchísimo a Dylan y teníamos muchas ganas de que encontrara a alguien como tú...

Dylan por poco no se atragantó con una chuleta al escuchar aquello y luego mandó callar a su amigo:

—¡Por favor, parad ya! ¿Qué mosca os ha picado? Pareciera que estáis locos por emparejarme para perderme de vista. ¡Menuda imagen se va a llevar Lucy de mí! Como sigáis así va a salir espantada la pobre...

Todos se partieron de risa y Lucy habló encantada de estar compartiendo ese almuerzo tan divertido:

—Tranquilo que después de conocer a tus amigos, ya sí que no vuelvo a desaparecer de tu vida. Y más sabiendo que hacen barbacoas tan buenas y que tienen esta piscina tan espectacular... —bromeó divertida.

Dylan frunció el ceño y replicó mientras todos seguían muertos de risa:

—¡Ah, perfecto, señorita Walsh, o sea que te quedas conmigo por mis amigos, la barbacoa y la piscina! ¡Vaya amor más desinteresado el tuyo!

—Jolines, ha dicho amor... ¡O sea que hay amor! ¡Lo que significa que esto va ya para adelante y sin frenos! —comentó Billy, el otro mellizo que también era otra pieza.

—De verdad... En qué hora habré decidido yo traer a Lucy a almorzar... —farfulló Dylan con una mueca muy simpática.

Y de nuevo, todos estallaron en carcajadas...

Capítulo 23

Después de ese almuerzo, tuvieron un montón de citas más, en las que hicieron lo mismo que cualquier pareja normal: salieron al cine, a cenar, a bailar, a tomar copas...

Y siguieron conociéndose más y más, mientras las semanas seguían pasando y Lucy aún no tenía noticias de la Fundación sobre su ayuda.

Así, llegó finales de agosto y mientras volvían de una cena de lo más divertida junto a Emily y Matt, Lucy le confesó a Dylan:

—No quiero abusar del hecho de que sea la novia del superjefazo, pero ¿es normal que tarden más de un mes en responder en la Fundación?

Dylan arqueó una ceja porque era la primera vez que Lucy usaba la palabra novia para referirse a lo que tenía con él y contestó:

—¿Me ha aparecido escuchar la palabra novia?

Lucy asintió risueña y respondió tras echarse la melena a un lado:

—Sí, es lo que soy. Y de verdad que estoy muy nerviosa con lo de la Fundación... Si bien, por supuesto que no te voy a pedir que hagas algo...

—Es que no lo iba a hacer. Y lo hago más que nada por ti, para que cuando lo consigas sepas que lo has logrado por méritos propios, no porque seas la novia del superjefazo cabrón.

—Eso será si lo consigo, porque si no tengo noticias tal vez sea porque no tengo nada que hacer.

Dylan negó con la cabeza y replicó divertido:

—Si no te conceden la ayuda, el que va a hacer algo seguro que soy yo. Porque serían unos expertos de pacotilla... Claro que también puede ser que el nivel esté altísimo y se hayan presentado muchos más genios.

Lucy se escurrió en el asiento hacia abajo, del miedo que tenía a que su proyecto fuera rechazado y luego farfulló:

—No te extrañe estando yo de por medio... A mí siempre se me complica todo.

Dylan la miró y, en un tono que sonaba totalmente a regañina, le pidió:

—No quiero verte así de abatida y de ansiosa. Entiendo que la espera es siempre muy frustrante, pero tienes que tener otra actitud. Expectante pero confiada y feliz. ¿Me lo prometes?

Lucy poniendo morritos de enojo replicó revolviéndose en el asiento:

—Es complicado, cuando estoy convencida de que cada día que pasa lo tengo más chungo... Pero lo intentaré.

—La Fundación suele tomarse su tiempo para responder... Es normal lo que te está pasando, Lucy.

Lucy le miró con cierto cabreo y le increpó nerviosa:

—¿Y me lo dices ahora?

—Yo no sabía que llevabas tan mal la espera, no me habías dicho nada hasta ahora mismo.

—Para que no pensaras que soy una agónica de mierda, pero llevo ansiosa desde el mismo día que envié el correo electrónico.

Dylan sonrió para que se calmara, la cogió de la mano en cuanto paró en un semáforo y luego le explicó:

—Me gustas tal y como eres. No tengas miedo a expresar tus temores, Lucy, por lo que yo pudiera pensar... Porque siempre voy a pensar lo mismo: me tienes embrujado.

Lucy sonrió, acarició con el pulgar la mano fuerte y ancha de Dylan y luego deseó en voz alta:

—Espero que por mucho tiempo...

Dylan arrancó, no sin antes asegurarse totalmente convencido:

—Para siempre. ¿Te vale?

Lucy se echo a reír, pero al mismo tiempo estaba que ni se creía que lo suyo con el señor Hayes pudiera ir tan bien. Y como le había pedido que se expresara, lo hizo:

—¿A veces no te da miedo que lo nuestro esté yendo tan bien?

Dylan la miró de refilón, porque tenía que tener la atención centrada en la carretera y luego respondió:

—Lo único que sé es que podría ir muchísimo mejor si te vinieras a vivir conmigo...

Lucy resopló porque ese hombre era incorregible:

—Se me había olvidado que tú eres un kamikaze...

Dylan se puso serio, porque la ocasión lo requería y le aclaró:

—No lo soy. Lo único que hago es escuchar a mi corazón, si tú hicieras lo mismo tus miedos no te molestarían lo más mínimo...

—Claro que escucho a mi corazón, siempre lo hago... —replicó Lucy, algo contrariada.

—No creo que tanto como debieras, porque de lo contrario confiarías más y no estarías tan ansiosa.

Lucy se quedó mirando por la ventana mientras pensaba que tal vez Dylan tenía razón. A ratos todavía escuchaba más a su cabeza que le recordaba una y otra vez que estaba con el superjefazo del señor Hayes y que ella no era nadie... O casi nadie... Tan solo una chica ansiosa, que lo tenía todo por demostrar... Y se sentía bastante insegura y si a eso se sumaba que no tenía aún respuesta de la Fundación, la verdad es que estaba bastante atacada.

—Supongo que tengo que trabajármelo más... —reconoció finalmente, sin perder ese rictus de enojo.

Y Dylan que se percató perfectamente de lo que le sucedía, le dijo para que se sosegara:

—Yo también tengo que trabajar muchas cosas, como por ejemplo esta... A veces soy tan sincero que toco demasiado las pelotas, pero te juro que no lo hago con mala intención. Al contrario...

—Es cierto que tocas las pelotas bastante, pero también tienes razón en lo que dices...

Y ya que se había abierto la veda, Dylan siguió tocando un poco más las narices...

—Y tu amiga Emily tiene el mismo problema que tú... Tiene tanto miedo a que las cosas le salgan mal, que se cierra en banda y es entonces cuando no pasa absolutamente nada con su vida.

—Si te refieres a los negocios: está juntando dinero para empezar con su empresa, mientras aprende trabajando como camarera... Yo no veo que tenga miedo...

—Ya sabe lo suficiente, se tenía que lanzar ya...

—No es tan fácil, empezar exige una inversión, no muy grande, pero lo suficiente como para que aún no la pueda pagar.

—Tu primo Matt le ha ofrecido el dinero... —le recordó Dylan—, ya tiene un socio. Pero no se atreve... En el fondo, no es el dinero lo que la frena sino su pánico al fracaso...

Lucy se sintió aludida y replicó un tanto ofuscada:

—¿Eso es también lo que piensas de mí: que tengo pánico al fracaso?

Dylan sin quitar la vista de la carretera, replicó convencido:

—Por supuesto, en lo profesional y también en lo sentimental. Como tu amiga... Está enamorada hasta las trancas de Matt, pero tampoco se atreve a reconocerlo. Y es una pena, porque tu primo bebe los vientos por Emily...

Ahí ya sí que Lucy se quedó anonadada pues desde luego que no se le pasaba una:

—¡Flipo contigo! ¡Vaya si eres detallista! No sé cómo te has percatado

porque mi primo no puede ser más discreto... Pero sí, está enamorado desde siempre de ella, sin embargo, Emily está demasiado traumatizada por el divorcio de sus padres y evita las relaciones serias. Se lleva genial con mi primo, se quieren muchísimo, pero dudo que alguna vez se atreviera a dar el salto.

Dylan aun a riesgo de quedar como un soberbio, que quiere tener siempre la razón, apuntó:

—Entonces me das la razón. Tiene tanto pánico a fracasar que ni monta la empresa ni se embarca en una relación con alguien que merece la pena.

A Lucy no le quedó más remedio que darle la razón a Dylan, pues estaba en lo cierto, si bien puso una objeción:

—Pero yo no soy como ella, ahí te has equivocado de cabo a rabo. Yo he solicitado esa ayuda para empezar con mi negocio y estoy contigo... Estoy viviendo esta historia con total implicación y total intensidad... Y no me digas que no.

Dylan que justo en ese instante había llegado frente al portal de Lucy, negó con la cabeza y repuso con su franqueza habitual:

—Yo no me habría quedado esperando a que me dieran una maldita subvención. Yo habría contactado con las actrices y modelos del momento y les hubiera ofrecido mis mejores diseños... Más que nada porque esa gente es tan seria y profesional que pagan lo que valen. Y ese dinero habría sido el capital inicial con el que habría montado la empresa... En fin... No te voy a decir cómo tienes que hacer las cosas... Pero yo las habría hecho de forma muy distinta... Y en cuanto a nosotros.... Para mí implicarse es vivir juntos, compartir la vida, no tener miedo a la intimidad y a la confianza... Así que sí, Lucy, siento si te molesta lo que digo: pero eres igual que tu amiga.

Capítulo 24

Lucy salió del coche sin siquiera despedirse, con un enojo tremendo y un monumental portazo, de lo harta que estaba de la sinceridad de ese tío que le hacía sentirse como una mierda.

Y era tan injusto, ya que ella estaba enfrentándose a sus miedos, es más sentía que hasta los tenía a raya, estaba saliendo con él a pesar de todos sus prejuicios iniciales, había enviado la solicitud para esa maldita ayuda...

¿Y todavía quería más?

“Y lo peor es que siempre iba a ser así”, pensó Lucy. Un tipo triunfador y ambicioso como Dylan Hayes siempre iba a querer más y más, todo le iba a parecer poco.

Y ella no era así.

Ella no tenía ese afán, esa ansia, ese ímpetu que tenía el superjefazo maravillas y no pensaba pedir perdón por ser así.

Para ella las cosas tenían otro tiempo, prefería la calma a las prisas, prefería ir poco a poco, sobre seguro y no llevarse un chasco descomunal.

Y si Dylan no lo entendía, le daba lo mismo.

Pero ya estaba harta de sus reproches, de que siempre le hiciera sentir como una boba que si estaba en la mierda era porque a ella le daba la gana.

Pues no...

Y en cuanto a su relación, desde luego que tampoco estaba preparada para ir a vivir con un tío que además era el colmo de la perfección y no dejaba de restregarle por la cara sus méritos.

Porque eso era lo que hacía, o así era como ella lo vivía...

Y es que en el fondo, todos sus temores de golpe y porrazo se habían

materializado, pues era obvio que si habían tenido ese desencuentro era por sus diferencias tremendas.

Él era un triunfador, un ambicioso y un arribista y ella era una chica sencilla y humilde que jamás levantaría grandes imperios, pero ni falta que le hacía porque era feliz con muy poco.

Por lo que estando así las cosas, Lucy pensó que lo mejor era que esa relación se enfriara, ya que en el fondo no llevaba a ninguna parte.

Tarde o temprano, siempre iban a saltar las chispas por esas cosas que son de base, y que en el fondo son las que más importan.

Y en su caso era obvio que los temperamentos eran incompatibles de todo punto.

Por eso, se negó a responder a todos los mensajes que le envió esa noche, así como tampoco le cogió el teléfono cuando sonó bastantes veces.

Y de este modo se pasó la semana entera, sin responder ni conmoverse con los preciosos ramos de flores que llegaban cada día a la tienda con la palabra: “Perdón”.

—¿No te parece que estás siendo demasiado dura con él? Y perdona que me meta donde no me llaman —le sugirió Miranda, que ya no sabía dónde colocar tanto ramo en la tienda.

—Es lo mejor para los dos, créeme. Somos demasiado diferentes como para que lo nuestro funcione.

—¡Pero si se os veía genial juntos!

—Somos incompatibles, él siempre será un impulsivo y un ambicioso y yo no... Yo soy lo que ves y eso a él le saca de quicio. Estoy harta de sentir que no cumplo con sus expectativas, que no soy suficiente, que no hago más que decepcionarle.

Lucy con los ojos llenos de lágrimas, tuvo que dejar de hablar porque estaba rota por dentro, si bien Miranda la tomó por el hombro y le dijo:

—Mira, no sé qué ha pasado, pero lo único que sé es que cuando estáis juntos el señor Hayes te mira con mucho amor y admiración. No parece un hombre que esté decepcionado porque tú seas de determinada manera.

—No lo parecerá a simple vista, pero el otro día me dijo que él habría gestionado lo de mis diseños de otra manera, vamos me dio a entender que era una incompetente estúpida y respecto a nuestra relación dice que no me implico lo suficiente, que me falta compromiso porque me niego a vivir juntos. ¿Lo puedes creer? Con lo poco que llevamos, ¿cómo me voy a ir a vivir a su maldita casa?

Lucy ya sí que no pudo más, rompió a llorar y su jefa la llevó al almacén para que pudiera desahogarse a gusto.

—Llora todo lo que quieras, Lucy. Lo necesitas. Pero déjame que te diga que el señor Hayes es un hombre exigente, pero justo. Quiero decir que no creo que te haya querido ofender con sus palabras, simplemente quiere que des lo mejor de ti, en cuanto a lo profesional. Pero de ninguna manera piensa que eres estúpida o una incompetente... Y cuanto a vuestra relación, supongo que esos meses que creyó que te había perdido lo pasó fatal y vive lo vuestro con mucha ansiedad... Pero tienes que hablarlo con él, con tranquilidad, sin reproches, ni nerviosismos...

Lucy se apartó las lágrimas de un manotazo y replicó a Miranda:

—Hablarlo ¿para qué? No tiene sentido, si es que es una cuestión de caracteres. Somos muy diferentes...

—¿Y qué? Lo importante es que os complementáis.

—Para nada, yo le desquicio y a mí me pone de los nervios.

—Yo lo único que sé, es que jamás te he visto tan radiante como desde que estás con él. Tenías que haberte visto: estabas feliz... Y ahora... Por mucho que digas que es lo mejor, no te creo: estás destrozada porque en el fondo de tu corazón sabes que amas a ese hombre.

Lucy no pudo evitar romper a llorar otra vez, porque claro que estaba destrozada, no recordaba haber sufrido tanto en su vida, pero es que no veía más solución a lo suyo con Dylan que alejarse de él.

Mejor ahora que llevaban poco que después cuando ya todas sus diferencias acabaran haciéndoles muchísimo más daño:

—Prefiero dejarlo aquí, que después cuando la bola se haga más grande y acabemos los dos hechos trizas. Porque la verdad es esa: somos demasiado diferentes. Y a la larga, estoy segura de que no va a funcionar. Él no va a cambiar y yo tampoco...

—Cada uno es como es, pero vuestras diferencias tampoco son tan insalvables. Tienes que hablar con él, mostrar vuestros puntos de vista y llegar a acuerdos. Las parejas que funcionan lo hacen así... ¿O cómo crees que lo hago con mi marido? Él es un terco, discutimos muchísimo, pero esa es la clave de que nos vaya bien. Nos comunicamos, nos expresamos, nos decimos todo a la cara, tenemos broncas impresionantes, pero después resolvemos los problemas juntos y salimos reforzados. Dejar de hablar, esconderse, huir, esquivar los problemas no es nunca la solución, Lucy. Si te importa ese hombre, lucha por él... Pero recuerda que no se arreglan los problemas de forma adulta y madura, poniendo tierra de por miedo. Tienes que afrontar esta crisis con valentía, plantar cara a los problemas y darle una solución que os satisfaga a los dos. Seguro que la hay...

Lucy frunció los labios, y miró a su jefa rendida de admiración porque era una mujer sabia y buena. Y solo pudo decir, mientras terminaba de enjugar sus lágrimas:

—Gracias por el consejo...

—No es lo que querías escuchar, pero es lo que debo decirte. Tengo que ser honesta y sincera. Espero que lo entiendas...

—Lo sé y te lo agradezco. Pero necesito tiempo, estoy demasiado tocada

con esto y necesito un *break* para digerirlo.

Miranda abrazó con cariño a Lucy y luego le pidió encarecidamente:

—Díselo. Escríbele un mensaje si no quieres hablarlo, pero no le tengas en ascuas. Dile que necesitas un tiempo y estoy segura de que lo entenderá. Pero no le tengas en esta incertidumbre, en ese silencio agónico, en el que tiene que estar pasándolo fatal.

Lucy asintió con la cabeza y le aseguró Miranda agradecida por su consejo:

—Así lo haré. Y muchas gracias por todo, tengo mucha suerte de que mi jefa sea mi amiga.

—Sabes que te aprecio muchísimo y al señor Hayes, qué te voy a decir, le debo tanto... Confió en mí para este puesto, cuando en todas partes me rechazaban por mi edad. Sin embargo, él se fijó en mi experiencia, en mi profesionalidad y también me azuzó para que sacara adelante mis diseños. Pero si te soy sincera... no luché duro por lograrlo, tal vez porque me di cuenta de que me iba a exigir demasiada energía y demasiado tiempo que iba a tener que quitar a mi familia. Y opté por ellos. No me arrepiento, además ni mi talento era tan brillante como el tuyo, ni mi vocación de diseñadora era tan fuerte como la que tú tienes, que te quedas hasta las tantas cosiendo y llevas soñando con esto desde niña. Así que lucha, preciosa, no dejes de hacerlo, tienes energía, talento y garra de sobra como para ser una gran diseñadora y también formar tu propia familia. Tú puedes tenerlo todo, Lucy. No te rindas, lucha, no dejes de hacerlo...

Capítulo 25.

Lucy siguió los consejos de su jefa, y escribió a Dylan para pedirle tiempo y decirle que hablarían, cuando ella se sintiera con fuerzas para hacerlo.

Dylan le respondió que respetaba su decisión y que de nuevo le pedía perdón si sus palabras le molestaron.

Lucy no le escribió nada más, prefirió optar por el silencio y centrarse en trabajar muy duro, mientras todo se ponía en orden en su interior.

Así, pasaron unas cuantas semanas más donde se quedaba hasta muy tarde cosiendo vestidos de ensueño de alta costura, de corte y diseño impecables.

Cada día se sentía más orgullosa de su trabajo, tanto que una mañana de finales de septiembre, se llevó varios de esos vestidos a la tienda para enseñárselos a su jefa que se quedó maravillada.

Hasta entonces, solo se había atrevido a enseñárselo en fotos, pero esta vez tuvo el coraje de mostrárselos y Miranda se quedó impresionadísima:

—¡Pero Lucy, si esto es una obra de arte! ¡Estoy sin palabras! Es una maravilla, desde la elección de las telas, a la calidad del corte. Tus diseños son de una ejecución magistral. Tienes tanto talento, que solo te esperan cosas buenas... Ya lo verás...

Lucy sonrió sonrojada porque era muy tímida y los halagos la ponían muy nerviosa, si bien agradeció las palabras de su jefa, sin saber que su suerte estaba a punto de cambiar...

Porque esa misma mañana en que se plantó con esos diseños maravillosos, apareció en la tienda Marion Blume, una de las actrices del momento, que necesitaba con urgencia un vestido para un estreno, pues los de su diseñador de cabecera le habían fallado después de aumentar una talla tras dar a luz, y le

urgía algo elegante, *sexy*, deslumbrante y original y no lo encontraba por ninguna parte.

Lucy le sacó los vestidos que podían ajustarse a lo que quería, se los probó todos, si bien ninguno le convenció. Y tenía razón...

Eran vestidos preciosos, pero no lo suficiente como para que esa mujer luciera espectacular en una de las noches más importantes para ella.

—Busco algo que no me eclipse, pero que tampoco me haga pasar inadvertida. No sé si me explico... Necesito un vestido que sea digno de una noche de estreno, con prestancia y que haga soñar, pero que a la vez sea elegante y también me haga sentir atractiva. Y más ahora que después de ser mamá he ganado peso y recibo muchas críticas porque no soy un saco de huesos. ¿Acaso las mujeres con curvas no podemos ser atractivas, no podemos vestir ropas despampanantes, no podemos sentirnos las reinas de la fiesta?

Lucy asintió porque la entendía perfectamente...

—Tienes toda la razón, yo por eso hago mis diseños para todo el mundo. Detesto la esclavitud de las tallas pequeñas... Creo que para estar divina no hace falta tener la talla XS, que lo respeto todo, quien la tenga perfecto. Pero quien no, no debería resignarse a lucir ropas feas... Todo el mundo tiene derecho a vestir bien y es cierto que hay diseñadores que solo confeccionan vestidos para tallas pequeñas.

—Qué me vas a contar, que desde que he sido mamá lo mío es una pesadilla. No encuentro nada que me haga sentir bien... Entonces, ¿tú diseñas?

Lucy sonrió y respondió con orgullo:

—Sí, lo que pasa es que todavía no tengo la empresa montada, pero soy diseñadora. Precisamente, hoy he traído varios vestidos de alta costura... Los tengo en el almacén...

Marion abrió los ojos como platos y preguntó muerta de la ansiedad:

—¿Y son de mi talla?

Lucy asintió, porque acababa de suceder algo muy mágico:

—Es que no te lo vas a creer, pero parece que están diseñados para ti. Los confeccioné pensando en una mujer con curvas, segura de sí misma, seductora, sensual, sin complejos y sin miedo a ser el blanco de todas las miradas. Una mujer que no tiene miedo a ser ella y brillar...

A Marion se le llenaron los ojos de lágrimas y le faltó tiempo para exclamar:

—¡Ya estás tardando en traerlos!

Lucy entonces puso una mueca rara, porque sabía que si lo hacía estaba contraviniendo las normas de la empresa. Si bien, justo en ese instante apareció su jefa, que estaba presenciando la escena a una distancia prudencial, como buena jefa, pues siempre estaba al tanto de lo que pasaba y preguntó:

—¿Qué es lo que sucede, Lucy?

—Ninguno de los vestidos de la tienda le sirven, pero le he comentado lo de...

Antes de que siguiera hablando, Miranda sabía lo que le iba a decir y la interrumpió:

—No me digas más: los vestidos que están en el almacén. Desde luego que sí. Serían perfectos para ella. Todos.

—Ya pero las normas...

Miranda esbozó una sonrisa enorme y cuchicheó:

—La principal norma es que la clienta esté satisfecha, así que vuela a por esos vestidos que le van a fascinar a la señorita Blume.

Con una ilusión tremenda, Lucy corrió a por los vestidos que estaban en el almacén, mientras pensaba que a nadie le podrían quedar mejor que a Marion Blume.

Y estaba en lo cierto, porque cuando la actriz se probó todos sus diseños, a cada cual más bonito, se quedó tan alucinada ya que parecía que se los habían

hecho a medida, que solo pudo exclamar:

—¡Te los compro todos! ¡En la vida me he sentido tan cómoda con unos vestidos y a la vez tan bonita!

—¡Más que bonita estás deslumbrante! Irradías belleza, clase y distinción...
—comentó Miranda.

—Y me siento tan atractiva, tan *sexy*... Soy una mujer con unos kilos de más, que está más divina que nunca. Y ese es justo el mensaje que quiero transmitir al mundo. Lo importante es sentirte bien contigo misma, quererte, aceptarte y creer en ti...

Lucy muy emocionada, sin apenas articular palabra, confesó:

—Eso es justo en lo que pensaba cuando lo diseñé, en una mujer así: con esa actitud que tú encarnas a la perfección.

Marion que se dio cuenta de lo sensible que estaba Lucy, la abrazó con cariño y le dijo:

—Y tú, reina, tú también... Tienes un talento muy grande y muy pronto el mundo entero lo va a saber.

Dos lagrimones enormes cayeron por el rostro de Lucy y confesó:

—La verdad es que diseño ropa para el tipo de mujer que desearía ser. Me falta confianza en mí, creer más, soy bastante insegura...

Marion negó con la cabeza y replicó con rotundidad:

—Para nada, estos vestidos son maravillosos porque tienen tu esencia. Eso que tienes dentro y que es tan grande que ni tú misma lo sabes. Y no, no es que no creas en ti, es que aún no eres consciente de lo magnífica que eres. Pero lo eres...¿Me escuchas? Además, a partir de hoy me voy a convertir en tu hada madrina. Y te garantizo que todo el mundo va a querer llevar tus diseños. Así que toma...

Marion sacó una chequera de su bolso, y escribió tantos ceros en el cheque que luego le entregó firmado que Lucy casi se cayó al suelo de la impresión:

—¡Pero esto es demasiado! Es una cantidad de dinero... obscena — comentó Lucy temblando, con el cheque en la mano.

—Es lo que valen las obras de arte que has creado, y puede ser que hasta me quede corta. Pero tranquila que te voy a apoyar todo lo que pueda y más. Y confía en mí que yo tengo mucho ojo para detectar el talento. Aunque en tu caso es que salta a la vista, tampoco hace falta ser muy sagaz. Pero me encanta hacer de mecenas, precisamente al director cuya película estreno, le produje su primer cortometraje cuando acababa de salir de la Escuela de Cine. Y mira, hoy es uno de los mejores del mundo, aclamado por crítica y público... Hay que estar siempre con el talento...

Lucy que estaba llorando de tanta emoción, se retiró las lágrimas y solo pudo decir:

—Gracias infinitas, señorita Blume, yo es que no tengo palabras para expresar lo que siento en este momento. Con todo este dinero, puedo hacer tantas cosas... Puedo montar mi empresa, comprar mejores máquinas de coser, mejores telas, alquilar un local... Y muchísimo más... ¡Con esto acabas de hacer realidad mi sueño! ¡Es que no puedo creerlo!

La actriz la abrazó y repuso mientras la miraba emocionada también:

—Créelo porque este es el comienzo de un camino muy largo y repleto de éxitos...

Capítulo 26

El vestido de Marion Blume fue tal éxito que Lucy recibió ese mismo día encargos de todas las partes del mundo.

Aquello fue tal locura, que tuvo que dejar su empleo en la cadena Hayes, montar su empresa a toda prisa y ponerse a coser día y noche para poder atender tanto pedido.

Cómo no sería la cosa que tuvo que contratar a tres ayudantes para que el trabajo pudiera salir en fecha.

Actrices, empresarias, aristócratas, modelos, cantantes, millonarias... todas querían un diseño de Lucy Walsh para acudir a sus noches más mágicas y especiales, todas querían sentirse esplendorosas con esos vestidos que estaban haciendo soñar al mundo entero.

Todo el mundo quería un Lucy Walsh...

Y todo había sucedido tan deprisa, que apenas podía creerlo, tal y como le contaba a Emily, una tarde de noviembre que quedaron en un restaurante muy elegante para almorzar:

—¡Madre mía, amiga! ¡Quién te ha visto y quién te ve! Hemos pasado de tus cenas con sopa de sobre a estos restaurantes de postín. ¡Y mira cómo te ves, con ese traje de chaqueta tan divino!

—Es mío. Ahora me pongo mi ropa a todas horas... A las clientas les gusta verme con ella... Tengo tantísimo trabajo, Emily. ¡Y estoy encantada! Siempre soñé con esto, aunque jamás pensé que sería tan rápido. Es que ni me está dando tiempo a digerir toda esta locura. He pasado de dependienta en Hayes a que las mujeres más ricas, poderosas e influyentes del mundo se maten por diseños. Claro que tengo la mejor madrina, no tengo palabras para agradecer a

Marion lo que ha hecho por mí.

Emily que se sentía tremendamente orgullosa de su amiga y de sus logros, tras probar su delicioso pescado le comentó:

—Y ahora que mencionas la cadena Hayes...

Lucy puso una cara de horror increíble y le pidió a su amiga:

—Por favor, en su día te dije que no quería volver a hablar de Dylan... Y te ruego que no lo hagas.

—No voy a hablar de él. Solo quería saber cómo se tomó que dejaras de trabajar en su tienda de un día para otro.

—No hablé con él. Se lo comuniqué a mi jefa y me dijo que no había problema. Punto. Él es un superjefazo, estas cosas no las gestiona él... Lo tiene todo delegadísimo...

—Pero ¿todavía sigues enfadada con él? Aunque no sé por qué como nunca has querido hablar de ello. Y perdona que te lo diga...

Lucy suspiró, dio un sorbo a su copa, carraspeó un poco y le explicó a su amiga:

—No quería hablar porque me dolía demasiado.

—¿Tan grave fue lo que pasó?

Emily puso tal cara de preocupación que a Lucy no le quedó más remedio que contarle:

—Sucedió que me dijo que yo era exactamente como tú.

Emily se quedó extrañadísima, puesto que no entendía qué pintaba ella en todo aquello:

—¿Cómo yo? ¿A qué se refería?

—Fue el día que quedamos los cuatro... Por eso, no he querido contarte nada, temía que te molestaras.

—Cuéntamelo, no creo que me haga más daño que esta intriga horrible.

—Fue cuando mi primo te propuso hacerse socio para montar tu empresa de

catering. Dylan opinó que tenías pánico al fracaso, pero no solo en los negocios sino también en el amor. Según él, estás enamorada hasta las trancas de Matt, pero no te atreves a confesar tus sentimientos porque estás muerta de miedo. De miedo a que todo salga mal... Y dicho esto, me dijo que yo era igual que tú. Que no había montado mi empresa porque estaba cagada, que podía haber hecho mucho más, llamar a todas las puertas, ofrecer mis diseños a modelos y actrices... En fin, esas cosas... y no quedarme de brazos cruzados esperando una ayuda de una fundación. ¡Me dolió tanto, amiga! Me hizo sentir tan pequeña, tan poca cosa, tan pusilánime. Y en cuanto a la relación, me reprochó que no me implicaba en lo nuestro negándome a ir a vivir con él, por lo mismo. El mismo pánico al fracaso... ¿Qué te parece?

Emily se quedó petrificada, y luego con una sinceridad extrema respondió a su amiga:

—Me parece que tiene toda la razón. Conmigo desde luego que lo ha clavado...

Lucy asombradísima, porque para nada esperaba esa respuesta, preguntó:

—¿De verdad que lo crees?

—Y tanto. Estoy enamorada de Matt y profundamente además...

Lucy se llevó las manos a la cara y exclamó apenada:

—¡Sabía que te gustaba! Pero como siempre decías que no le convenías, que estabas a gusto con tus amoríos...

—No estoy a gusto, amiga. Son solo apaños para evitar sufrir decepciones. Pero al final del día resulta que mi cama está demasiado vacía y sobre todo echo de menos a alguien en el que confiar, con el que compartir, al que cuidar y amar... Y sobre todo, echo de menos a Matt, que es el chico del que llevo enamorada desde siempre. Pero tengo tanto pánico a sufrir, a volver a pasar por el horror que padecí con el divorcio de mis padres que no me atrevo a abrirle mi corazón... Y en los negocios, Dylan también tiene razón... Estoy

muerta de miedo... Aquí donde me ves, tan descarada, loca y pizpireta: estoy cagada... Esa es la verdad.

Lucy resopló, apretó fuerte la mano de su amiga y le dijo:

—¡Maldita sea, Emily! Tienes que ponerle remedio. No puedes seguir así. Te mereces ser feliz y Matt también. Joder, sois mis mejores amigos y mi familia también. Os quiero más que a nada y no puedo permitir que sigáis así...

Emily se encogió de hombros y, aun a riesgo de que su amiga se enfadara con ella, replicó:

—Por la misma razón, Dylan debió decirte esas cosas esa noche. Porque te ama, Lucy, porque desea lo mejor para ti, porque solo quiere tu felicidad. Estoy segura de que no era su intención lastimarte...

—Pero lo hizo, me sentí como una mierda... Y muy presionada, mis ritmos son otros.

—Mira, te entiendo, pero en lo profesional tenía razón. No tienes más que ver lo que ha sucedido. Solo ha bastado que Marion luzca uno de tus modelos un día para que se líe la mundial. Y por mucho que digas que tus ritmos son otros, es más que obvio que estás afrontando con nota el reto. De la noche a la mañana ha cambiado tu vida, todo va muy deprisa y tú estás respondiendo de maravilla. Te has convertido en toda una diseñadora, has montado tu empresa, atiendes cientos de pedidos...

—Vale, en lo profesional puedo reconocer que tenía razón. Pero en lo personal... ¿Quién está preparado para comprometerse de tal manera tan pronto?

—También entiende que él por lo que me contaste de que perdió a su madre, vive esto de forma distinta... Con mucha ansiedad, pero hablándolo todo se arregla, Lucy. Con amor, con cariño, con comunicación y con respeto, todos los obstáculos pueden salvarse...

Lucy de repente se sintió muy triste y replicó abatida:

—Vamos, que me estás diciendo que la pifíe y de qué manera. Hice lo peor. Salir corriendo...

—Estabas desbordada, hasta cierto punto es comprensible. Pero todo tiene enmienda.

Lucy negó con la cabeza, dio un sorbo a su copa y confesó:

—Lo dudo porque recibí la aprobación de la ayuda de su Fundación y la rechacé. Ya no la necesito... Gracias a Dios... Pero sé que él se lo va a tomar como algo personal. Y tiene que estar más enojado conmigo si cabe, si es que ya no se ha olvidado de mí.

Emily dio un manotazo al aire y exclamó convencida:

—¡Ni por asomo! ¡No digas bobadas! ¡Estáis hechos el uno para el otro! Él está enamorado de ti y tú de él. A mí no me engañas...

A Lucy se le llenaron los ojos de lágrimas y solo pudo confesar:

—Está tan dentro de mí, Emily. Muy profundo. Uf. ¡Cómo voy a engañarte, si es verdad que le quiero con locura! Pero desde que le escribí pidiéndole tiempo, no he vuelto a saber de él.

—Claro, está respetando tu decisión. Ahora eres tú la que debes mover ficha. Como yo... que después de esta conversación me estoy dando cuenta de demasiadas cosas.

—¿Ah sí? —preguntó Lucy, con mucha curiosidad.

—Sí, creo que va siendo hora de que empiece a vencer ese pánico que de verdad tengo a fracasar y me voy a lanzar. Además, estoy más preparada que nunca y sé que es el momento. Así que voy a llamar a Matt y le voy a pedir que seamos socios. Y en cuanto al amor... Ojalá que todavía siga sintiendo por mí, porque ya estoy cansada de perder el tiempo, de estar tan sola, de amarle en silencio, por el maldito miedo. Solo tenemos una vida Lucy, y estamos obligadas a vivirla con intensidad. Nos merecemos ser felices... No olvides

eso, amiga. Es lo más importante...

Capítulo 27

A Lucy esa conversación le marcó tanto que se pasó días rumiando todo lo hablado y al final llegó a la conclusión de que tal vez había sido demasiado dura con Dylan.

Que posiblemente él había sido tan sincero con ella por su propio bien y que si le había hecho daño, había sido sin quererlo.

Y en cuanto lo de su relación, también entendía que por lo que había sufrido en su vida era un hombre que no gestionaba bien la cuestión de los afectos.

Que él también tenía miedo a perderlo todo de repente, como le pasó con su madre y que por eso actuaba con tanta ansiedad.

Esa era su respuesta al temor a que todo se fuera a la mierda...

Y ella de temores sabía un rato, así que se sintió fatal por no haber tenido la suficiente empatía para entenderlo, para hablarlo maduramente como deben hacer dos adultos.

En su lugar, se había comportado como una niña y había optado por la peor decisión que era salir huyendo sin más explicaciones.

Pero lo que más le preocupaba era si todavía estarían a tiempo de salvar eso tan maravilloso que tenían...

Y que todavía estaba ahí, por lo menos en su caso, sus sentimientos no solo seguían intactos sino que crecían cada día.

Y más desde que tenía negocio propio y se estaba percatando de lo muchísimo que había que luchar para sacarlo adelante.

Desde que era empresaria, admiraba mucho más todavía a Dylan por todo lo que había logrado...

Y por supuesto como mujer, no dejaba de soñar día y noche con sus besos y

caricias, con esa manera tan suya de amarla como no lo había hecho nadie.

Y sí, le quería, para qué negarlo...

Le admiraba y estaba enamorada de él hasta las trancas, sin embargo, ¿él seguiría sintiendo lo mismo por ella? O ¿estaría tan decepcionado que hasta le habría olvidado?

La respuesta la obtuvo una semana después, cuando acudió a una fiesta de una prestigiosa revista de moda a la que la habían invitado en calidad de diseñadora revelación.

Era una cita ineludible para el que fuera alguien en la industria de la moda y allí estaban todos...

Y ese todos también incluía a Dylan Hayes que llegó a la fiesta, en un hotel de lujo en el corazón de Manhattan, con un esmoquin de Armani que le sentaba como un guante y con ganas de que todo acabara cuanto antes.

Desde siempre había odiado ese tipo de eventos, pero es que desde que Lucy ya no estaba en su vida había perdido las ganas de todo.

Vivía por inercia, porque tenía que sacar adelante su negocio y muchas bocas dependían de él... No quería jugar con el pan de su gente y por eso se esforzaba por trabajar duro, pero se sentía tan mal, tan roto, tan desgastado que cada noche se dormía pensando que nada tenía sentido.

Y a pesar de que se esforzaba por disimular que lo tenía todo bajo control, no lo conseguía y tenía preocupados a todos los que le querían, pues estaba al límite de caer en una depresión.

Hasta ese punto le estaba doliendo la ausencia de Lucy... Y todo por ser un bocazas, por no mantener el pico cerrado y decir siempre la jodida verdad. Que por otro lado no era más que la suya propia...

¿Se podía ser más soberbio y más necio que él?, eso era lo que no dejaba de preguntarse, con lo que se torturaba cada día, ya que estaba convencido de que él era el culpable de que todo se hubiera ido al traste.

Se sentía terriblemente culpable por haberle reprochado a Lucy la forma de gestionar la carrera profesional y por haberle presionado para irse a vivir juntos.

Él no era quién para exigir nada... Debía haber respetado sus tiempos y sus formas, en vez de haberla presionado de esa forma tan irrespetuosa e injusta.

Lucy hacía las cosas conforme a su temperamento y experiencia... Y él tenía que haber sido lo suficientemente paciente como para entenderlo.

Pero en su lugar, se había dedicado a exigirle algo que no podía darle porque sencillamente ella era así. No podía hacerlo de otra manera.

Así que no solo entendía perfectamente su enojo puntual, sino que no quisiera volver a saber nada de él en la vida.

Porque lo merecía...

Es más, estaba convencido de que esa era la conclusión a la que había llegado después del tiempo que le había pedido de reflexión.

Y estaba que no levantaba cabeza y sin ganas de nada. Y es que ¿qué sentido tenía ya la vida sin Lucy?

En fin, que amargado, frustrado, triste y desesperado, se plantó en esa fiesta porque era vital para los intereses de sus negocios, y al poco de estar ahí se quedó alucinado porque vio a una mujer de espaldas, rubia y de bonita figura con un vestido que juraría haber visto en el apartamento de Lucy.

Era un diseño maravilloso, como todos los suyos, de escote barco y entallado hasta la rodilla. Un vestido *sexy* y elegante, en seda roja, que le tenía tan fascinado que no pudo evitar acercarse a la mujer:

—Disculpe, señorita, querría saber quién es el diseñador de ese vestido que... —habló acercándose desde atrás.

La mujer se giró porque al momento reconoció esa voz tan masculina y seductora y con un gritito histérico exclamó:

—¡Dylan Hayes! ¡Dichosos los ojos! ¡Qué raro verte en una fiesta, querido!

A Dylan se le cayó el alma a los pies al percatarse de que la señora en cuestión era la mismísima Fiona Davis, pero con todo disimuló más que nada porque necesitaba con urgencia información sobre el vestido:

—Es una cita ineludible en el sector, tenía que estar... Por cierto, hablando de moda: ¿de quién es el vestido que llevas?

Fiona sonrió triunfante convencida de que Dylan estaba sacando ese tema como mera excusa para conversar con ella:

—De Lucy Walsh, la chica de moda. Pero no hace falta que disimules, a mí me gusta ir al grano tanto como a ti. Así que habla claro y di de una vez que te mueres por estar en mi cama.

Dylan se quedó alucinado y no precisamente por el descaro de esa mujer, a la que conocía ya demasiado bien y ya nada le sorprendía, sino al enterarse de que Lucy era la chica de moda.

Desde que Lucy le había pedido tiempo, estaba tan desconectado de todo que hasta había perdido el interés por las novedades del universo de la moda. Y la verdad que no tenía ni idea de que de repente se hubiera podido convertir en la chica de moda.

Bien era cierto que Sam y su padre le habían intentado comentar algo, pero él se había negado en rotundo a recibir noticias de boca de terceros. Quería que fuera Lucy la que se las contara de primera mano, si es que se dignaba a hablar otra vez con él...

Pero después de que Fiona le diera semejante noticia, le faltó tiempo para preguntar:

—¿Cómo que la chica de moda? ¿Sus diseños están muy cotizados?

—Uf. ¡Y tanto! ¡Hay una lista de espera tremenda! Y la chica ha debido hacerse de oro, porque no son nada baratos... Pero claro, después de que vimos cómo le quedaba a Marion Blume uno de sus maravillosos vestidos: ¡todas queremos uno!

Dylan entonces entendió por qué Lucy había rechazado la subvención de la Fundación que le habían concedido por méritos propios: ya no la necesitaba. Y por supuesto, se alegró muchísimo de que estuviera triunfando...

—Es que son unos diseños prodigiosos... —comentó Dylan, entusiasmado y con la vista puesta en el fabuloso traje que vestía Fiona.

Si bien, esta creyó que la miraba de esa forma por puro de deseo y decidió lanzarse de cabeza:

—Sé que te pongo demasiado, Dylan Hayes. Atrévete. Llevo tanto tiempo deseando esto...

Y acto seguido, le cogió por las solapas de la chaqueta y le pegó tal morreo en los labios que Dylan se quedó rígido, petrificado, helado...

Pero lo peor no fue eso...

Lo horrible fue que Lucy que acababa de llegar a la sala y estaba presenciándolo todo desde una distancia prudencial, sintió que se moría al ver aquello.

Ella que estaba esperando a que Dylan acabara de hablar con esa pesadilla de mujer para abordarlo y decirle que le extrañaba demasiado, que no paraba de pensar en él, que le quería como jamás había querido a nadie en el mundo... De repente, tuvo que soportar ese pedazo de jarro de agua fría, pues había llegado demasiado tarde.

Dylan tenía a otra mujer en su vida.

No había más. Por lo que rota, dolida y destrozada entera, con una pena infinita en su corazón, se dio la vuelta y salió de la sala con dos lágrimas recorriéndole el rostro.

Si bien, cuál no fue su sorpresa que cuando estaba ya en la calle, alguien la agarró por el brazo, dijo su nombre, ella se estremeció por completo, se giró y era él.

El mismísimo señor Hayes...

Capítulo 28

Dylan al verla con esas lágrimas recorriéndole el rostro farfulló muy preocupado:

—Lucy, por favor, no llores.

Lucy se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y replicó:

—¡No pasa nada! Lo entiendo todo. Tienes derecho a rehacer tu vida... ¡Puedes hacer lo que te dé la gana!

Luego, se apartó de él para que la soltara, Dylan frunció el ceño y quiso saber porque no entendía nada:

—No sé de qué me hablas, yo no tengo vida desde que te fuiste.

—Acabo de verte besando a Fiona Davis. De eso hablo... ¿Por qué crees que lloro?

Dylan apretó fuerte los puños, y preso de una rabia y una frustración enormes, le explicó:

—En cuanto he llegado he visto a una mujer con un vestido que conocía... Y me he acercado a preguntarle ya que estaba convencido de que era tuyo. Cuál no ha sido mi sorpresa cuando esa mujer era la petarda de Fiona, me ha confirmado que el vestido es de una tal Lucy Walsh y yo estaba tan maravillado y tan feliz por tu éxito, que me he quedado admirando con cara de idiota tu vestido. Sin embargo, para mi horror, ella lo ha interpretado como que estaba babeando por ella. Entonces, me ha agarrado por las solapas y me ha plantado un beso asqueroso en la boca que me ha dejado en *shock*. Cuando he recuperado la lucidez, he salido huyendo... y ahí ha sido cuando te he visto. Te reconocería entre millones de personas, tus andares, tus caderas, tus piernas, tus curvas, tu pelo sedoso... y he corrido detrás de ti. Eso ha sido

todo... Yo no tengo nada con Fiona, yo solo vivo pensando en lo imbécil que fui por dejar marchar a la mujer de mi vida.

Lucy no pudo evitarlo y al escuchar aquello rompió a llorar de tal manera que Dylan la abrazó porque no podía verla así, tan vulnerable y tan rota.

—¡Dios mío, Dylan, por un momento creí que te había perdido! —sollozó, abrazándose a él con fuerza.

—Estoy aquí, siempre estoy y siempre voy a estar, preciosa. Nunca me vas a perder. ¡Jamás!

Lucy entonces alzó la cabeza y Dylan la besó con todas sus ganas, con todo el amor que tenía dentro y que a esas alturas sabía ya que era infinito.

—Te amo, Lucy. Te amo con todo mi ser.

Lucy sin parar de llorar, se quedó mirando a esos ojos color miel con los que tantas noches había soñado y solo pudo musitar:

—Y yo, Dylan. Perdóname, por no haber sabido entenderte. Discúlpame por todo el daño que pueda haber hecho... Siento haberme ido otra vez, lo siento tanto...

Dylan la tomó por el cuello y la besó intenso y profundo, penetrando esa boca jugosa con la lengua, explorando hasta el fondo, con toda la pasión que albergaba en su pecho.

Luego, casi sin aliento se quedó mirándola extasiado porque le parecía un milagro que volviera a estar entre sus brazos y replicó:

—El que tiene que pedir perdón por no haber sabido respetar tus ritmos soy yo. No tenía que haberte hablado así. Tú tenías que hacer las cosas a tu manera, conforme a tu esencia, a tu forma de ser. Yo no era quién para decirte nada.

Lucy negó con la cabeza y sonrió pues estaba feliz de abrazarlo de nuevo:

—Tenías toda la razón con el consejo que me diste. De hecho, sucedió que llegó un día a la tienda Marion Blume. No encontró nada, le ofrecí varios de

mis diseños que había llevado ese día para que mi jefa los viera y le encantaron todos. Me pagó una cantidad indecente de dinero y con eso monté mi empresa. Esa fue la razón por la que rechacé la ayuda de tu Fundación y por favor te ruego que no castigues a Miranda por permitir que mostrara mis vestidos. Ya sé que va en contra de la política de empresa...

—Miranda hizo lo correcto. La primera norma es dejar siempre al cliente satisfecho.

Lucy sonrió con una sonrisa que Dylan encontró más encantadora que nunca y replicó:

—Eso justo fue lo que dijo ella.

—¡Estoy tan feliz por todo lo que te está pasando! Recibí la noticia de que habías dejado la empresa, pero pensé que había sido porque me odiabas, porque no querías saber más de mí. Y lo mismo pensé cuando rechazaste la ayuda...

—No te odio, Dylan. Jamás lo he hecho. Estaba muy enfadada, eso sí. Me sentí fatal cuando me dijiste aquello, me sentí muy poca cosa, pero luego estuve reflexionando. Miranda y Emily también me ayudaron a verlo con claridad y comprendí que no querías hacerme daño. Que solo querías lo mejor para mí... Y una vez más, la pifié...

—El que se equivocó soy yo que además de decirte cómo tenías que gestionar tus asuntos profesionales, te presioné para que vivieras conmigo.

Lucy se limpió las lágrimas que tenía por el rostro y le explicó ya mucho más tranquila y feliz:

—Teníamos que haberlo conversado de una forma adulta y sobre todo yo tenía que haber entendido que eres un hombre que ha sufrido mucho. No tuve en cuenta que has crecido con la ausencia de tu madre y que tienes miedo a que te vuelva a suceder, y de repente todo tu mundo se vaya a la porra. Por eso tu ansiedad y tus prisas...

Dylan con los ojos llenos de lágrimas, y sintiéndose más querido y comprendido que nunca, afirmó:

—Así es. Y te lo confesé en otra ocasión... Sin embargo, entiendo que proyecta una imagen tan fuerte y determinada que cuesta creerlo. Pero es cierto, la pérdida de mi madre me marcó demasiado, y desde entonces tengo mucho miedo a volver a sentir un dolor semejante. Tal vez por eso, estoy obsesionado con vivir deprisa, con aprovechar cada instante, y te agobié con mis excesivas demandas...

—Lo que sucedió fue que yo me lo tomé de la peor forma posible, y me sentí una mema, una idiota, una niñata sin agallas...

—De veras que lo lamento en el alma, Lucy. Mi intención jamás fue esa, solo quería ayudarte con tu carrera y en lo sentimental: estoy loco por ti. Perdona por mis ansias...

—Y yo te pido perdón por mi falta de comprensión y por no saber gestionar esta crisis de una forma madura.

Dylan la abrazó con fuerza contra su pecho y dijo muy emocionado:

—Lo importante es que estás aquí, y no sabes lo que me alegro de tu éxito.

Lucy sonrió con orgullo y le contó porque sabía que se tomaba sus logros como propios:

—Desde que Marion apareció con el vestido en ese estreno, ha sido una locura. Recibo encargos de todas partes y no paro de trabajar... Tengo un local, un taller, una página web y hasta gente trabajando para mí. ¿Lo puedes creer?

Dylan la besó ilusionado y exclamó feliz como no recordaba:

—Y solo es el principio, cielo. Porque la cadena Hayes está interesadísima en tus diseños y te va a pedir una colección entera para que luzca en todos los escaparates del mundo. Si quieres, por supuesto...

Lucy se colgó de su cuello, saltando como una niña y gritó exultante:

—¡Sí, claro que sí! Dios, ¡no me creo que esto esté sucediendo! ¡Dime que no estoy soñando, Dylan! Júramelo...

Dylan para confirmarle que era cierto le pegó tal beso en la boca que los dos se quedaron con ganas de tanto que la agarró de la mano y la metió de nuevo en la fiesta.

Lucy muerta de la risa y sin saber adónde iban siguió a Dylan que la condujo por unos pasillos larguísimos:

—Más que jurártelo, vas a sentir que esto es cierto, mi amor. Quiero que lo sientas en todo tu cuerpo... Y va a ser bueno, muy bueno...

Y lo dijo con una voz tan *sexy* y tan arrebatadora que Lucy creyó que iba a correrse ahí mismo, porque no había un hombre que la pusiera más que Dylan Hayes.

Así que excitadísima, siguió recorriendo pasillos y más pasillos, hasta que Dylan se paró frente a una puerta, la abrió y le dijo:

—Estamos de suerte. Pasa, porque no soporto ni un segundo más sin hacerte mía...

Capítulo 29

Ya dentro de esa estancia, luminosa y grande, en la que solo había una mesa alargada en el centro, Dylan cerró por dentro para que nadie les molestara y de repente se sintió un poco mal:

—La verdad es que no aprendo, ya estoy de nuevo con mis arrebatos y mis impulsividades.

Lucy se arrojó a sus brazos, le dio un besazo de escándalo y le confesó:

—Me encantan, señor Hayes.

—¿Estás segura? A ti no te va mucho el riesgo y la aventura. Y no sé si será mejor que cenemos en un sitio romántico, charlemos tranquilamente y luego si surge...

Lucy le arrebató la chaqueta del esmoquin y mientras desabotonaba la camisa de ese hombre que la tenía muerta de deseo habló:

—Me parece un plan demasiado aburrido. Aparte de que no creo que aguante un segundo más sin sentirte muy dentro.

Luego con la camisa completamente desabrochada, se la quitó y lamió ese pecho fornido y duro bajo el que había soñado estar infinitas veces.

—Yo siento esas mismas ganas, pero después de lo que ha pasado...

—Si supieras la de noches que he deseado estar bajo estos pectorales perfectos —susurró mientras no paraba de besarlos, de lamerlos, de chuparlos.

Dylan derretido por esas caricias, solo pudo farfullar:

—En mi vida he tenido más sueños húmedos, soñaba contigo todas las noches y mejor no preguntes las cosas que te hacía.

Lucy levantó la cara del pecho, le miró a con el corazón latiéndole con fuerza y le pidió:

—¡Hazlas, Dylan! Házmelas todas...

Dylan arrebatado de deseo, la cogió en brazos y la sentó sobre la mesa de cristal que estaba bien fría.

Luego, le abrió las piernas, tironeó de las braguitas que le arrebató y guardó en el bolsillo de su chaqueta y, acto seguido, se colocó entre sus piernas para lamer el sexo de una forma exquisitamente irresistible.

Lucy gozó con esas caricias, se retorció de placer, mientras revolvía el pelo de ese hombre que se lo estaba entregando todo.

Y lo hacía tan bien, la estimulaba con tal pericia, que parecía que su cuerpo no tuviera secretos para él.

Lucy desbordada por tanto, abandonándose a ese placer, comenzó a gemir más y más, hasta que Dylan la sintió tan preparada para el clímax, que solo tuvo que presionar duro el clítoris con la lengua para arrancarle un orgasmo intenso y rotundo.

Lucy estremecida hasta las lágrimas por el orgasmo, se abrazó a él en cuanto este se incorporó y lo besó con todo su amor...

—¡Dylan eres increíble! ¡Me haces sentir hasta extremos que jamás pensé que alcanzaría!

—Eres tú la que lo haces posible. Tú eres la diosa...

Lucy que estaba más excitada que nunca, tragó saliva y le pidió a Dylan algo que jamás pensó que le exigiría:

—Hay algo que nunca he practicado y que me gustaría que lo hiciéramos hoy. Sería como sellar un pacto entre los dos...

—¿Un pacto? —preguntó Dylan, mientras acariciaba los pechos redondos y apretaba los pezones durísimos.

—Un pacto con el que sellemos nuestro amor para siempre. Quiero hacerlo, necesito hacerlo, por favor, Dylan...

Dylan se quedó mirando a la boca jugosa de esa mujer a la que le brillaban

los ojos como nunca y replicó:

—Yo solo quería que me sintieras por todo el cuerpo, quería que te estremecieras hasta el tuétano con el orgasmo, para que sepas que soy y que estoy y que voy a estar siempre. Y por supuesto que estoy dispuesto a todo contigo, pero no aquí...

Lucy le miró un poco decepcionada porque estaba tan excitada que quería seguir con aquello en ese justo instante, por eso farfulló:

—¿Ah no?

—No. Ese pacto se merece el mejor marco y yo te lo voy a dar. En este hotel hay unas *suites* increíbles, posiblemente las mejores de la ciudad.

—Y carísimas, imagino... —musitó Lucy con una sonrisa enorme.

—Sí, pero no pasa nada. Tú eres la diseñadora de moda y yo el empresario del año. Digo yo que nos podemos permitir el capricho, ¿no te parece?

Los dos se echaron a reír y luego Dylan sacó el teléfono móvil de la chaqueta y llamó al hotel para solicitar la mejor suite y un kit de placer adulto.

Lucy al escuchar lo del kit, se le encendió la mirada y sonrió, mientras Dylan le explicaba:

—En estos sitios tienen de todo lo que pidas, qué menos por lo que cobran. Pero no hace falta que utilicemos nada... Quiero decir, que si quieres nos pasamos la noche conversando y...

Lucy le atrajo hacia ella, le besó con pasión en la boca y le susurró con los labios pegados a los de él:

—Locura total. Porque hay que celebrar por todo lo alto que estamos juntos.

Dylan la abrazó sintiéndose más feliz que nunca, pero a la vez le entró la necesidad de confesar sus temores más profundos:

—Hay que celebrarlo, pero quiero que sea todo perfecto. Y la verdad es que después de lo que nos ha pasado, temo que por culpa de esa jodida manía que tengo de decir lo que pienso, lo estropee todo otra vez.

Lucy se quedó mirándolo y replicó intentando hablar con el corazón:

—Los dos tenemos defectos, Dylan. Lo que creo que hemos aprendido con esto que nos ha pasado es que tenemos que comunicarnos con sinceridad y con cariño, como lo estás haciendo ahora mismo. Yo te prometo que voy a hacer lo mismo. Y puede ser que con todo, por mucho esfuerzo que hagamos para que salgan las cosas bien, cometamos errores y nos cabreemos por lo que sea. No importa: seguro que también tiene solución... Si lo que te preocupa es que vuelva a salir huyendo por tercera vez, puedes estar tranquilo. Ya no lo voy a hacer, me ha costado aprender la lección con sangre, te lo prometo. Este tiempo de separación ha sido tan duro, que no quiero volver jamás a pasar por ese calvario. Lo único positivo es que además de que ha sido muy productivo en lo profesional, es que me he percatado de lo mucho que me importas. Con esta crisis me he dado por fin cuenta de lo que quiero, y de que tenías toda la razón también con lo de la implicación y el compromiso. Yo no estaba implicada del todo, por eso me fui... Pero ahora sí, Dylan, ahora sé que tú eres lo que quiero y por eso quiero hacer ese pacto... Es una necesidad para mí.

Dylan muy emocionado y ya más tranquilo con lo que acababa de escuchar, se sinceró otra vez:

—Te agradezco tus palabras porque de verdad que creo que no soportaría que te marcharas otra vez. Enloquecería completamente... Ya no puedo vivir sin ti, Lucy.

—Yo tampoco, Dylan.

Se abrazaron otra vez y justo en ese instante le llegó a Dylan un mensaje a su teléfono en el que le indicaban que la *suite* presidencial estaba lista:

—Subamos, preciosa. Ya está todo preparado... —le informó Dylan, después de vestirse de nuevo y tendiéndole la mano.

Lucy se colocó bien su vestido, se arregló el pelo y ya solo le faltaba algo:

—Necesito que me des mis braguitas...

Dylan negó con la cabeza con un gesto de diablo y replicó con una voz tan *sexy* que Lucy se estremeció otra vez:

—No te van a hacer falta, ni en el ascensor, ni por supuesto en la *suite*...

Lucy sonrió, le agarró de la mano y le pidió convencida como nunca de lo que estaba haciendo:

—Vamos, Dylan. Y que sepas que aunque esto sea lo más loco que he hecho en mi vida, para mí es lo más serio también. Quiero decir que estoy aquí porque estoy segura de que eres el hombre con el que quiero pasar el resto de mis días.

Dylan sintió tal punzada en el estómago que creyó que iba a doblarse, y luego, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo, le confesó:

—Y yo me voy a esforzar cada día para que no te arrepientas de haberme elegido. Te prometo que voy a darte todo para estar a la altura, Lucy. Y si alguna vez me equivoco, cometo un error, o digo algo que te ofenda o moleste, por favor siempre piensa que en la vida te haría daño o te lastimaría. Que si meto la pata: es sin querer, sin mala intención, porque no hay nada que desee más que tu felicidad...

Capítulo 30

Después de que en el ascensor se comieran besos, entraron en la *suite* espectacular que era como para perder el sentido. Además, se habían tomado hasta la molestia de cubrir con pétalos de rosa la cama más enorme que Lucy había visto en su vida y de dejarles una botella de champán con canapés fríos. Dylan, sin dudarlo se fue derecho a por la botella de champán:

—Tenemos que brindar porque estamos juntos, Lucy... Esto hay que celebrarlo...

Y tras abrir la botella y llenar las copas, brindaron por todo lo bueno y mucho que estaba por venir.

Luego se besaron, saboreando el gusto delicioso del champán en sus bocas, mientras Dylan le bajaba despacio la cremallera del vestido.

Lucy hizo lo mismo con la chaqueta y la camisa, y ya medio desnudos se acariciaron demorándose, sintiéndose bien las pieles, disfrutando de ese momento que los dos querían que fuera eterno:

—No quiero que acabe esta noche, Lucy. Me muero por hacerte mía, pero controlo mis ansias porque quiero hacerlo eterno... Que dure por siempre...

Lucy entregada a esas caricias, cerró los ojos y sintió todo lo que ese hombre le daba...

—Y yo, Dylan, pero no olvides que tenemos toda la vida por delante...

Dylan la estrechó con fuerza contra él, le bajó el vestido y ya con ella desnuda y en tacones, se quedó admirándola.

Era tan preciosa que hasta le dolía, era su chica, la más especial de todas, por la que estaba dispuesto a dar la vida si hacía falta... Hasta ese punto llegaba lo que sentía por ella...

Algo que jamás había conocido en la vida, por eso tras besarla en el cuello y descender hasta los pezones que mordió hasta ponerlos bien duros, susurró:

—Estoy en tus manos, Lucy.

Lucy tras gemir por esos mordisquitos tan especiales en ese punto tan erógeno, replicó muerta de deseo:

—Y yo en las tuyas...

Luego, Dylan se quitó toda la ropa, se descalzó y la cogió en brazos para llevarla hasta la cama.

Lucy antes de caer sobre el lecho de pétalos de rosas, lanzó sus tacones al aire y luego tembló de solo pensar en la noche maravillosa que les esperaba.

Dylan se tumbó a su lado, le acarició la espalda y dejó su mano posada en las nalgas que amasó hasta hacerla gemir.

Acto seguido, Lucy le miró pidiéndole mucho más y él respondió estirando el brazo y cogiendo un cofre que estaba junto a la mesilla.

Era el kit de la pasión...

Lo abrió y además de sacar un preservativo, cogió un lubricante que abrió y lo untó en los dedos índice y medio, en tanto que Lucy le miraba con el corazón que se le iba a salir del pecho.

Luego, tras besarla húmedo y muy profundo en la boca, volvió de nuevo a las nalgas y colocó los dos dedos en la entrada del estrecho orificio.

Lucy se envaró al sentirle en ese punto donde no había estado nadie antes y, tras respirar profundo, le pidió:

—Hazlo, Dylan. Necesito que lo hagas.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Lucy le miró muerta de deseo y respondió con ganas de experimentarlo todo:

—No, jamás. Pero quiero hacerlo contigo, hoy es un día muy especial y creo que esta es la mejor forma de que siempre recordemos que...

Dylan le besó en los labios, loco por darle todo lo que le pedía y le interrumpió:

—No hace falta que hagamos nada excepcional. Quiero decir que para sellar nuestro amor, no es necesario que hagas esto. Imagino que si no lo has practicado hasta ahora, ha sido porque te provocaba algún tipo de rechazo o reparo.

—Con mis novios jamás me apeteció, pero contigo lo quiero todo. Así que te ruego que me lo des. Lo necesito y más esta noche...

Dylan con una mezcla infinita de amor y de deseo, introdujo un dedo poco a poco hasta el fondo, mientras Lucy se mordía los labios anhelando más y más...

Y Dylan se lo dio. Poco a poco la fue penetrando hasta que notó su anillo de músculos mucho más dilatado y entonces pasó a hacerlo con dos dedos.

Lucy con esa nueva invasión se arqueó estremecida, pidiendo más y más con sus jadeos y sus besos voraces.

Dylan admirado por la forma tan generosa en que se entregaba su chica, siguió penetrándola hasta que la sintió tan dilatada que consideró que estaba preparada para algo más fuerte.

Entonces, sacó los dedos y cogió un dildo anal de tamaño considerable que había en el cofre de la pasión, lo embadurnó bien de lubricante y se lo introdujo poco a poco, abriéndola más todavía.

Lucy que estaba boca abajo, aferrada a las sábanas, gritó de placer y se dejó invadir por tantas y tantas sensaciones.

Inmediatamente, Dylan le dio la vuelta y mirándola extasiado le susurró:

—Gracias por tanto, Lucy. ¿Estás bien? ¿Te gusta?

Lucy asintió y susurró revolviéndose el cabello...

—Pero te quiero a ti, dentro, muy dentro...

Dylan se tumbó sobre ella y le habló con unas ganas inmensas de fundirse

con ella:

—Antes tenemos que prepararte bien y para eso el dildo es perfecto. Tienes que trabajar duro la zona, antes de que yo sea el que te llene...

Lucy lo entendió y abrió las piernas para envolver el cuerpo de Dylan que ya frotaba su miembro contra la humedad de su sexo.

Y así estuvieron, hasta que Dylan cogió el condón, lo rasgó, se lo puso y de nuevo sobre ella, la penetró duro hasta el fondo.

Lucy gimió de placer al sentirle mucho más intenso debido al dildo que estaba trabajando su otra zona.

Placer que se hizo ya extremo cuando empezó a hacerle el amor, como ella le estaba pidiendo con sus gemidos y sus caricias, con contundencia, duro, implacable...

Ella no quería hacerlo de otra forma, necesitaba sentir a su hombre completamente y él así le hizo el amor.

Caricias, besos, lengüetazos, penetraciones profundas, todo era una sinfonía perfecta a la búsqueda de un placer único.

Tanto fue así que cuando ya estaban los dos al borde del orgasmo, Dylan se salió y le dijo:

—Ha llegado el momento, Lucy. Estás tan excitada que es el momento justo para que lo hagamos...

Lucy muerta de deseo, se puso a cuatro patas, él se situó detrás de ella y le extrajo el dildo muy despacio...

—Hazlo, Dylan, te lo suplico. Estoy más que preparada...

Dylan que estaba admirando lo bien que había trabajado la zona, lo dilatada que estaba, se sacó el condón y puso la punta de su miembro durísimo en la entrada estrecha.

Después, la agarró fuerte por las caderas y empujó lo justo para clavarle la mitad, mientras ella se arqueaba jadeante.

—Lo estás haciendo muy bien, preciosa. Estás muy abierta... Pero si te molesta o lo que sea, dímelo... Quiero que lo disfrutes...

—Quiero sentirte, Dylan. Házmelo por favor, sin concesiones... Quiero sentirte fuerte... Házmelo duro, lo necesito, te lo ruego...

Al escuchar esa petición, Dylan se clavó hasta el fondo y ella gritó de nuevo con una mezcla de sensaciones explosivas.

Era electrizante, placer, dolor, intensidad, morbo... Todo era perfecto, pero quería más y Dylan se lo dio.

Comenzó a penetrarla cada vez más intenso y más duro, tanto que Lucy creyó que iba a romperse... Pero no, Dylan sabía muy bien lo que hacía y su cuerpo estaba perfectamente listo para aceptar todo lo que daba.

Y que fue tanto que llegó un punto en que Dylan la sintió tan dilatada y tan húmeda que solo tuvo que darle unos golpecitos con la palma sobre el clítoris para que se corriera gritando desesperada de tanto placer.

Dylan, excitadísimo, al sentir las contracciones de ese orgasmo tan brutal, tan intenso y tan feroz apretando su miembro no pudo aguantar mucho más y se corrió en lo más profundo de esa mujer que quería más que a nada en el mundo.

Extenuado, saciado, sudoroso y feliz, se salió de esa estrechez que se había abierto de una forma exquisita para él, ella cayó desplomada y Dylan tras ella...

Y así, después de amarse tanto, se quedaron mirándose y de sus labios salieron al unísono las mismas palabras:

—Te amo.

Y los dos no pudieron evitar echarse a llorar...

Capítulo 31

Después de aquella noche tan intensa, retomaron la relación que se fue afianzando cada día.

Compartían al máximo el tiempo que podían, almorzaban, paseaban por el parque, salían a bailar, dormían juntos muchas noches en una casa u otra...

Y la verdad era que estaban muy a gusto juntos, intercambiando confidencias, compartiendo sueños y secretos, apoyándose en todo...

Eran amantes, pero también amigos que siempre estaban ahí el uno para el otro.

Y aunque discutían, cada vez sabían gestionar mejor sus diferencias y los dos siempre acababan cediendo un poco, para que todo siguiera fluyendo de maravilla.

Además, Dylan estaba aprendiendo a controlar un poco sus impulsos y ansiedades y Lucy estaba ganando mucha más confianza en sí misma y en sus capacidades.

En fin, que se complementaban a la perfección y juntos eran mucho mejor.

Imparables en los negocios y afortunados en el amor, todo parecía ir tan bien que a Lucy a veces le entraba miedo.

Pero Dylan estaba ahí para recordarle que lo merecía, que lo disfrutara y que se dejara llevar...

Y ella lo hacía, porque creía y confiaba en él como jamás nunca lo había hecho con nadie.

Y lo amaba.

Por supuesto que lo amaba con toda su alma.

Por eso cuando llegaron las Navidades decidió llevárselo a su casa para

que presentárselo sus padres.

Y a Dylan eso le encantó, no solo porque era una muestra más de lo comprometida que estaba con la relación, sino porque deseaba conocer todo lo que tuviera que ver con ella.

Y se lo pasó genial esos días de descanso con la familia de Lucy en los lagos Finger...

Los padres era una pareja enamorada tal y como Lucy le había contado, que todavía seguía mirándose a los ojos con devoción y que aún paseaban cogidos de la mano.

Y los hermanos de Lucy, le parecieron unos tipos de lo más interesantes con los que hizo buenas migas desde el primer instante.

En fin, que Dylan se integró rápido en la familia como si fuera uno más, y a Lucy le fascinó que así fuera porque los suyos significaban muchísimo para ella.

No habría podido soportar que no le aceptaran, pero lejos de ser así a su familia les gustó tanto que su madre la tarde en que ya se marchaban le comentó en un aparte:

—Dylan es un tesoro. Me gusta tanto ese chico... Y a tu padre y a tus hermanos les cae genial. ¿Te acuerdas cuando me decías que te habíamos puesto el listón tan alto que lo ibas a tener muy difícil para vivir una historia de amor como la muestra?

Lucy asintió porque sabía lo que quería decirle su madre:

—Sí, mamá. Pero la vida ha sido muy generosa conmigo y me ha hecho el regalo de poder vivir un amor auténtico y verdadero.

—Un amor como el que te mereces, ni más ni menos. Así que cuídalo... Y disfrútalo... Deja tus miedos a un lado y vive esto tan grande que la vida te ha enviado, Lucy.

La madre de Lucy la conocía muy bien; no obstante, después de todo lo que

había pasado, ella ya era otra...

—Eso es lo que hago, mamá. Ya pasó la época en la que me dejaba arrastrar por mis temores más profundos, ahora gracias a Dylan estoy aprendido a fluir, a disfrutar, a vivir, a sentir... Y en todas las esferas de mi vida, en el amor y en los negocios... Y aunque en esencia sigo siendo la Lucy de siempre, ahora soy mucho más fuerte, creo más en mí y ya no tengo tanto miedo.

La madre abrazó a Lucy con mucho cariño, muy orgullosa de ella y después le hizo la pregunta obligada:

—¿Y la boda para cuándo?

Lucy se echó a reír y respondió encogiéndose de hombros:

—Solo sé que estoy feliz. Unas veces me quedo en su casa, otras viene él a la mía... Y de momento, las cosas van bien así... No queremos precipitar nada. Vivimos el instante...

—A él se le ve loco de amor por ti, y con lo impulsivo que es si no te lo pide es para evitar que salgas corriendo, como la vez que se le ocurrió sugerirte que te fueras a vivir con él.

Lucy le había contado a su madre lo de su crisis y estaba al tanto de toda su historia. Si bien, en esto que acababa de opinar sentía que estaba totalmente equivocada:

—Te equivocas. Dylan sabe que ya no soy la chica acomplejada y asustadiza de antaño. Ya estoy preparada para todo, pero la boda tampoco es tan importante. Estamos muy a gusto así...

Su madre se alegró de que fueran tan felices, si bien insistió:

—Pero llegará el momento en que te lo pida... ¡Ya lo verás! Y estoy segura de que va a ser más pronto que tarde...

Lucy no dijo nada más, porque la verdad era que no necesitaba casarse para sentir que estaba profundamente comprometida con su chico. Y luego se despidió de los suyos para poner rumbo a Carolina del Sur.

Y es que pasaron el resto de vacaciones de Navidad con el padre de Dylan que les recibió con los brazos abiertos.

Lucy le pareció una chica tan estupenda que cuando se encontró a solas con su hijo en el viejo aserradero, le preguntó:

—¿Le has pedido ya matrimonio?

Dylan que estaba trabajando en una mesa que iba a regalarle a Lucy para su taller, se quedó mirando a su padre con el ceño fruncido y replicó:

—No quiero precipitar las cosas con mis malditas prisas, padre. No quiero caer en los mismos errores del pasado. Ya aprendí la lección...

—Pero ya lleváis un tiempo juntos y no sois unos chavales... Quiero decir que tenéis la edad perfecta para casaros.

—Estamos bien así. A pesar de nuestras obligaciones, compartimos al máximo todos los momentos que podemos y somos cada día más cómplices — contó Dylan mientras ensamblaba una de las patas de la silla.

—Sí, todo eso está muy bien, pero un amor importante merece un anillo. Y tú se lo tienes que dar...

—Yo quiero dárselo todo. Pero te repito que no quiero agobiarla... Tiempo al tiempo, padre. Todo llega y yo no tengo prisa. Estoy aprendiendo a no tenerla. No quiero estropear todo lo bonito que hemos construido con muchísimo esfuerzo y cariño por un maldito anillo.

El padre de Dylan sonrió y le pidió a su hijo:

—Espera un momento por favor... Ahora que hablas de anillo me he acordado de algo.

El padre de Dylan se marchó y volvió al momento con una cajita de terciopelo rojo que se la tendió a su hijo:

—¿Y esto qué es, padre?

—Abúrelo —contestó el padre con una sonrisa enorme.

Dylan abrió la cajita y comprobó que era un anillo de brillantitos, sencillo

pero muy elegante.

—Es muy bonito...

El padre, emocionado al ver el anillo, le contó a su hijo:

—Fue el anillo de pedida que le regalé a tu madre. Siempre lo llevaba con ella, si bien cuando estaba a punto de marcharse, se lo quitó y me lo entregó. Me hizo prometer que te lo daría, pero con la condición de que fuera para que le pidieras matrimonio a una chica que de verdad mereciera la pena y a la que quisieras con toda tu alma. Una chica que estuviera tan enamorada de ti, como ella lo estuvo de mí... Y si hay alguien que se merece este anillo, es Lucy Walsh. A tu madre le habría encantado, es tan dulce y cariñosa como ella...

—Y también prudente y cautelosa... Pero con mucho carácter al tiempo, padre... La verdad es que se parece mucho a mamá...

—Sí, y tu madre también tenía sus miedos y sus luchas internas... No creía mucho en ella, yo siempre estaba recordándole que era la mejor... Porque lo era... Tenía tanto talento... como Lucy. Esa chica es perfecta para ti. Por eso, me gustaría que le pidieras matrimonio con este anillo, en su día me costó los pocos ahorros que tenía y, aunque sé que es poca cosa para lo que tú podrías comprarle, estoy seguro de que a tu madre desde el cielo le hará mucha ilusión ella lo lleve...

Dylan emocionado con el regalo, aceptó el anillo y se lo guardó en el bolsillo, en tanto que abrazaba fuerte a su padre. Luego, le confesó:

—Así lo haré, padre, cuando encuentre el momento propicio. Solo hace falta que ella acepte... Por mi parte, te confesaré un secreto: estoy loco por ser su esposo...

Capítulo 32

Dylan no le contó a Lucy que su padre le había entregado ese anillo, y más cuando después de vacaciones de Navidad, ella empezó a trabajar en la colección para la cadena Hayes que iba a presentar a comienzos de febrero.

Estaba tan agobiada de trabajo, que no quiso estresarla más con una petición de boda que podía esperar perfectamente.

Y es que aunque él se moría por comprometerse con ella de una forma total, sabía que en esos momentos Lucy debía concentrar todas sus energías en su carrera y decidió que lo mejor era esperar.

Y así, después de unas semanas de trabajo durísimo, de muchísimo esfuerzo y dedicación sobre la mesa que Dylan había diseñado especialmente para ella, y que le dio muchísima suerte, Lucy presentó en Cipriani Wall Street su colección para la cadena Hayes.

Ese día estaba más nerviosa que nunca, pero a la vez muy ilusionada porque al fin pudiera ver la luz ese trabajo en el que se había dejado el alma entera.

Durante todo el proceso, Dylan había estado a su lado apoyándola, asesorándola, animándola y por qué no decirlo también aguantándola cuando el estrés hacía que saliera lo peor de ella.

Más que nada, las inseguridades y los miedos que gracias a que Dylan estaba a su lado, lograba cada día mantener más a raya.

Se sentía tan afortunada de tenerle a su lado que, cuando se subió al estrado justo antes de que empezara el desfile para pronunciar unas palabras, solo pudo darle las gracias:

—Esta noche es muy especial para mí, presento mi colección Estrellas para la cadena Hayes, y si se llama así es porque estoy convencida de que fueron

las estrellas las que lo han propiciado. Verán, yo adoraba a mi abuela Ruth, fue la que me enseñó a coser, la que me inculcó esta pasión por el diseño... Pues bien, cuando ella se fue, mi único consuelo fue encontrarla cada noche en el cielo, en la estrella más alta y luminosa... Una estrella que está junto a otra que también brilla con fuerza y es la de la madre de Dylan Hayes... Es por esto que estoy segura que lo nuestro empezó a escribirse desde ahí arriba, que desde lo más alto del cielo, esas dos mujeres extraordinarias se aliaron para hacer posible nuestro encuentro. A ellas les debo que el señor Hayes apareciera en mi vida y la cambiara por completo con su ejemplo y después con su amor. Y es que aprovecho este momento tan importante para mí, para contarles que no solo admiro a ese hombre que ven ahí, sino que le amo con todas mis fuerzas. A ti, mi amor, te dedico esta colección que has inspirado con tu carisma y talento, a ti te agradezco que me hayas enseñado tantas cosas y a ellas, a nuestras estrellas, les pido que siempre estén ahí protegiéndonos y guiándonos en este camino que espero y deseo que sea muy largo.

Los asistentes rompieron a aplaudir a rabiar, mientras Dylan que estaba en la primera fila sentado, junto a familiares y amigos, hacía esfuerzos ímprobos por reprimir las lágrimas.

Y es que a pesar de que la prensa les había sacado juntos en algunas fotografías, todavía no se había oficializado su relación más que nada por el temor de Dylan a que Lucy se sintiera incómoda.

Así, cada vez que le preguntaban si tenía algo con Lucy Walsh, la diseñadora del momento, él respondía con evasivas una y otra vez...

Prefería que fuera Lucy la que diera el paso de que saliera a luz su romance y sin duda había elegido la mejor noche para hacerlo.

El día de la presentación de su nueva colección, con todos los medios presentes y toda la gente que los querían...

Y aunque la mayoría sabía que estaban juntos, para algunos fue una grata

sorpresa porque la verdad era que hacían una pareja muy bonita.

Bueno, realmente, hubo solo una persona que no se alegró para nada con la noticia y no fue otra que Fiona Davis.

Y es que después de que se presentara la colección en un desfile que fue un exitazo, pues Lucy encandiló a todos con sus diseños de fábula y mientras recibía las felicitaciones de todos, Fiona se acercó a Dylan y reconoció con una cara de bruja tremenda:

—Yo debo ser la única que no se alegra con vuestro romance, porque soy la única que sé la verdad. Esa chica es una trepa y está contigo por puro interés.

Dylan se envaró y, sintió tal repulsión por esa mujer que apretando fuerte los puños, le exigió:

—¡No sigas hablando, Fiona! O me vas a obligar a echarte de la fiesta.

Pero a Fiona le dieron igual las advertencias de Dylan y siguió hablando llena de ira y de rabia:

—Los cuentos de hadas son pamplinas para niños. Me parece mentira que un hombre tan inteligente como tú aún no lo sepa. Esa chica era una simple dependienta que se acercó a ti por mera ambición. Ni te ama, ni lo va a hacer nunca.

Dylan harto de escuchar tanta infamia, arrugó el ceño y exclamó con furia:

—¡Cállate ya! ¡No quiero seguir escuchando tanta basura!

—Pues vas a tener que hacerlo. Alguien debe abrirte los ojos, y voy a ser yo. Aunque mi papel sea incómodo, no puedo callarme. Tienes que saber de una maldita vez que a esa muerta de hambre solo le interesa tu dinero y lo que acaba de conseguir: que sus trapajos se vendan en todas las tiendas de tu cadena. Sin embargo, ¿sabes qué? Mañana me encargaré de desenmascararla en mi programa. Todo el mundo va a saber quién es esa golfilla de tres al cuarto, y lo hago por ti, Dylan. A mí sí que me importas demasiado, por eso voy a impedir que esa igualada se ría de ti.

Dylan, preso de una rabia infinita y loco porque esa mujer desapareciera para siempre de su vida, le ordenó:

—¡Basta! ¡Calla de una vez! Tu problema es que piensas que todo el mundo es tan retorcido y codicioso como tú, pero te equivocas... Lucy es una persona noble y buena, de corazón generoso, que no conoce la ambición ni el egoísmo. Así que, hurga en su pasado y en su vida todo lo que quieras porque no vas a encontrar a nadie que hable mal de ella. Así que tendrás que inventarlo y si lo haces, Fiona Davis, te juro que vas a tener que vértelas conmigo. Y te recuerdo que cuando algo me importa: soy implacable. Te pondré detectives, averiguaré todo sobre ti, y estoy seguro de que voy a encontrar mucha mierda y muchos cadáveres en tus bonitos armarios. Así que ni se te ocurra ensuciar la imagen de Lucy, de difamarla o de calumniarla, porque te juro que no vas a encontrar un jodido agujero en el planeta donde esconderte de la vergüenza que vas a sentir cuando el mundo entero sepa quién eres realmente.

Fiona le lanzó una mirada furibunda y replicó a punto de escupir la bilis:

—Yo soy mucho más mujer que esa pánfila, puedo volverte loco en la cama y hacerte vender como rosquillas con mi influencia mediática. Eres listo, Dylan, ¡deja tirada a esa mojigata y ten el coraje de estar con una mujer de verdad!

Dylan con unas ganas tremendas de mandar bien lejos a esa víbora, le soltó furioso:

—Pero ¿es que no te escuchas? ¡Das mucho asco, Fiona! ¡Tú sí que te mueves solo por el interés y una ambición desmedida! ¿Y sabes algo? Deberías creer en los cuentos porque tú eres como esas brujas malas que al final siempre acaban recibiendo su merecido. Y en tu caso te garantizo que va a ser terrible como se te ocurra hacer daño a Lucy. De verdad que va a ser tan espantoso que vas a pasarte la vida entera lamentándote.

Fiona le miró con mucho desprecio y concluyó frustrada y amargada:

—Dios los cría y ellos se juntan... Al final ha resultado que no eres más que un pobretón pueblerino que solo ha tenido suerte. Nada más que eso. Pero la suerte se acaba, Dylan Hayes, y ya llegará el día en que vuelvas a llamar a mi puerta mendigando mi ayuda...

Dylan se echó a reír y replicó mirándola con sumo desprecio:

—Yo jamás he mendigado tu ayuda, tú has sido siempre la que has venido a mí, y te has arrastrado como una vulgar serpiente... Con perdón para las serpientes, que tienen mucha más dignidad y más clase que tú.

Fiona levantó la mano para abofetearlo, pero Dylan con muchos reflejos le paró el golpe agarrándola fuerte por el brazo:

—¡Suéltame, cerdo! ¡O voy a empezar a gritar que estás forzándome!

Dylan la soltó y replicó mirándola con repugnancia:

—Tú sí que eres cerda, siempre con mentiras, siempre manipulando... Menos mal que estamos rodeados de gente y nadie te creería... Eres tan venenosa que no quiero verte más en la vida. Y recuerda lo que te he dicho, olvídate de nosotros porque de lo contrario todo el mundo se va a enterar de la clase de bicho eres.

Fiona entonces le escupió en la cara y le soltó amenazándole con el dedo índice:

—¡Yo te maldigo, Dylan Hayes, a ti y a toda tu descendencia!

Y Fiona se marchó con la barbilla en alto y andares de leona herida...

Lucy entonces apareció junto a Dylan que se estaba limpiando el escupitajo con un pañuelo de papel que cogió de una de las bandejas del *catering*.

—¿Esa mujer te ha escupido? ¿Se ha atrevido a hacer semejante asquerosidad?

—Sí, pero te garantizo que jamás va a volver a aparecer en nuestras vidas. Acabo de dejarle bien claro que como se le ocurra hacernos algo, no voy a parar hasta desenmascararla.

—No entiendo nada ¿qué es lo que tiene contra ti?

—Lo que tiene es que no soporta que esté enamorado hasta las trancas de ti —contestó dejando el pañuelo en otra bandeja de copas vacías—. Pero no te preocupes que acabo de asegurarme de que no nos moleste más.

Lucy se abrazó a su pareja y le dijo con una cara de enamorada tremenda:

—Gracias por cuidarme, Dylan. Esa mujer no me gusta nada y tiene pinta de ser muy peligrosa.

—Lo sé. Pero no nos va a hacer daño. Ni ella ni nadie. Nuestro amor es más fuerte que todo...

Luego se besaron y después escucharon un carraspeo que a Lucy le sonó bastante:

—Ejem, ejem...

Lucy se giró y era su amiga Emily que estaba con una bandeja repleta de exquisiteces varias:

—No os perdáis estos canapés que son deliciosos...

Lucy y Dylan los probaron y ambos dijeron al unísono:

—¡Están riquísimos!

Emily que llevaba desde Navidades con la empresa de *catering* que habían montado junto a Matt, sonrió feliz y luego habló:

—Es lo que dice todo el mundo. Les está gustando tanto nuestro *catering* que no paro de repartir tarjetas a cantidad de personas que quieren contratar nuestros servicios. ¡Estoy que no me lo creo! Para ser el primer evento importante que atendemos con nuestra empresa: es un exitazo total. ¡Matt está dando saltos de alegría en las cocinas!

—¡Qué maravilla, muchas felicidades! ¡Y solo es el principio, preciosa! —aseguró Lucy muy orgullosa de su amiga.

Emily muy contenta con sus logros, reconoció después:

—Dylan tenía toda la razón, lo mío era puro pánico... De hecho, aquella

conversación que tuvimos en la que me confesaste lo que él pensaba de mí, me sirvió para que cambiara el chip y por fin espabilara. A veces, solo hace falta que alguien nos abra los ojos para que nuestra vida tome de una vez el rumbo adecuado. Y no sabéis cuánto me arrepiento de no haber empezado con mi propio negocio mucho antes... Y también con Matt... —Y al decir su nombre sonrió enamorada y luego confesó—: Y es que tengo novedades sentimentales: Matt y yo estamos saliendo juntos desde hace una semana.

Emily se puso colorada y luego todos se echaron a reír:

—¡Dios mío, no me lo puedo creer! —farfulló Lucy—. ¡Por fin estáis juntos! ¡Matt tiene que estar en nube!

Emily suspiró y confesó con una sonrisa enorme:

—Los dos lo estamos. Y también gracias a vosotros, que con vuestro amor habéis sido todo un ejemplo para mí. Vosotros hicisteis que me percatara de que por mucho miedo que tuviera a amar, el mayor de los fracasos es no hacerlo. He perdido tanto tiempo, pero tranquilos que ya lo estamos recuperando. Y además esto de mezclar trabajo y amor es de lo más morboso y excitante... ¡Qué os voy a contar a vosotros!

Y de nuevo todos se echaron a reír...

Capítulo 33

La colección Estrellas de Lucy Walsh para la cadena Hayes resultó tal éxito que se agotó en pocas semanas.

Todo el mundo quería tener un Lucy Walsh, actrices, modelos, presidentas de gobierno, reinas...

Era tal la demanda que Lucy tuvo que ampliar su taller y emplear a muchas más modistas, pues estaba desbordada de trabajo.

Y feliz... porque no es que sus sueños se hubieran hecho realidad, sino que la realidad era más grande de lo que jamás habían sido sus sueños.

Y luego estaba Dylan, el hombre al que amaba, y con el que ya convivía en el formidable apartamento de Manhattan.

La decisión de irse a vivir juntos llegó por sí sola, poco a poco Lucy fue pasando más tiempo en casa de su novio, hasta que llegó mayo y se dio cuenta de que hacía semanas que no pisaba la suya propia.

Fue entonces cuando tomó la determinación de cancelar el alquiler y de instalarse definitivamente con Dylan.

Y Dylan feliz, pues llevaba un montón de tiempo deseando que lo hiciera...

Y Lucy por supuesto que no se arrepintió, al contrario: lamentó no haberlo hecho antes.

Porque si de algo estaba segura era de que Dylan Hayes era el hombre de su vida.

El hombre al que amaba cada día más y más...

Tanto que una noche de julio perfecta, los dos tumbados bajo la estrellas en la terraza del apartamento, ella le confesó:

—Jamás pensé que se podría amar tanto a alguien...

Dylan la miró con una cara de enamorado tremenda y replicó:

—Yo te amo igual.

—Como jamás imaginé que nadie llegaría a mirarme con esa cara con la que me estás mirando justo ahora.

—¿De idiota? —bromeó Dylan.

—De enamorado, de profundamente enamorado. Y mira que mis padres me habían puesto el listón alto... Pero tú bates todos los récords... ¡Me haces tan feliz, Dylan!

Dylan la abrazó y replicó tras besarla dulce en los labios:

—Y tú a mí. Y como bien dijiste en tu intervención el día de la colección Estrellas: todo empezó ahí... —aseguró señalando el cielo.

Lucy se quedó mirando el cielo cubierto de estrellas y suspiró convencida de que la madre de Dylan y su abuela iban a estar siempre ahí:

—Es que así lo siento, fueron ellas las que organizaron este tremendo lío.

—¿Lío? —preguntó Dylan, arqueando una ceja.

—Lío maravilloso en el que nos hemos enamorado, hacemos negocios juntos y triunfamos en todo el mundo. ¡Es que es la pera! A mí me da miedo hasta pensarlo por si se chafa.

Dylan negó con la cabeza y replicó convencido:

—Lo importante es que nos amamos, nuestro amor nos hace tan fuertes que lidiaremos con todo lo que venga. Pero con lo duro que trabajamos, Lucy, y con ese pellizco de suerte que tenemos gracias a los ángeles que tenemos en el cielo, vamos a llegar muy lejos... ¡Ya lo verás!

Lucy se abrazó a él, muy orgullosa, porque Dylan le daba siempre la seguridad y la confianza que necesitaba, siempre tenía en los labios las palabras precisas que necesitaba escuchar y la comprendía...

Después de las duras lecciones, habían aprendido a entenderse y tenían tal nivel de complicidad que a veces no tenían más que mirarse para saber qué

era lo que estaba pensando el otro.

Como esa noche, en la que Lucy lo miró a la luz de esas estrellas infinitas, los dos tumbados sobre una manta, como lo hacían cuando eran niños, y ella comentó:

—¿Y se puede saber por qué tienes esa cara tan rara? Tú estás tramando algo...

Dylan sonrió por haber sido descubierto y no le quedó más remedio que decir la verdad:

—Estoy tramando una muy gorda.

Lucy se envaró y preguntó con una intriga tremenda:

—¿Estás hablando de negocios o de amor?

Dylan se mordió los labios, impaciente por contarle, pero controló sus ganas de soltar la bomba de una vez, y respondió:

—Se trata de amor, pero por supuesto que quiero más colaboraciones de Lucy Walsh con la cadena Hayes, la próxima y sin falta para la temporada de Navidad...

Lucy puso una cara de pánico tremenda y repuso:

—¿Tú sabes la de pedidos que tengo ya para Navidad? ¡Te recuerdo que medio Nueva York piensa asistir al concierto de Navidad con mis diseños!

—Medio Nueva York y los clientes de la cadena Walsh... Tú puedes con todo. Y lo sabes...

Lucy sonrió, en otro tiempo le habría puesto de los nervios las exigencias de Dylan, pero a esas alturas que él creyera en ella le daba una fuerza y una confianza tan grandes, que sabía que estaba preparada para afrontar el reto.

—A ti es imposible decirte que no, cómo se nota que tu pasión son los negocios.

Dylan negó con la cabeza porque él solo tenía una pasión:

—Te equivocas, yo solo tengo una pasión. Y eres tú.

Lucy pestañeó muy deprisa y preguntó con el corazón latiéndole muy deprisa:

—¿Yo?

—Ajá. Sí. Tú, señorita Walsh. Soy un hombre de negocios, me apasiona lo que hago, pero mi grandísima pasión eres tú. Por eso... Te quería mostrar algo... —Dylan metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita de terciopelo de color rojo.

Lucy se quedó alucinada contemplando la cajita y, sabiendo perfectamente lo que era y temblando entera, musitó:

—¡Dios mío!

Dylan también muy nervioso, abrió la cajita con cuidado y le dijo a Lucy con los ojos más brillantes que nunca:

—Con este anillo mi padre le pidió a mi madre que se prometiera con él. Y ella, poco antes de morir, le confesó a mi padre que su deseo era que yo entregara este anillo a la mujer que amara con locura... Y esa mujer eres tú, lo sé desde el primer instante que te vi con tu precioso vestido dorado, tu dulzura y tu luz. Y puede ser que una vez más me esté precipitando, puede que sea demasiado pronto, pero yo ya no puedo esperar más para pedírtelo. Perdóname y si te agobia demasiado no hace falta que respondas ahora, porque...

Lucy le puso un dedo en los labios para que se callara, puesto que ella sí que no podía esperar más para responder con la absoluta verdad de su corazón:

—Quiero responder ahora, Dylan. Y no, no te estás precipitando porque no hay nada que desee más en el mundo que ser tu esposa.

Lucy le tendió la mano, sintiendo en su corazón más amor del que jamás pudo imaginar que podía albergar.

Y Dylan, sorprendido por la respuesta rotunda y decidida de Lucy, sacó el

anillo con una emoción que no le cabía en el cuerpo y musitó:

—Te amo, Lucy. Me siento muy orgulloso de ti...

Luego le puso el anillo en el dedo corazón que le encajó a la perfección y Lucy habló con dos lágrimas recorriéndole el rostro:

—No tendré jamás la suerte de conocer a tu madre, pero sé que en este instante nos mira con mi abuela al lado y nos bendicen felices por esta unión.

Dylan le retiró las lágrimas con los dedos y le confesó:

—Por eso te he pedido matrimonio en este lugar, bajo las estrellas, pues quería que ellas estuvieran presentes.

—Lo están y siento que lo están celebrando con mucha alegría. Yo solo espero estar a la altura, ser digna del anillo que me has regalado y ser tan buena esposa como lo fue tu madre.

Dylan la besó en los labios y luego susurró sintiéndose el hombre más afortunado del mundo:

—Ya eres digna de todo, Lucy. Eres una mujer extraordinaria, el que no sabe qué ha hecho para merecerte soy yo...

Lucy tenía la respuesta perfecta para esa pregunta, porque no había otra:

—Amarme con todas tus fuerzas ¿te parece poco, señor Hayes?

Y se besaron con una pasión y un amor que estremecieron hasta las mismísimas estrellas...

EPILOGO

Seis meses después, Lucy y Dylan se casaron en una bonita ceremonia en los Lagos Finger.

Lucy confeccionó su propio vestido de novia, uno de corte sirena, entallado, y de escote barco, con el que Dylan por poco no se cayó al suelo en cuanto la vio entrar a la iglesia del brazo de su padre.

Estaba espectacular, más bonita que nunca, y con una ilusión en los ojos que no dejaba lugar a dudas de lo enamorada que estaba.

Y Dylan también...

Muy emocionado, agradeció al cielo que no solo hubiera encontrado a la mujer de su vida, sino que estuviera a punto de casarse con ella.

Es más, es que todavía ni se creía que pudiera tener tanta suerte...

Pero llegó el momento del “Sí, quiero” y ahí ya sí que no le quedó más remedio que asumirlo porque el cura dijo alto y claro que eran marido y mujer.

Y estaba tan feliz, que cuando le tocó besar a la novia le puso tanta pasión que los dos se quedaron casi sin aliento.

Todos los asistentes rompieron en aplausos y luego se trasladaron a una finca donde tuvo lugar el convite de cuyo *catering* se encargaron Emily y Matt, que estaban más enamorados que nunca.

Y como de una boda siempre sale otra, esa misma noche Matt clavó la rodilla en el suelo y le pidió a Emily que se casara con él.

A Emily le faltó tiempo para aceptar y tres meses después se estaban dando también el “Sí, quiero” en una ceremonia muy emotiva en la parroquia de la novia.

Ese día, Lucy tuvo que ausentarse del banquete porque se encontraba muy

revuelta, con nauseas y mareada, y en el hospital le dieron la mejor noticia de su vida.

Esperaba a su primer hijo...

Dylan creyó que iba a morir de felicidad, pero con todo esa misma noche sacó fuerzas para ponerse a diseñar la cunita de su bebé...

—No puedo creer que a estas horas de la noche estés cortando maderas — exclamó Lucy, que al despertarse y no encontrarlo en la cama, se imaginó que estaba haciendo alguna de las suyas.

Y se lo encontró en la terraza, con el frío que hacía, trabajando muy concentrado:

—No puedo dormir y como no puedo estar quieto, me he puesto con la cunita del bebé aprovechando que tenía estos tablones en la terraza. Ya verás cómo le da mucha suerte, como te pasó a ti con la mesa que te diseñé para tu taller...

Lucy sonrió, le abrazó con fuerza por la espalda y replicó convencida:

—Va a tener mucha suerte porque tiene al mejor padre del mundo... Pero ahora vuelve a la cama, hace mucho frío, como sigas aquí vas cogerte una pulmonía...

Dylan la besó y regresó con ella a la cama donde durmieron abrazados como siempre...

Y así siguieron pasando los días, con amor, con trabajo, y con esperanza en todo lo bueno que estaba por venir...

Y meses después, nació una niña preciosa a la que pusieron Ruth Mary, Ruth como la abuela de Lucy y Mary como la madre de Dylan...

Esa noche además, sucedió algo mágico porque después de un parto largo en el que todo acabó felizmente, los dos miraron al cielo y vieron que sus dos estrellas brillaban más nunca.

Y lo supieron...

Ruth y Mary, sus dos ángeles, siempre iban a estar ahí, protegiéndolos, cuidándolos, velando por ellos.

Después, Lucy miró a su hijita que dormía plácida en la cunita, junto a ellos y habló conmovida:

—Yo no creía en los cuentos de hadas, sin embargo: tú me has regalado el más hermoso, Dylan.

—Esto empezó a escribirse ahí arriba, preciosa... No podía ser de otra manera...

Y los dos se besaron con la certeza profunda de que su amor los sostendría para siempre, contra viento y marea, por siempre jamás...

Como así fue...

Lucy y Dylan siguieron trabajando muy duro, cosechando éxitos y amándose tanto que tuvieron dos hijos más, un niño y una niña.

Luego llegaron dos perros y tres gatos... por lo que no les quedó más remedio que mudarse a una casa enorme en las afueras, donde siguieron con su particular cuento de hadas...

Un cuento con final feliz, con mucho amor y mucha pasión...

El cuento que, sin duda, Lucy y Dylan se merecían...

NOTA DE LA AUTORA

Todas las historias tienen algo de mí, jamás diré qué, pero en esto debo hacerlo.

Y es que esas estrellas que brillan en lo alto de la novela, están inspiradas en mi estrella propia, que es la de mi abuela.

Una mujer fuerte y valiente, que me contaba cuentos de hadas por las noches, que me enseñó a creer en mí y a que luchara duro por mis sueños.

Mi ejemplo, mi inspiración, mi norte y mi guía.

Esa fue mi abuela.

Y aunque ya no esté, aunque llore desconsolada cada vez que vuelvo a su casa vacía, no dejo nunca de sentirla conmigo.

Sé que está.

Como sé que si quiero verla, solo tengo que levantar la vista al cielo y fijarme en la estrella que más brille.

Porque sé que es ella.

Ella a la que debo tanto y a la que le dedico esta historia, pues no encuentro mejor modo de darle las gracias por tanto...

Va por ti, que estarás siempre en mi corazón.

In memoriam.

A la mejor abuela del mundo...

Te querré siempre.

Como sé que tú a mí.